

CB

4

Etienne Charpentier

**¡Cristo
ha
resucitado!**

4.^a edición

EDITORIAL VERBO DIVINO
Avda. de Pamplona, 41
ESTELLA (Navarra)
1981

El amor y la amistad pueden ser objeto de reflexión desde varios puntos de vista: técnicamente (partiendo de la psicología, de la sociología...), es decir estudiándolos desde el exterior, como “problema” que plantea múltiples interrogantes. Pero ambas realidades pueden ser abordadas, igualmente, desde el interior, en tanto en cuanto representan un “misterio” que nos envuelve y trasciende: sentimos que no podemos menos de ocuparnos de ellos, ya que de una manera u otra ofrecen un sentido a nuestra vida. A partir de entonces lo que se pretende es sencillamente tomar conciencia, racionalmente, de todo ello para poder dar razón de nuestra vivencia tanto a los demás como a nosotros mismos.

De la misma manera, un historiador de las religiones puede estudiar la resurrección de Cristo —o más bien el extraño fenómeno de unos hombres que creen en su resurrección— desde el exterior. En este cuaderno abordaremos el fenómeno desde el interior. *Escrito por creyentes y para creyentes, constituye un testimonio de fe.* Su punto de partida es la experiencia de los cristianos: “Creemos en Jesús resucitado”. Su intención es sencillamente ayudarnos a comprender mejor lo que vivimos y quizá a mejor “dar razón de nuestra esperanza a todo el que nos pida una explicación, pero con buenos modos y respeto” (1 Pe 3, 15-16).

Pero, ¿por qué hacer un cuaderno sobre la resurrección? Hace ya casi dos mil años que la iglesia cree en ella y su fe no ha variado.

No podemos menos de reconocer sin embargo que, durante varios siglos, la resurrección había perdido importancia en la teología y en la enseñanza religiosa tanto entre los católicos como entre los protestantes, dejando el lugar que le correspondía a otras realidades de la fe cristiana. El libro del P. Durwell, *La resurrección, misterio de salvación*, publicado en 1954, ¿no causó en su época la impresión de ser una auténtica novedad? No podemos menos de alegrarnos al observar que el misterio pascual ha vuelto a ocupar desde hace algunos años el puesto que le corresponde.

Por otro lado, desde hace medio siglo, muchas cosas han cambiado

tanto en nuestras mentalidades como en la manera de observar los problemas; ciencias nuevas han ido naciendo poco a poco: la historia, la exégesis y últimamente las ciencias del lenguaje... Debido al hecho de que la resurrección es el núcleo mismo de nuestra fe, todos estos cambios y progresos han llevado a los especialistas a estudiar de nuevo los textos evangélicos planteándose el problema no de si "Cristo ha resucitado" sino "*qué queremos decir exactamente cuando proclamamos: Cristo ha resucitado*". Como se ve, no se trata ni mucho menos de poner en duda nuestra fe, sino de intentar comprenderla lo mejor posible.

Por todas estas razones, el tema de la resurrección ha provocado desde hace unos cuantos años una infinidad de trabajos. Pero la mayor parte de ellos son técnicos y han sido publicados en revistas u obras especializadas.

La intención de estos cuadernos no es presentar el último grito de la investigación ni ofrecer cosas nuevas; tampoco este cuaderno pretende ser original. Quisiera únicamente poner a disposición del mayor número posible de lectores, de manera inteligible, los más sólidos resultados adquiridos y publicados estos últimos años por los especialistas del problema.

Al intentar modestamente un balance de la situación y al ayudar quizá a nuestros lectores a una lectura ulterior de trabajos más difíciles, este cuaderno quisiera también hacernos caer en la cuenta de que, constantemente, todos los días, vivimos del resucitado, y permitirnos igualmente proclamar cada vez más profundamente que *Jesús está hoy vivo*, como señor, para gloria del Padre.

Plan de nuestro estudio, por... Jesús

El estudio de la resurrección puede ser abordado de muchas maneras, pero ya que el mismo Jesús, según nos cuenta san Lucas, dio un curso sobre el tema a dos de sus discípulos al atardecer del día de pascua, ¿qué cosa más fácil que seguir su plan?

A. EL RELATO DE LOS PEREGRINOS DE EMAUS (Lc 24, 13-35)

Dos discípulos en camino... infinidad de discípulos durante siglos y siglos... tú quizá... yo mismo...

En este relato, Lucas, con un arte fuera de serie, recoge nuestra experiencia diaria de creyentes y nos enseña a leerla,¹

Tres partes en el relato:

1. Los actores: dos discípulos y «el caminante de paso» (24, 13-18).
2. El mensaje pascual:
 - a) el acontecimiento contado por Cleofás (24, 19-24).
 - b) Jesús, partiendo de las escrituras, explica su sentido (24, 25-27)
3. Reconocimiento y celebración:
 - a) Los discípulos reconocen a Jesús al partir el pan (24, 28-32).
 - b) Se vuelven a Jerusalén para celebrar su fe con sus hermanos (24, 33-35).

Inmediatamente después de este relato nos encontramos con el de la aparición a los once: Jesús se manifiesta a los discípulos reunidos (los once y los dos discípulos) y les envía en misión hasta el fin del mundo (24, 36-49).

Como en el resto de la biblia, en este relato no se trata de ningún «directísimo» de los acontecimientos, sino de un relato construido por un autor determinado. Por tanto, lo primero que debemos hacer es preguntarnos lo que Lucas quería decirnos al componer como lo hizo este relato.

Desde el primer momento una cosa salta a la vista: los discípulos no reconocen inmediatamente a Jesús. ¿Qué hubiéramos hecho nosotros en su lugar? Casi seguro que hubiéramos dicho a los dos discípulos desamparados: «¡mirad: soy yo!» Ahora bien, Jesús hace que primero se expliquen largo y tendido.

Una esperanza fallida

«Nosotros esperábamos, nosotros...» Estas palabras están llenas de todo el peso de la vida

¹ Para un estudio más detallado, véase J. DUPONT, *Le repas d'Emmaüs: Lumière et Vie 31 (1957) 77-82.*

cotidiana, llenas de esperanza y de experiencia humanas. Cleofás y su compañero tienen sus planes sobre el hombre y sobre el mundo, planes que contienen evidentemente un aspecto político: la «liberación de Israel»; planes lo suficientemente sólidos como para llevarles a comprometerse totalmente: creían que Jesús los iba a realizar, por eso hace meses que le siguen. Pero en vano. Su esperanza la han contemplado clavada en una cruz... Alicaídos, se vuelven a casa. Y sin embargo esta aventura continúa dándoles vueitas en la cabeza; de ella van hablando al caminar. De una esperanza que ya no tiene sentido...

Mientras van hablando de él, Jesús mismo se une a ellos, pero no le reconocen. Trágica paradoja: estos discípulos conocían bien a Jesús: cuando hablan con él, resumen perfectamente su vida casi en los mismos términos de Pedro en sus discursos;² más aún: saben que algunas mujeres y algunos discípulos han descubierto la tumba abierta... y no le reconocen. Existe pues un conocimiento intelectual de Jesús que no basta para encontrarlo.

El sentido de una esperanza

Jesús se sitúa en lo más íntimo de sus preocupaciones y les deja que hablen cuanto quieran sobre su esperanza fallida. Antes de esto ¿hubiera podido hacer que le reconocieran? Probablemente sí, pero corriendo el riesgo de que la fe en la resurrección resultase para ellos una creencia tipo parche al margen de sus planes sobre el hombre.

Jesús les induce a formular esos planes. Están totalmente imbuidos de ellos y por ello

² Podríamos poner en dos columnas paralelas el discurso de Cleofás con bastantes de los textos de los Hechos de los apóstoles. Compárese por ejemplo v. 19 y Hech 2, 22; 3, 22; 10, 38... v. 20 y Hech 2, 23-36; 3, 13-14; 4, 10; 5, 30...

en seguida se ponen a hablar; sólo que esta esperanza ya no tiene sentido para ellos.

Pero ¿es seguro que lo que hay que cambiar es esta esperanza? ¿O el sentido que ellos le daban? Tenían unos planes, pero eran **los suyos**, los que ellos se habían hecho y que les bloqueaban, cegándolos e impidiéndoles reconocerle; estos planes se habían cumplido, aunque de manera diferente a como ellos se lo imaginaban, en este «extranjero» que ahora camina con ellos. Hablan a Jesús, pero tal y como ellos se lo imaginan, y por ello... no le reconocen.

Jesús habla a su vez; pero no para cambiar sus planes sobre el hombre, sino para darles su verdadero sentido. Para esto «da con ellos un repaso a toda la escritura, haciéndoles comprender lo que a él se refería». Jesús parte de lo que ellos viven, toma sus vidas en su totalidad situándolas en el gran proyecto de Dios que muestran las escrituras. Reformula su esperanza en términos de escritura. Y, de repente, sus corazones empiezan a arder al mismo tiempo que sus planes van situándose en su lugar dentro del dinamismo que recorre de arriba a abajo toda la escritura para conducir finalmente a Cristo.

Le reconocen en el «partir el pan», es decir, en el lenguaje de los primeros cristianos, en la eucaristía. A partir de esta eucaristía, de esta presencia celebrada del Jesús vivo, el discípulo puede empezar a comprender la pascua.

Inmediatamente se levantan: la fe no puede ser individual, se celebra entre creyentes. Pero nunca en círculo cerrado: si se celebra al resucitado es para presentarlo al mundo: Jesús, al aparecérselos, les convierte en sus testigos.

B. LOS CAMINOS DE NUESTRA REFLEXION

Con este estudio nos hemos metido de lleno en el camino de Emáus, que no es otro

que nuestro propio camino de hombres. Camino que a veces nos parecerá un poco largo y complicado, ya que tomará senderos un tanto desconocidos. Se compone de tres grandes etapas.

1. El Antiguo Testamento

Como los dos discípulos, también nosotros somos creyentes, sabemos muchas cosas sobre Jesús y recitamos el «Credo»: «Jesús ha resucitado». Pero *¿qué queremos decir con estas palabras? ¿Qué tiene que ver esta afirmación con nuestra vida cotidiana?*

Nuestra vida, como la de Cleofás, está llena de esperanzas y, muchas veces, de esperanzas fallidas: proyectos humanos enfrentados continuamente con el sufrimiento, con el fracaso, con la imposibilidad de comunicación, con la muerte...

También nosotros nos encontramos en el camino de Emaús, con nuestra fe, pero preguntándonos muchas veces *si esta fe no estará hecha de palabra sin sentido, con nuestras esperanzas fallidas. Pero he aquí que la escritura (el Antiguo Testamento) nos acoge fraternalmente: lo que en él leemos son nuestras esperanzas y experiencias humanas de hoy (expresadas ciertamente en una cultura diferente), como si Dios hubiera hecho vivir al pueblo de Israel todas nuestras aspiraciones fundamentales.*

En nuestro recorrido, nos iremos familiarizando también poco a poco con los diferentes lenguajes con los que el Nuevo Testamento intenta expresar el misterio pascual.

La primera etapa será pues la del Antiguo Testamento, pero al mismo tiempo la nuestra de hombres del siglo XX. Al encontrarnos en estas escrituras, nos daremos cuenta de que nuestras aspiraciones están ya orientadas hacia Cristo.

Nuestra vida se nos presentará como en ten-

sión gracias a una esperanza, pero, sin embargo, una pregunta continúa preocupándonos profundamente: *¿no se tratará en realidad de sueños, de opio que tranquiliza nuestra dificultad de ser realmente hombres?*

2. La fe de los primeros cristianos

Un grupo de hombres afirma que no se trata de ningún sueño, que ellos han experimentado todo esto como realizado en Jesús y que esta realidad ha trastornado por completo su vida y continúa interpelándonos.

Tendremos pues que escucharles largo rato cuando nos hablen de su experiencia. Cuando un grupo de hombres me afirman la existencia de un hecho que da sentido a la historia y que al mismo tiempo asume todas mis aspiraciones y mis angustias, no tengo derecho a no escucharlos. *Interpelado por este hecho, podré entonces libre y conscientemente comprometerme a seguirles o buscar otro sentido distinto a mi existencia.*

Tendremos que escucharlos largo rato, ya que este hecho es tan nuevo y revolucionario que tuvieron necesidad, para expresar esta experiencia inexpressable, de las diferentes fórmulas que encontramos tanto en la predicación de Pedro como en los cánticos primitivos, las cartas de Pablo o los relatos evangélicos.

3. Jesús vivo hoy

Solo nos quedará intentar expresar esta misma fe en nuestro lenguaje de hoy, llegando a responder así a algunas preguntas que podemos plantearnos sobre la «historicidad» del acontecimiento, pero sobre todo para ver cómo este misterio da sentido a nuestra historia personal y colectiva, como dio sentido a la vida de Jesús.

I — Puesta en marcha...

Esta primera parte será muy breve... por lo que al texto se refiere, ya que nuestra reflexión personal deberá ser francamente larga. En tanto en cuanto aceptamos ir más lejos en nuestra reflexión y profundizar realmente en ella, nuestro estudio sobre la resurrección deja de ser un «estudio» para situarse en el plano de la vida real. «Nosotros esperábamos, nosotros...»: Jesús pudo revelar el sentido del misterio pascual a sus dos discípulos, porque antes habían podido hablar de sus vidas y de sus esperanzas. Por ello quizá fuera necesario cerrar este cuaderno y preguntarnos:

¹ «Muchas veces sueño, escribía Emmanuel Mounier, con un mundo en el que al encontrarnos en cualquier esquina con cualquiera que por allí pasara, pudiéramos saludarnos normalmente y continuar juntos, con la mayor naturalidad, su conversación interior.»

•

Para mí, para nosotros, ¿qué significa VIVIR? ¿Qué sentido tiene «TRIUNFAR EN LA VIDA»? ¿Cuándo soy feliz o desgraciado? ¿Por qué?... ¿Qué PLANES tengo yo en la existencia, qué quiero hacer en ella? ¿Qué fracasos encuentro en mi camino?...

•

Todos nosotros sentimos en lo íntimo de nuestro ser un profundo deseo de vivir, de llegar a ser nosotros mismos, de realizar nuestros proyectos humanos (formar una familia, hacer felices a los demás, crear algo, mejorar la sociedad...). Quisiéramos vivir en comunión con los demás, con todos los demás,¹ en armonía con el mundo...

Pero por otro lado nos sentimos constantemente limitados por nuestro cuerpo, por el su-

frimiento, por la injusticia; no acabamos de comunicarnos realmente entre nosotros; el mundo nos es tan hostil... Y, de todas formas, al final, chocamos con el obstáculo definitivo: la muerte. La muerte que continúa siendo el símbolo de nuestro fracaso radical ante la vida.

Pero hay algo dentro de nosotros que no se resigna a este fracaso: no es fácil vivir con la certeza de que un día todo esto se acabará definitivamente. Por ello desde siempre los hombres han andado buscando salidas y remedios a la angustia de la muerte.

Algunos la olvidan o intentan hacerlo, pero es una solución indigna del hombre y, de todas maneras, al final la muerte se impone...

Otros la aceptan. Unos estoicamente, acostumbrándose a ella a lo largo de su vida, intentando ser dueños de sí mismos y preparándose a aceptar cuando llegue lo inevitable. «Me vuelvo a los gérmenes eternos», decía Roger Martin du Gard poco antes de su muerte. Los marxistas piensan en la nueva sociedad que nacerá un día de su existencia valiente, lo que permite, incluso a los mejores, sacrificar sus vidas voluntariamente en favor de las futuras generaciones. Solución admirable, hacia la que no podríamos menos de orientarnos si no hubiera otras.

Algunos piensan que existe otra solución: **«existe un más allá»**, hay «un algo» después de la muerte; pero lo piensan por dos razones diferentes que podríamos expresarlas con el término castellano «creer»: «me parece que...» o

«estoy seguro de que... porque me lo han dicho».

«Me parece que...»

Al no tener la fuerza suficiente para soportar esta existencia humana con la idea de que todo se acaba con la muerte, se inventa un «más allá». Desde siempre, religiones y filosofías se crearon sus «cielos» (y la manera de expresarse de muchos cristianos en este asunto es muy semejante).

«Estoy seguro de que... porque me lo han dicho»

El judío, el cristiano o el musulmán no «sueñan» con un cielo: creen en él basados en la palabra de Dios a su pueblo. Al leer las escrituras, el creyente descubre que Dios asume todas sus aspiraciones y angustias, todo su deseo profundo de triunfar en la vida y su angustia ante el fracaso que constituye la muerte; descubre que Dios las asume, las reorienta y les da una respuesta.

Esto es lo que tendremos que descubrir en primer lugar por medio del estudio de algunos textos importantes del Antiguo Testamento.²

² *¿Cómo hemos elegido estos textos? Leyendo los evangelios y las epístolas, he intentado descubrir cuáles eran los temas fundamentales que sirvieron a los primeros cristianos para expresar el misterio pascual. Estos serán pues los temas que, agrupados según un cierto orden lógico, nos servirán de guía a lo largo de esta primera parte.*

II — El pueblo del Antiguo Testamento expresa en su propia vida nuestra aventura humana

Cuando intentamos comprender una situación concreta, feliz o desgraciada, nuestra reflexión puede orientarse en dos direcciones: buscar las causas (¿cómo se ha llegado hasta ahí?) o interesarnos por el final (¿a dónde nos lleva todo esto?; ¿cómo acabará este asunto?). Pero, inmediatamente, lo importante es vivir; espontánea o reflexivamente se adoptan ciertas actitudes, ciertas maneras de vivir (rebelión, confianza, lucha...).

Así también, siguiendo estos tres ejes pode-

mos reagrupar la reflexión de Israel tal y como nos la presenta la biblia. Al leer los relatos de la creación, intentaremos descubrir las razones por las que la condición humana es la que conocemos actualmente. Leyendo los textos de apocalipsis en los que Israel intenta comprender el final de la historia, veremos cómo Dios revela lo más importante de este asunto. Pero entre ambos momentos nos veremos reflejados sin duda en ciertas actitudes del pueblo frente a su condición humana.

Dos tipos de palabra

La palabra explicativa (el lenguaje de la ciencia).

El hombre pretende conocer las cosas; las descompone y, de esta forma, adquiere poder sobre ellas. Desde el momento en que un investigador consigue «explicar» que el agua está compuesta de hidrógeno y oxígeno, se convierte en su dueño, puede «descomponerla» y volver a formarla en el laboratorio. Siguiendo este modo de palabra o de lenguaje, el mundo, las cosas, son para nosotros objetos de los que nos apropiamos. Pero esta palabra o explicación por la que las dominamos no nos afecta personalmente, no nos cambia: el hecho de que el agua esté compuesta de tales elementos nos interesa, pero no cambia nuestra vida.

En el otro tipo de palabra las cosas se presentan de manera totalmente diferente.

La palabra creadora (el lenguaje de la relación entre dos personas: el lenguaje del amor).¹

Cuando un hombre dice a una mujer: «te quiero», ésta no puede menos de sentirse interpelada, obligada a responder (sí o no). Esta palabra crea en ella un sentimiento nuevo y quizá un ser nuevo. En este caso, no se «posee» al otro como un objeto; el otro es alguien que nos interpela, al que se responde; uno sale de sí mismo para ir hacia él, se «existe» (etimológicamente: ex-sistir, significa salir —ex— de su propio «ser aquí y ahora» —sistere—).²

La palabra de Dios pertenece a este segundo tipo de palabra.

Cada uno de nosotros nos encontramos en la encrucijada

de múltiples llamadas que nos afectan más o menos profundamente y que hacen surgir en nosotros sentimientos múltiples e incluso múltiples seres. La mujer, por ejemplo, a la que se llama «mamá», se siente llamada por ese mismo hecho a «ser» madre, así como cuando la llamen por su nombre se sentirá llamada a «ser» esposa. A lo largo del día y de la vida nos sentimos llamados así, por las palabras y los acontecimientos que nos afectan, a «ser», a ser amigos, a ser comerciante al servicio de sus clientes, trabajador con una función precisa en la sociedad, militante que lucha por la justicia, a ser padre, madre, esposo o esposa, hijos, hermanos... Todas las «palabras» que a lo largo del día y de la vida nos dirigen los hombres hacen surgir en nosotros una multitud de seres.

Pero estas llamadas son siempre limitadas y parciales, no afectan más que a una pequeña parte de nuestro ser. Además, somos perfectamente conscientes de que muchas veces respondemos negativamente o ni siquiera respondemos. ¿Quién no ha soñado alguna vez con una llamada tan profunda, tan total, que afectase a lo más íntimo de nuestra existencia y que nos hiciera nacer a nosotros mismos en la transparencia absoluta de una respuesta que brotase de esa misma intimidad? Nos da la impresión de que solamente entonces habríamos nacido a la vida.

Ahora bien, según la biblia, esto es precisamente lo que hace la palabra de Dios.

¹ Tomamos aquí la palabra «crear» en su sentido existencial.

² Esta «palabra» puede consistir tanto en palabras como en actos. El hombre en cuestión no ha dicho quizá nada a la mujer, quizá lo único que ha hecho es sonreír o mirar de manera particular: los actos o el silencio pueden «hablar», decir muchas cosas.

A. LA REFLEXION SOBRE LA CONDICION HUMANA (Gén 1-3)

Israel surge en la historia como pueblo gracias a la liberación de Egipto y a la alianza del Sinaí (hacia 1250 antes de Cristo), y se instala en Canaán. Después del tiempo de la conquista, llega la época de la prosperidad y la paz (con David, y luego con Salomón, en el siglo X); más tarde, el pueblo vuelve a instalarse de nuevo en la tierra de los antepasados después de la de-

portación a Babilonia (entre 587 y 538). Estos dos momentos, debido a la calma relativa de que gozan, fueron particularmente propicios para una reflexión sobre la condición humana.

Partiendo de lo que van viviendo cotidianamente, los creyentes intentan responder a los múltiples problemas que se les plantean: «¿Por qué vivimos? ¿Cuál es la razón de la misteriosa atracción sexual? ¿Qué sentido tienen el sufrimiento y el mal? ¿Por qué existe la muerte?...» Todo lo que estos creyentes van descubriendo iluminados por su Dios, en lugar de expresarlo

en términos abstractos, lo proyectan en forma de relato, a los orígenes del mundo.¹

1. El hombre según su propia idea y según la idea de Dios (Génesis 1)

En este primer capítulo del Génesis² nos encontramos de hecho con una «definición» del hombre que se halla presente en todo el resto de la biblia. **El hombre es un ser que nace constantemente en (o de) su respuesta libre a la palabra de Dios que le interpela.**

Dios interpela al universo y todas las cosas responden a esta llamada naciendo a la existencia. «Dios dijo: que exista la luz... y la luz existió».

Dios interpela al hombre. Y el hombre existe. O más bien... en este punto las cosas son menos sencillas de lo que a primera vista pudiera parecer, ya que el hombre es libre. Este puede aceptar o rechazar esta llamada creadora. Ciertamente, incluso en este último caso, el hombre existe, pero con una «existencia-que-lleva-a-la-muerte».

De esta manera, la vida humana aparece en la biblia como la aventura más interesante —y dramática, pues somos responsables de ella— de un ser que no existe más que por su libre decisión.

«Mira: te pongo delante la vida y la muerte: elige la vida...», dice Dios al hombre (Dt 30, 15s). «Delante del hombre están muerte y vida; le darán lo que él escoja» (Siracida 15, 14-17).

¹ Otro de los cuadernos de la presente serie estudiará detalladamente los once primeros capítulos del Génesis. Me llimito exclusivamente a señalar algunas pistas, indispensables para nuestro estudio.

² Este relato de tradición «sacerdotal» fue compuesto durante el exilio en Babilonia (entre 587 y 538).

2. Lo que el hombre ha llegado a ser al rechazar la llamada de Dios (Génesis 2-3)

El autor del segundo relato de la creación (Gén 2-3)³ parte de nuestra condición humana e intenta comprender el por qué es tan dolorosa: ¿cuáles son las razones del mal, del sufrimiento, de la incomprensión entre los hombres, de la muerte? ¿Todo esto forma parte de la naturaleza del hombre? ¿Es algo definitivo?

El autor de este relato responde a todas estas preguntas diciendo que Dios creó al hombre para existir dichoso viviendo su relación a Dios, a los demás y al mundo, y que fue el hombre quien rompió esta armonía al rechazar la llamada de Dios.

a) El hombre existe en la relación

Dios crea al «humano» partiendo del «humus»⁴ y, a continuación, le da la vida comunicándole su hábito.

Le encarga entonces ocuparse del universo, tanto de la naturaleza como de los animales. Y al principio parece que el hombre es feliz y se desarrolla en esta construcción del mundo.

Sin embargo, pronto se va poniendo triste: entre los animales no encuentra nada ni nadie que pueda servirle de «pareja», «alguien con quien hablar».⁵ Y cuando vuelve en sí de su éxtasis (y no tanto «sueño»), el hombre exclama al contemplar a la mujer: «¡esta vez se trata realmente de lo más íntimo de mi corazón!». Y los dos pueden llegar a ser una sola carne.

El autor concluye: «los dos estaban desnudos, el uno ante el otro, sin sentir vergüenza».

³ Este relato de tradición «yavista» es más antiguo que el primero; fue compuesto hacia el siglo X antes de Cristo.

⁴ Juego de palabras en hebreo: «adam» es sacado de la «adamah» (la tierra).

⁵ Es quizá la mejor transposición de la expresión hebrea traducida generalmente por «una ayuda semejante a él».

Difícilmente podríamos encontrar una imagen más adecuada de la transparencia total de su relación. La verdad es que resulta francamente difícil «desnudarse» ante los demás, en primer lugar porque muchas veces no vemos claramente en nuestra propia persona, porque no somos transparentes ni a nosotros mismos, y además porque no tenemos muchas ganas de que el otro nos conozca tal y como somos.

Según este autor, el hombre es un ser que no llega realmente a ser hombre sino en su relación al otro y en su relación a Dios.

b) Lo que el hombre ha llegado a ser al rechazar la llamada de Dios

Desgraciadamente la condición humana tiene poco que ver con la descripción optimista del capítulo segundo del Génesis. Lo que sucede es que el hombre deshizo todo al rechazar la llamada de Dios que le interpelaba, al no querer «obedecer».⁶ Rompió la armonía con Dios (se acabó la charla tranquila del «atardecer», tiene miedo), con el otro (tienen vergüenza el uno del otro), con el mundo que se les hace hostil, consigo mismo (no es capaz ni de asumir sus actos: «fue la mujer quien...»). La misma suerte adquiere un nuevo sentido: en lugar de ser el paso a una nueva plenitud de ser, se convierte en el fin de una vida que no se sabe si acaba en la nada o en la verdadera vida.⁷

De esta manera se describen con magníficas y trágicas imágenes nuestra condición humana: nuestra necesidad de encontrar al otro, de tener alguien «con quien hablar» para poder construir-

⁶ En cuanto teólogo, Pablo resume todo este drama en dos palabras: «obediencia-desobediencia» (Rom 5, 19). «Obedecer», según la etimología griega, significa «ponerse bajo la palabra» dejándose interpelar por ella; «desobedecer» quiere decir situarse voluntariamente «aparte», ponerse en tales condiciones que la llamada no pueda llegar.

⁷ «Lo que desde aquel día se convirtió en la muerte no era sino una separación tranquila y natural.»

Péguy, Eve.

se a sí mismo, para llegar a ser hombre... y al mismo tiempo nuestra radical incapacidad de conseguirlo.

Sin embargo, el pecado no ha destruido totalmente esta posibilidad de relación. Sería necesario estudiar ahora la vida de todos esos hombres que, a lo largo de la historia de Israel y actualmente, existieron o existen realmente, desde Abrahán (Gén 12), Jacob (Gén 32), Moisés (Ex 3)... Sería necesario sobre todo repasar de nuevo toda la historia del pueblo de Dios: «creado» por Dios, al sacarlo de Egipto, experimentará a lo largo de su historia la alternancia de las respuestas positivas al amor de Dios (y por tanto de vida) y del pecado (es decir de la muerte). Pero Dios no se deja nunca ganar en amor y sin cesar le vuelve a dar la vida.

Durante los largos siglos de esta historia, de los que sólo señalaremos algunos momentos significativos, el pueblo descubre que en adelante el camino hacia la vida pasa por la muerte. Es necesario «morir para vivir».

B. MORIR PARA VIVIR

El pueblo de Dios descubrirá lenta y dolorosamente, en medio de sus experiencias históricas iluminadas por los profetas y sabios, que esta relación vital con Dios y con los demás no está destruida irremediablemente: ahora se trata de **una victoria de la vida sobre la muerte.**

Detengámonos algunos momentos en ciertas actitudes de Israel ante el sufrimiento y la muerte antes de estudiar su reflexión sobre el éxodo.

1. Ante el sufrimiento y la muerte...

La angustia ante la muerte es algo por lo que todos los mortales pasan; pero en los pueblos antiguos esta realidad era todavía más fuerte, debido a que era una experiencia cotidiana. Para

Los hombres del Antiguo Testamento y la idea del alma

Cuando se formó a Adán del polvo de la tierra, Dios le infundió su hálito en las narices y «Adán se hizo alma (néfesh) viviente» (Gén 2, 7); muchas veces se traduce esta expresión por «ser viviente». La palabra néfesh, en efecto, puede tener sentidos muy amplios y variados: el hálito vital, la vida, la persona, el yo... En el compuesto humano, la néfesh es considerada como el elemento que anima la «carne» (en hebreo no se habla de cuerpo), es decir en el sentido primero de una animación fisiológica. Por otra razón, la néfesh puede ser identificada con la sangre: «no comerás carne con su alma, es decir, la sangre» (Gén 9, 4) (la misma palabra néfesh se utiliza aquí para los animales): la sangre derramada es el signo del alma y de la vida.

Fácil es, pues, comprender que esta concepción semítica del alma está a mil leguas de la concepción griega, particularmente platónica, en la que el alma (psyché) es considerada como algo relacionado con el mundo de las ideas y encerrada en el cuerpo como en una prisión. Para los seguidores de Platón, la muerte sirve para liberar al alma del cuerpo. Para un semita, por el contrario, en la muerte, al no tener otra función que la de la animación de la carne, el alma no conserva sino una vida raquítica y disminuida. Los hebreos pensaban que el alma bajaba al gran silencio del sheol (Salmo 94, 17; 115, 17); ya nada sabe de los hombres (Job 14, 21s); y no puede ya alabar a Dios (Salmo 88, 11); todo esto quiere decir que el alma en estas condiciones ha perdido toda conciencia y que está como muerta. El alma no tiene vida sin la «carne». Por ello se comprende fácilmente que lo que un semita espera del poder de Dios es que vuelva a dar vida a su alma y por tanto a su carne.

Annie JAUBERT

nosotros, una enfermedad se traduce en «tantos días de hospital»; para ellos no era la mayor parte de las veces sino la antecámara de la muerte.

Israel vive esta angustia más profundamente que los otros pueblos, ya que es honrado consigo mismo y no trata de engañarse a sí mismo en este asunto. La acepta en su aspecto trágico

de destrucción definitiva de la vida, de lo mejor que Dios había hecho, no queriendo inventar, para adormecer su angustia, historias del más allá, supervivencia de la «sombra» del difunto (como los egipcios) o de un «alma separada». Es cierto que Israel habla del «sheol» (los «infiernos»), pero para él éste no es sino una especie de agujero inmenso e indefinible en el que están colocados los muertos. Carecen de existencia personal, ya que no pueden ni siquiera alabar a Dios (Salmo 115, 17).

La muerte es considerada por los creyentes en Israel como el **fracaso definitivo**. Ante ella adoptarán tres actitudes principales que son también las nuestras y que Jesús asumirá.

a) La rebelión

La primera reacción de Israel, como la nuestra, es la rebelión. Podríamos citar numerosos textos en este sentido. Basten dos.

El libro de Job es un grito que consta de 40 capítulos: ¿por qué sufro?; ¿cuál es la razón de mi muerte prematura? «¡Ah!», dice Job, si pudiera agarrar a Dios por el cuello y pedirle cuentas de su conducta...» (Job 13). Job en su rebelión se encuentra solo frente a los cuatro teólogos que, con los argumentos tradicionales (utilizados todavía en nuestros días, por desgracia), defienden la justicia de Dios y el orden del mundo. Al término de treinta y siete capítulos, aparece Dios para «contar los goles» y hace esta extraordinaria declaración: «Uno solo ha hablado bien de mí: mi siervo Job». La razón es sencilla: sólo él, en efecto, conoce el sufrimiento y la angustia de la muerte y rechaza todos los posibles calmantes; sus gritos son los que tantas veces oímos en las calles y que nosotros mismos damos en determinados momentos: «si Dios existiera, todo esto no sucedería...». Se trata de la mismísima queja. La diferencia está en que Job la dirige a Dios. Y al final, aun sin comprender, en la fe desnuda, Job se pone en manos de Dios.

Estos mismos clamores se encuentran en la oración de Israel: «Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» (Salmo 22). El clamor de todos los desgraciados que sufren y se preguntan la razón, sube hasta Dios...

b) El abandono en la confianza

Hay momentos en los que la incomprensión se instala entre dos seres que se aman: «No entiendo nada; ¿qué le pasa? No comprendo por qué actúa así...». La separación podría ser una solución, pero si ambos se aman de verdad, se apoyan en lo que ya uno conoce del otro, sobre el amor común, aceptando en la confianza la presente situación y esperando la comprensión futura. Se sabe, además, que un día, cuando se haya vuelto a recobrar la transparencia perdida, esta incomprensión presente encontrará su puesto en esta historia de amor como uno de sus momentos más importantes.

Esta actitud es la vivida en Israel por un grupo de gentes a las que generalmente se llama «**los pobres de Dios**». El autor del **salmo 31** es perseguido, sufre, y clama a Dios. Pero su oración se resume en esta frase admirable: «en tus manos pongo mi vida» (31, 6). A pesar de todas las apariencias, está seguro del amor de Dios y por ello se pone en sus manos.

Igualmente a causa de este amor los creyentes llegarán a la certeza de que la relación con Dios no puede romperse definitivamente después de la muerte. Lo harán siguiendo dos líneas complementarias. El autor del **salmo 16** declara: «no dejarás al que te es fiel conocer la fosa», y el del **salmo 73**: «tú agarras mi mano derecha... me llevas a un destino glorioso, roca de mi espíritu, mi lote perpetuo, Dios mío». Con otras palabras, uno de ellos dice: «me amas demasiado para dejarme olvidado en la muerte», y el otro: «te amo demasiado ahora para no poder seguir amándote después». Dos maneras diferentes de abordar el mismo problema, pero una misma base: el amor vivido, experimentado,

el de Dios por el hombre, el del fiel por su Dios.¹ El Nuevo Testamento no profundiza más, sólo que podrá apoyarse sobre un hecho: Dios ha sacado a Jesús de la fosa (Hech 2, 27). Por ello Pablo podrá añadir la precisión siguiente: «después de la muerte, estaremos para siempre con Cristo».

No se trata pues de un sueño del más allá, inventado para darse ánimos y poder soportar así la existencia. Una fe así basada en el amor no ha podido nacer sino en lo más íntimo de quien ha sido interpelado por el Dios vivo.

Esta rebelión ofrecida a Dios quizá sea la única oración auténtica que podamos presentarle. Abandono confiado en Dios, seguro de su amor... Pero queda otra manera de «aceptar» el sufrimiento y la muerte: reconocerles un sentido.

c) Elegir su muerte

El fracaso, el sufrimiento, la muerte, constituyen otras tantas limitaciones impuestas a nuestra existencia, nuestro deseo de vivir, de triunfar en la vida. Nada podemos contra ellos.

Nada podemos... salvo darles un sentido, «elegirlos».

En el siglo VI antes de Jesucristo, el pueblo judío se encuentra exiliado en Babilonia. Aplastado, humillado, su existencia nacional perdida, Israel experimenta la muerte en su propia carne. Y por ello pide cuentas a Dios. El profeta llamado **Segundo Isaías** (Is 40-55) intenta descubrir el sentido de esta situación, y piensa en la fecundidad de la existencia dolorosa de los profetas que le han precedido como Moisés y Jeremías. De esta reflexión saca la conclusión de que el sufrimiento y la muerte pueden tener un

¹ Sobre esta misma base Jesús apoyará su argumentación contra los saduceos a propósito de la resurrección, siguiendo la línea del salmo 16, según Mt 22, 23-33 y Mc 12, 18-22, y siguiendo la línea del salmo 73 según Lc 20, 27-38. Véase E. Charpentier: *Tous vivent par lui: Assemblées du Seigneur n.º 63 (1971)*.

sentido: esta es la manera que Dios utilizará para manifestarse ante todas las naciones: como un Dios capaz de dar la vida. En este contexto se sitúa la descripción de la «pasión» del servidor, es decir de los auténticos fieles y creyentes: si llega a asumir este sufrimiento y esta muerte que no puede rechazar, si los «elige» convirtiéndolos en ofrenda, en sacrificio, entonces podrán llegar a ser redentores para el mundo entero y el servidor será «elevado» y «exaltado» (Is 52, 13-53, 12).²

Esta misma fe llevará a otro fiel creyente a prolongar el grito del **salmo 22**: «Dios mío, ¿por qué me has abandonado?». Este sufrimiento de todo hombre que clama a Dios exponiendo el escándalo de su vida y de todo lo que encuentra de mal en el mundo, se convierte, al elegirlo, en el punto de partida de una auténtica paz y fraternidad universales: «los pobres comerán y serán saciados...» (Salmo 22, 26-30).

De esta manera, poco a poco, el pueblo, iluminado por los testigos de la revelación, se va dando cuenta de que hay que morir para vivir. Esto le permitirá reflexionar sobre el hecho que constituye el punto de partida de su existencia, el éxodo, la liberación de Egipto, y encontrar en él el fundamento de su esperanza.

2. El éxodo o la pascua (el paso) de la muerte a la vida

Exodo: historia ejemplar del nacimiento de un pueblo. Todo empieza con la liberación de unos esclavos que toman conciencia de su situación y arden en deseos de salir de ella, cuando alguien cristaliza sus voluntades organizándoles

en un movimiento tal que les haga capaces de sustraerse a la poderosa máquina administrativa y militar que les oprime, capaces de atravesar mares y desiertos... Fácil es comprender que los oprimidos de todos los tiempos, oprimidos por otros pueblos o por las condiciones sociales, vuelven sus ojos hacia este acontecimiento para alimentar en él sus propias esperanzas.

También Israel releyó constantemente esta historia descubriendo en ella, gracias a su fe, que no es él quien se salvó, sino que fue **Dios** quien le había salvado. Humanamente, esta aventura era algo descabellado: el faraón era poderoso, el mar Rojo infranqueable; ahora bien, las aguas que hubieran debido ser su sepultura se convierten en su salvación y en la muerte de sus enemigos.

Entonces Israel empieza a comprender que es en ese momento cuando Dios le ha «creado» realmente como pueblo, que es entonces cuando Dios le ha interpelado por esa serie de hechos (las maravillas que jalonan esta liberación) y por sus palabras, la alianza del Sinaí; es igualmente el momento en el que Israel responde con amor: la época del desierto será considerada cada vez más como el tiempo del noviazgo en el que el pueblo vivía únicamente de la palabra de Dios, en la plena confianza (Os 2, 16).

Estos relatos del Exodo constituirán el criterio que permitirá a Israel descifrar su propia historia y descubrir su sentido profundo, el de la manifestación de Dios. Más aún, el de **la promesa de Dios**. En efecto, gracias a los profetas, el pueblo va tomando conciencia de que esta liberación de Egipto era ciertamente una auténtica liberación, pero que no agotaba de una vez para siempre la promesa de Dios, pues de hecho el pueblo se encuentra en peligro constante de recaer en la esclavitud: la de las grandes potencias o la del pecado. Jeremías anuncia para el final de los tiempos una nueva alianza (Jer 31, 31) y Ezequiel precisa que esta nueva alianza no

² Véase J. BRIERE, *Présentation du Second Isaïe: Aujourd'hui la Bible n. 83, 84, 85* y en la misma revista, J. LE DU, *Notre corps a-t-il un avenir? (n. 13), Une vraie mort (n. 125)*. Para un estudio detallado puede consultarse el gran comentario de P. E. BONNARD, *Le Second Isaïe*. Gabalda, Paris 1972.

será posible sino a condición de que el hombre responda a Dios del fondo de su corazón; así, pues, Dios arrancará nuestro corazón de piedra para darnos un corazón de carne y pondrá en él su propio espíritu (Ez 36, 25-26). En efecto, sólo en la medida en que el espíritu transfigura al hombre puede responder éste a Dios y existir así realmente.

Durante el exilio en Babilonia, nueva cautividad, el Segundo Isaías anuncia la liberación como un nuevo éxodo. De hecho, Ciro devolverá la libertad al pueblo, pero pronto se darán cuenta de que esta liberación no colma ni con mucho la esperanza. Todas estas realizaciones parciales, en lugar de suprimir la esperanza, al colmar la espera, no hacen por el contrario sino agudizarla y exasperarla más, orientándola cada vez más hacia una liberación definitiva: «Ojalá rasgases el cielo y bajases...», clama un profeta anónimo de después del exilio (Is 63, 19).³

Por ello, el teólogo Moltmann tiene razón cuando dice que para él la religión de Israel es una religión de la promesa. «Dios como Dios de la promesa está por encima de todas sus realizaciones; ninguna realidad histórica le agota. Por ello, el futuro está siempre abierto».⁴

C. SOLO A POSTERIORI EMPEZAMOS A ENTENDER

Todos lo hemos experimentado más de una vez: muchas veces, los acontecimientos que vivimos, las palabras que se nos dirigen revelan su sentido después de pasados o de haber sido dichas: «¡Ah!, eso era lo que quería decir...» «Aquel encuentro, aquel accidente constituyeron finalmente un momento capital de mi existencia...» No queremos decir con esto que se les

³ Parece que Marcos considera esta esperanza realizada en el bautismo de Jesús, cuando los «cielos se abrieron» para la bajada del espíritu (Mc 1, 10).

⁴ C. GEFFRE, *Un nouvel âge de la théologie*. Cerf, Paris 1972, 107-108.

añada una significación precisa después de sucedidos. Es el mismo acontecimiento el que, al ocupar un puesto en nuestra vida, nos revela el sentido que tiene para nosotros. De esta manera, nuestra vida está tejida de acontecimientos particulares, de palabras oídas o escuchadas en diferentes momentos; en el momento en que nos afectan por primera vez, nos parecen casuales, desligados entre sí, pero al volvernos hacia nuestro pasado vemos cómo van formando una línea precisa y cómo ocupan el lugar que les corresponde dentro del conjunto que ellos mismos contribuyeron a crear. En ese momento, los acontecimientos y las palabras «quieren decir» algo.

Sólo sabremos realmente quiénes somos al final de nuestra historia personal. El recién nacido es un nudo de múltiples posibilidades; pero ni él ni nosotros sabemos quién es. Será necesario que la vida y sus múltiples acontecimientos le hagan tal hombre concreto. Sólo al final de nuestra vida, cuando podamos abarcar de un solo vistazo toda nuestra existencia, comenzaremos a saber quiénes somos. O mejor, quiénes éramos... Porque eso es lo trágico de la existencia humana: el momento en el que llegamos a un auténtico conocimiento de nuestra vida es el final de la misma.

Pero tenemos que ir más lejos: sólo **al final de la historia** sabremos realmente quién es tal hombre, cuál es el sentido de tal acontecimiento. En efecto, todo el sentido contenido en una persona o en un acontecimiento no se descubre plenamente en el momento de su desaparición. Un acontecimiento como la Revolución francesa, por ejemplo, continúa revelándonos su sentido a través de las numerosas revoluciones que el hombre va haciendo surgir en el mundo. La vida del hombre y los acontecimientos están repletos de sentidos ocultos de los que sólo descubrimos algunos aspectos. Sólo al final de la historia podremos descubrir su sentido definitivo.

Sólo al final de la historia sabremos quién es

tal hombre. De la misma manera, sólo al final sabremos quién es realmente Dios. Porque todo lo que acabamos de decir puede aplicarse perfectamente a la revelación.

Decíamos que nuestros propios acontecimientos nos descubren su sentido «a posteriori»; igualmente, guiados por nuestra fe vamos reconociendo en esos acontecimientos los hechos de Dios que nos revelan algo de él.

Pero los acontecimientos particulares no pueden ofrecernos sino una revelación parcial de Dios. Así, pues, sólo **la totalidad de la historia es revelación de Dios**, y éste no podrá ser conocido más que cuando la historia se haya acabado.¹

Cómo se iluminaría nuestra vida, lo cual no

es sinónimo de facilidad, si nos fuera posible vislumbrar cuál es el sentido último de nuestra historia personal o colectiva.

Ahora bien, algo de esto, de este sentido último es lo que Dios «descubre» o «revela» al creyente en los «apocalipsis». (La palabra griega «apocaluptein» significa «re-velar», «des-cubrir», «quitar el velo» que esconde, a nuestras miradas humanas, el fin de los tiempos.)

¹ *Esta reflexión, realizada principalmente por Pannenberg, es importante; en ella se da toda su relevancia a la historia, mientras que Bultmann, por ejemplo, la olvida con demasiada frecuencia: sólo le interesa la fe individual, la decisión personal del hombre interpelado por Dios. Permite al mismo tiempo dar a la resurrección de Cristo todo su sentido.*

La resurrección de Cristo: ¿realización o promesa?

A lo largo de estas páginas, dos teólogos alemanes aparecen con cierta frecuencia: Jürgen Moltmann y Wolfhart Pannenberg. Ambos ejercen actualmente una influencia profunda en la teología. Es interesante señalar ya desde ahora su manera de entender la resurrección de Cristo para comprender nuestra propia manera de abordarla.¹

Para PANNENBERG, Dios, que se revela en los acontecimientos de la historia, no podrá ser conocido plenamente sino cuando esta historia se haya terminado. Es esto lo que caracteriza de manera única y decisiva a la resurrección de Cristo: es anticipación del acontecimiento del fin de los tiempos, resumen de toda la historia a la que da su pleno remate. Dios, por medio de este acto libre, acaba la historia y le da su sentido. La resurrección, al ser anticipación del fin de la historia, constituye la revelación definitiva de Dios.

MOLTMANN está de acuerdo en el hecho de que la resurrección de Cristo realiza de manera anticipada la promesa de Dios. Pero no sólo no la agota, sino que nos remite a otro futuro. «La resurrección no es un acontecimiento que cierra, cumpliendo la profecía, sino un acontecimiento que abre, ya que refuerza la promesa confirmando-la».²

«En otras palabras, Moltmann es más sensible al

«todavía no» de la resurrección que al «ya», al aspecto de realización, y quiere mostrar que la vuelta de Cristo, es decir, la parusía, no consistirá solamente en el descubrimiento de lo que ya ha sucedido de manera escondida, sino que será realmente la realización final».³

«La espera del cristiano se relaciona únicamente con Cristo, que ya vino, pero espera de él algo nuevo que todavía no se ha realizado: espera la realización en todo de la prometida justicia de Dios, la realización de la resurrección de los muertos prometida en su resurrección, la realización del señorío de Cristo sobre todas las cosas, prometida en su elevación gloriosa» (Moltmann).

¹ La obra de estos dos teólogos alemanes está traducida en parte al castellano.

W. PANNENBERG, «Fundamentos de cristología». Sígueme, Salamanca 1975.

J. MOLTMANN, «Teología de la esperanza». Sígueme, Salamanca 1969.

J. MOLTMANN, «Une espérance messianique»: Aujourd'hui la Bible, n.º 61, 24-26.

Como introducción a su pensamiento, podemos citar las siguientes obras:

I. BERTEN, «Histoire, révélation et foi. Dialogue avec Pannenberg». Cep, Paris 1969.

C. GEFFRE, «Un nouvel âge de la théologie». Cerf, Paris 1972, 83-140 (Esta obra contiene diferentes estudios publicados en otros lugares. El capítulo sobre la resurrección de Cristo apareció en Lumière et vie, n.º 107).

C. DUQUOIC, «Cristología». Sígueme, Salamanca 1974.

² P. RICOEUR, «Le conflit des interprétations». Seuil, Paris 1969, 396. Citado por C. Geffré, o.c., 108.

³ C. GEFFRE, o.c., 108.

1. La «exaltación» del hijo del hombre (Daniel 7)

Entre los años 167 y 165 antes de Cristo, Israel experimentó de nuevo un triste período en su historia. Hace ya treinta años que los seléucidas, reyes de Siria, lo tienen dominado. Antíoco IV desencadena una furibunda persecución contra Israel porque éste se niega a abandonar su fe y sus costumbres religiosas y a adoptar las de los griegos que el rey protagoniza. Una vez más, Israel va a experimentar el martirio.

Un autor anónimo, que se presenta con el pseudónimo de Daniel, quiere dar ánimos a su pueblo y para ello le muestra, por medio de imágenes, el sentido escondido de su martirio: la gloria futura. Leamos una vez más el capítulo 7 de Daniel. Su esquema es el habitual de los apocalipsis: Daniel contempla una visión y un ángel se la interpreta.

La visión (7, 1-14)

Del fondo del mar, es decir de la guarida de los poderes malignos, surgen cuatro bestias aterradoras, la última más horrible que las que le preceden. En aquel momento se instala en el cielo el trono de Dios, y entonces, no ya en el mar, sino en el cielo, aparece, en lugar de bestias, una figura humana.² Se introduce a este hombre ante Dios siguiendo el ceremonial de la entronización real y se le confiere el poder sobre todas las naciones, un poder eterno.

La interpretación (7, 15-27)

El ángel explica: las cuatro bestias son los cuatro imperios (simbolizados por sus reyes)

² El texto dice «como un hijo de hombre». «Hijo de» es un modismo semita, utilizado todavía por los árabes, y quiere decir «de la especie de», «perteneciente al género de». Se trata pues de un hombre, o más bien «como» de un hombre: se trata de un texto que pertenece al género apocalíptico, sumamente prolijo en aproximaciones y símbolos.

que han perseguido a Israel desde hace varios siglos; la cuarta, la más feroz, es la dinastía de los seléucidas y especialmente Antíoco. El hombre representa el pueblo de los santos, es decir, los creyentes que, por mantenerse fieles a su Dios, aceptan la muerte.

Nos encontramos ante una visión grandiosa de importancia considerable. Hasta ese momento, Israel no sabe nada sobre el «después de la muerte». Pero he aquí que Dios anuncia, hace «ver» a este pueblo condenado a muerte lo que le espera: la gloria, la vida eterna con él mismo, el poder y el señorío sobre el mundo entero. Es cierto que algunos salmos y sobre todo el cántico del servidor de Isaías 53 habían vislumbrado esta victoria de los humillados y la glorificación futura de los perseguidos.³ Pero nunca hasta ahora había sido resuelto con tanta fuerza el angustioso problema de la muerte.

La representación del mundo espiritual es en esa época espacial, y, por ello, esta glorificación se presenta en términos de «exaltación», de subida de «abajo» (la tierra) hacia lo «alto» (la vida con Dios).

Esta exaltación es escatológica, es decir, con ella llega el fin de los tiempos: en ella todos los santos, reunidos en esta única figura humana colectiva, participan de la gloria de Dios. Por ello mismo, esta **figura del hijo del hombre permanece abierta** en dos direcciones:

• **En extensión:** en efecto, esta figura es coextensiva a la idea que nos hagamos de «santo»; es muy probable que el autor del libro de Daniel pensase solamente en los mártires judíos de la persecución de Antíoco; Jesús le dará su más amplia extensión al identificarse él mismo, el hijo del hombre, con todos y cada uno de los hombres (Mt 25, 31-46). A partir de ese momen-

³ El bello pasaje del «apocalipsis de Isaías (Is 25, 6-12), que evoca el momento en que Dios secará todas las lágrimas, pues la misma muerte habrá desaparecido, anuncia los textos de Daniel.

to, esta figura nos atañe directamente: estamos contemplando, en imágenes, **nuestro** propio destino. Actualmente, la violencia, la incomprensión, las luchas por el poder reinan entre los hombres; pero he aquí que se nos presenta, a manera de promesa, el término hacia el que nos dirigimos: hacia una humanidad tan íntimamente unida que puede ser resumida en una sola figura, viviendo para siempre con Dios, y que ejerce conjuntamente el señorío sobre el mundo.

● En «**personalización**». El «hijo del hombre» en el libro de Daniel es una figura colectiva.⁴ Pero en Israel es corriente la noción de «persona colectiva» que representa a una porción de la humanidad, sin dejar por eso de ser un individuo. Por ello, no sería extraño que incluso para Daniel este hijo del hombre, que resume en sí mismo al pueblo de los santos, fuera al mismo tiempo el jefe personal de dicho pueblo. De todas maneras, algo más tarde, el libro de Enoc y el 4 de Esdras verán en él un ser personal. Al aplicarse este título, Jesús (Mc 14, 62) anunciaba una pretensión que podía ser considerada por sus oyentes como una blasfemia (¿cómo **este** hombre pretende ser el hijo del hombre celeste?), pero no introducía ninguna innovación.

Daniel traducía su fe y la promesa de Dios en términos de «exaltación», pero tanto él como otros empezaban ya a hacerlo en términos de «resurrección».

2. La «resurrección» de los santos

Para Israel, Dios es desde siempre el Dios vivo, el que da la vida; pero ahora empieza a reconocerle como el que puede **volver a dar** la vida.

Pero antes de aplicar la idea de resurrección

⁴ Se podría pensar, si la comparación no fuera un tanto ridícula, en «Marianne» como representación de los franceses.

a los individuos, se había aplicado ya al pueblo como tal.

a) Resurrección del pueblo

Se trata evidentemente de un lenguaje a base de imágenes, como el utilizado después de la guerra, cuando se hablaba de la «resurrección del pueblo alemán». Citemos algunos textos.

Conmovido por la predicación del profeta Oseas (siglo VIII antes de Cristo), el pueblo se da cuenta de que está «muerto» a causa de sus pecados. Por ello vuelve a Dios diciendo:

«...Dios nos hirió, él nos vendará la herida, en dos días nos hará revivir, al tercer día nos restablecerá y viviremos en su presencia.»

(Os 6, 1-6).

Dos o tres días significan un período de tiempo corto. «Nos hará revivir» significa la restauración del pueblo, y cuando la biblia griega, en el siglo II, traduzca «al tercer día nos resucitará», tampoco querrá decir, sin duda, más que el primer texto.

Durante el exilio en Babilonia, el pueblo experimenta realmente su muerte en cuanto pueblo y exclama: «por nuestros pecados nos consumimos, ¿podremos seguir con vida?» (Ez 33, 10). Dios, en una visión extraordinaria, muestra a Ezequiel que va a resucitar a este pueblo: lo recrea por su palabra y le da la vida por su espíritu (Ez 37).

Este don del espíritu a todo el pueblo se convierte en el signo del final de los tiempos, momento en que Dios cumplirá su promesa (Joel 3, 1-5 citado por Pedro en Hech 2, 17-21).

Así, pues, la idea de que Dios puede hacer que su pueblo «reviva» va convirtiéndose en certeza para Israel y el vocabulario que sirve para expresar esta «resurrección» se va conociendo. Pero es importante señalar que va ocupando su puesto en un contexto francamente amplio. «Mientras que otros pueblos antiguos, por ejem-

plo los egipcios, afirmaron muy pronto su fe en una vida «después de la muerte», el pueblo del verdadero Dios tuvo que esperar hasta los últimos siglos antes de nuestra era para aclararse sobre este asunto. Una sola esperanza sostuvo al pueblo durante siglos: la esperanza de la victoria de Dios sobre el mal, de la instauración de su reino de paz sobre el mundo. Y cuando el tema de la resurrección comienza a aparecer, sobre todo con Ezequiel, se trata de la resurrección del pueblo: Dios «debe» resucitar a su pueblo por fidelidad a la alianza, para realizar la promesa hecha a Abrahán. Nos encontramos en presencia de una «esperanza» que nada tiene que ver con la idea egoísta y raquífica que nos hizo decir tantas veces: «no tengo más que un alma y la tengo que salvar». Cuando Israel descubra la resurrección personal, ésta no podrá por menos de ocupar el puesto que le corresponde en el amplio marco de una esperanza mucho más vasta —y quizá sea esto lo que tengamos que descubrir continuamente por nuestra parte—, la esperanza de la renovación del mundo entero: «¡todo lo hago nuevo! (Apoc 21, 1-5).⁵

La fe en la resurrección personal verá la luz en tiempos de la persecución de Antíoco.

b) Resurrección de los hombres

Algunos judíos prefieren morir mártires que renegar de su Dios. Este hecho plantea en toda su crudeza el problema de la muerte. Es cierto que Dios les hace vislumbrar su «exaltación», pero, ¿qué quiere decir esto concretamente para los muertos? ¿Para qué les servirá cuando estén en el sheol, en los infiernos, en poder de la muerte? Y sin embargo es imposible que se vean privados de Dios para siempre, de ese Dios por quien han muerto...

Es posible que no entendamos fácilmente esta inquietud después de veinte siglos en los que un cierto cristianismo nos ha formado en

el desprecio del cuerpo y en la exaltación del alma: si ésta es «inmortal», ¿no basta con que ella esté con Dios?; ¿para qué preocuparnos del cuerpo? No olvidemos, sin embargo, la concepción semita del alma. Sin el cuerpo no hay existencia.

Por ello es fácil comprender por qué esta promesa de «exaltación» necesitaba algunas precisiones. El autor de Daniel lo hace al aplicar a las personas individuales lo que ya se decía del pueblo: los justos «resucitarán».

«Resucitar»: este término, único en nuestra lengua, traduce de hecho dos imágenes: «hacer que alguien se levante, surja (anistanai, en griego), o bien «hacer levantar, despertar» (égeirein, en griego). Estas dos palabras forman parte del vocabulario corriente para significar el paso de la posición tumbada a la erguida o del sueño al estado de vigilia.⁶ Al aplicarlas a los difuntos, se refieren a concepciones míticas (comunes a muchos pueblos) en las que la muerte se concibe como un sueño o como la bajada a los «infiernos».

Así, el autor de Daniel expresa su fe a base de imágenes.

«Entonces... muchos de los que duermen en
[el polvo despertarán;
unos para vida eterna;

⁶ Este hecho permitirá a los evangelistas utilizar estas palabras con todos sus armónicos, sugiriendo de esta manera un sentido profundo difícilmente perceptible en nuestras lenguas románicas. Por ejemplo, Mateo termina su relato de la curación de la suegra de Pedro con estas palabras: «se levantó y les sirvió» (8, 15). La expresión «se levantó», en oídos cristianos puede sonar como un equivalente de «resucitó»; la suegra se convierte en el símbolo de la iglesia que, resucitada, no tiene otra finalidad que la de «servir» a su señor.

Durante la tempestad, Jesús «se despierta» en los textos de Mc y Lc (utilizando para ello un término compuesto que no se relaciona con el despertar); Mt sin embargo utiliza el término «égelrein» para «despertarse»: se trata ya desde ahora del resucitado, dueño y señor del mar (de los poderes malignos) y permite a su barca-iglesia mantenerse firme a pesar de los asaltos del mal (Mt. 8, 25).

⁵ *Assemblées du Seigneur* n. 63 (1971) 85-86.

otros para ignominia perpetua.
Los maestros brillarán como brilla el
[firmamento
y los que convierten a los demás a la
[verdadera fe,
como estrellas, perpetuamente» (Dn 12, 1-3).

Nos encontramos al final de los tiempos, cuando Dios ejerce su juicio. Los justos «resucitarán», pero no se trata de su «vuelta a la vida» del «mundo presente», de una simple «reanimación»: son introducidos en un universo transfigurado, incorruptible y luminoso como el cielo y las estrellas. **Con todo su ser entran en esta vida de Dios, eternamente.** Parece que el autor no imagina que los malos resuciten: se quedan donde están, envueltos en el desprecio y el horror. Sólo que, como nos encontramos ya en la época posterior al juicio, en la que los justos han entrado en posesión de la vida eterna, el desprecio y el horror se hacen también eternos. Los infiernos se convierten en el «infierno» en el sentido cristiano de la palabra.

Así, pues, el autor utiliza las imágenes tradicionales, comunes a muchos pueblos, sobre el «despertar» de la muerte, pero este contexto de juicio y de mundo transfigurado por Dios hace que tengan un sentido nuevo: se trata de la retribución de los hombres justos, que son por ello introducidos, al final de los tiempos, en una vida totalmente nueva.

En la misma época, el autor del segundo libro de los Macabeos afirma esta misma fe: «Tú nos matas, dicen al tirano los siete hermanos mártires..., pero Dios nos resucitará (literalmente: nos hará surgir para la vida)» (2 Mac 7, 14).

Los creyentes encuentran así la certeza de una vida eterna con Dios después de la muerte en su amor por Dios, en su confianza en la fidelidad de Dios. No se trata de un sueño inventado por los hombres para consolarse, sino de una certeza que tiene su origen en Dios.⁷

⁷ Para poder situar las diferentes maneras de expre-

Exaltación - resurrección (resumen)

Exaltación

Esquema utilizado: «abajo-arriba» (tierra-vida con Dios). Este esquema es de origen apocalíptico.

La noción de tiempo no interviene: ¿cuándo tendrá lugar esta glorificación? No se nos dice que sea necesario esperar al final de los tiempos.

Ventajas: este esquema, esta imagen, muestran bien que la «vida con Dios» no es del mismo tipo que la vida terrestre. Se trata de una glorificación.

Inconvenientes: ¿cuál es la continuidad real entre el ser terrestre que muere y el ser exaltado?

Resurrección

Esquema utilizado: «antes-después» (de la muerte). Este esquema es de origen histórico.

La noción de tiempo interviene, ya que la idea del juicio divino ocupa un lugar central: Dios establecerá el destino eterno de cada uno «el último día».

Ventajas: esta imagen insiste en la continuidad: en efecto, se trata del mismo ser que ha vivido y que se ha acostado en el «sueño» o en «los infiernos» y que después es despertado o elevado.

Inconvenientes: en sí misma, esta imagen no indica si la vida que viene después del despertar es idéntica o diferente de la vida presente.

El mensaje bíblico evoca esta difícil realidad combinando estas dos representaciones. Difícilmente podía hacerlo de otra forma, ya que no poseemos de ella ninguna experiencia directa.

sarse en su contexto cultural, véanse (como yo mismo lo he hecho) los diversos trabajos de P. GRELOT, sobre todo:

* La résurrection de Jésus et son arrière plan biblique et juif, en La Résurrection du Christ et l'exégèse moderne. Cerf, Paris 1969, 17-53.

* La promesse de la résurrection et de la vie éternelle, en De la mort à la vie éternelle. Cerf, Paris 1971, 181-186. (Este trabajo fue igualmente publicado en Assemblées du Seigneur, n. 64).

Puede leerse igualmente su presentación del libro de Daniel en Aujourd'hui la Bible, n. 111-113 y la presentación de los libros de los Macabeos en los n. 107-110 de esta misma revista por E. CHARPENTIER.

Acabamos de presentar tres aspectos del Antiguo Testamento:

- el primero nos mostraba que nuestro ideal común es al mismo tiempo el proyecto de Dios para con nosotros en los albores de la creación, pero que el hombre, al rechazar este plan, al no querer «obedecer» ni dejarse interpelar por Dios, había echado todo a perder.

- el segundo, al contemplar las diversas actitudes de Israel, nos invitaba a pasar continuamente de la muerte a la vida.

- el tercero nos recordaba la promesa de Dios de realizar este ideal, este sueño al final de los tiempos.

Es cierto que hubiéramos podido explorar otras muchas pistas para poder entender mejor la interpretación hecha por los primeros cristianos del misterio pascual. Hay una que no podemos menos de señalar, aunque no sea más que brevemente: ¿por qué medio, por qué mediador, realizará Dios su proyecto, establecerá su reino?

D. EL «HIJO DE DIOS» ENCARGADO DE ESTABLECER EL REINO DE DIOS

Mil años antes del nacimiento de Jesucristo, Israel, que se ha instalado en Canaán hace más de dos siglos, decide crear la monarquía. Para la consagración, adopta los ritos corrientes en aquella época en el oriente medio: el sacerdote proclama al elegido el oráculo de la divinidad que declara que ésta lo toma como «hijo» (cf 2 Sam 7, 14).

Dios, por medio del profeta Natán, anuncia a David que va a adoptar ese ceremonial a su cargo: todos los sucesores legítimos de David, desde el momento en que llegan al trono, se convierten de manera especial en «hijo de Dios».¹

De esta manera, muchas veces, «hijo de David» e «hijo de Dios» son tomados como sinónimos. Dios anuncia sus planes a David: quiere habitar con nosotros. Pero no en una casa de piedras, sino en un pueblo de fieles.² Al mismo tiempo promete a David mantener continuamente después de él un sucesor sobre el trono para tener así siempre un pueblo donde habitar (2 Sam 7).

Tres siglos más tarde, Israel empieza a darse cuenta de que los reyes que se van sucediendo sobre el trono de David no son sino imágenes, esbozos del auténtico «hijo de David» que Dios dará un día a su pueblo. Por ello comienza a cantar y a esperar el nacimiento de este maravilloso niño que traerá consigo la justicia y la paz sobre la tierra (Is 7, 9, 11).

La figura de este «hijo de David» continuará creciendo en la esperanza del pueblo (véase por ejemplo Miq 4-5; 1 Crón 17...), para llegar a condensar toda su esperanza en los salmos 2 y 110.

Salmo 2: Dios puede burlarse tranquilamente de los inútiles esfuerzos de las naciones que se rebelan y conspiran contra su «ungido» («mesías» en hebreo, «cristo» en griego), ya que Dios tiene sus planes y los llevará a término pase lo que pase. El autor recuerda estos planes:

«Yo mismo he ungido a mi rey sobre mi [pueblo...]

Tú eres mi hijo, yo te he engendrado hoy.
Te doy en herencia las naciones;
en posesión, la tierra hasta sus confines.»

Salmo 110: Dios declara a este Señor:
«siéntate a mi derecha...»

En adelante, Israel vivirá de esta esperanza fundada en la palabra misma de Dios: llegará un día en que Dios establecerá su reino sobre el mundo entero por medio de un rey que será su Hijo. Pero todo esto se expresaba en un len-

¹ La «generación» a la que se hace alusión en este texto no se refiere a la generación física, sino a la entronización real.

² Véase a este respecto el n. 53 de «Aujourd'hui la Bible», dedicado al tema del templo y de la habitación de Dios entre nosotros.

guaje guerrero que llevaba consigo un grave peligro (que no siempre será evitado por el pueblo): creer que este mesías establecerá el reino de Dios a golpe de espada, restaurando así el poder temporal de Israel sobre el mundo...

Esta lectura de las escrituras que acabamos de realizar nos ha llevado casi hasta la fe de los apóstoles. En efecto, no podemos olvidar que, entre los últimos libros del Antiguo Testamento y los primeros del Nuevo, hay un siglo de intervalo. Siglo importante, ya que durante ese tiempo se fue formando lo que se llama «el pensamiento judío» (por oposición al pensamiento bíblico) que constituye de hecho el «ambiente» en el que vivió Jesús. Es un siglo que se no se conoce todavía bien, a pesar de los ingentes esfuerzos realizados actualmente por los especialistas.

La producción literaria de esta época (llamada por algunos «intertestamentaria») es inmensa. Podemos distinguir varias categorías de textos.

- **Apocalipsis.** Este género literario es uno

de los que más en boga estaba en aquella época. La biblia no ha conservado más que los de Daniel y Juan. Pero actualmente se conocen otros muchos: los libros 3 y 4 de Esdras, el de Enoch, la Asunción de Moisés...

- En el año 1947 se empezaron a descubrir los escritos de los **esenios** (que se habían retirado a Qumran hacia 70 antes de Cristo hasta 70 después poco más o menos). Estos escritos han permitido conocer la vida y el pensamiento de uno de los grupos religiosos de la época.

- **Los tǎrgumes:** se trata de las traducciones comentadas en arameo (la lengua hablada de la época) de la sagrada escritura que en la sinagoga era leída en hebreo. Nos ayudan a entender cómo interpretaban los textos en aquel tiempo.

- Tenemos finalmente las traducciones o interpretaciones hechas por los **rabinos**. Se pusieron por escrito entre los siglos II y VI de nuestra era.

Intentemos brevemente ver lo que pensaban entonces a propósito de la resurrección.

III — La esperanza de Jesús y la fe en la resurrección antes de Pascua

Raras veces podemos decir que ante un acontecimiento nos encontremos totalmente vacíos, sin ninguna idea (verdadera o falsa) que nos per-

mita empezar a situarnos ante él; de hecho, en función de esta «pre-comprensión» empezamos a interpretar dicho acontecimiento. Por ello es

interesante saber cuál era la concepción que los apóstoles, debido a su formación religiosa, podían tener de la resurrección.

En aquel tiempo existían diversos grupos religiosos con ideas y concepciones bastante diversas sobre la resurrección.

A. LOS GRUPOS RELIGIOSOS Y SUS DIVERSAS CONCEPCIONES

Todos los creyentes esperaban la realización de las promesas de Dios. Pero esta esperanza tenía caracteres diferentes según se perteneciese a uno u otro grupo religioso.¹

Los saduceos eran los conservadores de la época: se atenían exclusiva y rigurosamente a la ley de Moisés tal y como se encontraba en el Pentateuco y rechazaban todo lo demás considerando como novedad peligrosa. La doctrina de la resurrección de los muertos (que constituye una de las últimas adquisiciones de la tradición) era considerada como novedosa, carente de todo interés y por ello no creían en ella (Mt 22, 23; Hech 23, 8).

Los esenios hablan poco del asunto. En los textos de Qumran está muy poco atestada. Las parábolas del libro de Enoc (de origen y fecha discutidos) muestran claramente que la resurrección era considerada como la entrada en un universo transformado.

Los fariseos, por su parte, creían firmemente en la resurrección, aunque esta creencia tenía dos variantes.

Algunos pensaban que la resurrección tendría lugar antes de la venida del mesías. Los muertos resucitarían cada uno con su propio

cuerpo y después, una vez reconocidos, serían transformados: los impíos verían empeorarse su situación; los justos serían glorificados. Podemos decir que esta concepción se encuentra por lo menos entre los sabios judíos de después de Cristo.²

En tiempo de Jesús, los fariseos pensaban que la resurrección tendría lugar después de la venida del mesías: estaban pues en la línea de Daniel o de las parábolas de Enoc que concebían la resurrección como una vida transformada.³ Jesús, por su parte, concebía el asunto de la misma manera. Podemos comparar la respuesta de Jesús a los saduceos en Mc 12, 18-27 con un texto de Enoc: «en aquellos días, las montañas saltarán como corderos rebosantes de leche, y los justos serán como los ángeles en el cielo» (1 Enoc 51, 4).

Los contemporáneos de Jesús leían e interpretaban a la luz de esta concepción todos los textos del Antiguo Testamento susceptibles de apoyar esta esperanza. Podríamos leer por ejemplo la interpretación de la traducción griega y del Targum de Isaías 26, 19 o la del Targum de Ezequiel 37.⁴ Baste con citar el texto de Oseas 6, 2.

Texto hebreo:

«En dos días nos hará revivir,
al tercer día nos restablecerá
y viviremos en su presencia.»

Traducción griega:

«Nos curará después de dos días,
al tercero seremos resucitados
y viviremos en su presencia.»

¹ Una rápida presentación general de estos diferentes grupos se encuentra en el n. 108 de «Aujourd'hui la Bible».

² Por ejemplo en el 2.º libro de Baruq (citado por J. BONGSIRVEN, Le judaïsme palestinien au temps de Jésus-Christ. Beauchesne, Paris, I, 484-485).

³ Véanse por ejemplo los «Salmos de Salomón» (63-50 aproximadamente antes de Cristo). «Los que temen al Señor resucitarán para la vida eterna y su vida, en la luz del Señor, no cesará jamás» (Salmo 3, 16).

⁴ Véase P. GRELOT, La résurrection de Jésus et son arrière-plan biblique et juif, en La résurrection du Christ et l'exégèse moderne. Cerf, Paris 1969, 41-42. Los párrafos citados en este capítulo provienen de este estudio.

Targum:

«El nos hará revivir el día de los consuelos
[que deben venir;
el día en que haga vivir a los muertos nos
[resucitará
y viviremos en su presencia.»

Como vemos, se pasa de una sencilla imagen (nos restablecerá) a la afirmación de la resurrección. También el «tercer día» cambia de sentido. De una sencilla indicación cronológica (dos o tres días), adquiere un sentido simbólico que expresa una concepción teológica. Otro texto lo hace ya explícitamente: «el tercer día, es decir, el día de la vivificación de los muertos» (Midrash Rabbah). En este caso, «tercer día» no significa ya «el día siguiente de pasado mañana», sino «el día del final de los tiempos» (en nuestro vocabulario cristiano el día de la resurrección general). No olvidemos esto cuando oigamos a Jesús hablar de la «resurrección al tercer día».

B. JESUS Y SUS DISCIPULOS

La formación religiosa, la doctrina, la piedad de Jesús están en la línea de las de los fariseos. Participa de su fe en la resurrección, tanto la de todos los hombres como la suya propia.

1. Lo que Jesús piensa de la resurrección de los hombres

Jesús hace suya «la creencia judía en la resurrección de los hombres y en el mundo futuro tal y como se encuentra en los apocalipsis (que continúan en esto la línea marcada por Daniel), expresándola en un lenguaje idéntico, pero insistiendo por su parte en la metamorfosis radical que supondrá la llegada de los tiempos futuros» (P. Grelot, o.c., 40). Entonces se realizará el juicio, separación entre los elegidos y los condenados; ésta será la misión del hijo del hombre.

Si hacemos abstracción de las imágenes, encontramos la misma insistencia en el aspecto existencial: la resurrección consiste en la vida eterna en comunión con Dios.

La única novedad —pero que supone un cambio radical— es la identificación que Jesús hace entre el hijo del hombre y su propia persona.

2. Lo que Jesús piensa de su propia resurrección.

Evidentemente, Jesús aplicaba a su propia persona esta esperanza. «Jesús se apropió los textos de los salmos en los que los justos expresaban su confianza en ser arrebatados de las garras de la muerte por Dios (cf. Hech 2, 24 y 13, 34: ambos textos citan el salmo 16) y aplicó a su propia persona los textos en los que el judaísmo de su tiempo leía la doctrina de la resurrección» (P. Grelot, o.c., 46). Es digno de señalar que el anuncio de su resurrección acompaña siempre al anuncio de su muerte y pasión (Mc 8, 31; 9, 31; 10, 34 y paralelos en Lc y Mt). De todas maneras, siempre que se habla de resurrección se habla igualmente de «el tercer día» o «tres días después». Teniendo en cuenta el sentido que esta fórmula tenía en tiempos de Cristo, quiere decir que Jesús no pretendía anunciar que resucitaría «al día siguiente de pasado mañana» (considerando hoy como el día de la muerte), sino más bien «el día de los consuelos, cuando Dios haga vivir a los muertos»: «se trata, más que de un dato cronológico, de la expresión, en términos bíblicos, de su certeza absoluta del triunfo final» (P. Grelot, o.c., 47).

Todo esto, pues, estará presente en la mente de los apóstoles cuando llegue la muerte de Jesús y es sumamente importante tenerlo presente ahora que vamos a ver la manera como ellos expresaron su fe.

Sin duda alguna que para ellos la resurrección no evoca la reanimación de un cadáver, sino más bien el paso del «mundo presente» al «mun-

do futuro», la entrada en la vida definitiva donde viviremos plenamente con Dios en una existencia corporal transfigurada. Si lo esperan para «el tercer día», esto quiere decir sencillamente que lo esperan para el «día del consuelo de los muertos», al final de los tiempos.

Pero de todas maneras no entendieron lo que Jesús les dijo sobre su propia resurrección (Marcos lo dice expresamente en 9, 9-10), ya que para ellos, el mesías, que ellos identifican con Jesús, no puede morir.

Todo esto nos permite comprender su desconcierto ante la muerte de Jesús y el por qué no esperan nada la mañana del domingo (el tercer día): lo que esperan es el auténtico «tercer día», el de la resurrección general al final de los tiempos. Pero la esperanza que habían puesto en Jesús se ha derrumbado con la cruz. Su fe se encuentra en la más negra de las noches.

IV — ¡Cristo ha resucitado!

Este es el grito de alegría que los ortodoxos se dicen unos a otros al saludarse efusivamente el día de pascua. De todas maneras, no es sino la fe fundamental de todos los cristianos, sea cual sea su confesión.

Era igualmente el grito de los primeros cristianos en los albores del nacimiento de la iglesia: «¡Por tanto, entérese bien todo Israel: Dios resucitó a Jesús y le ha constituido señor y mesías, al mismo Jesús a quien vosotros crucifistéis!» (Hech 2, 32 y 36).

La iglesia comienza con un hecho, con la proclamación de un hecho del que vive desde hace 2000 años.

Al leer el Antiguo Testamento, hemos escuchado la voz cálida y fraternal de las escrituras diciéndonos que todas nuestras esperanzas, nuestro deseo de vivir por encima de nuestros fracasos, del pecado y de la muerte, nuestra necesidad de comunicarnos con los demás hombres, de vivir en armonía con el mundo, que todo esto Dios lo asumía transformándolo y que nos aseguraba, jurándolo con su promesa, que todo esto se realizaría un día en la vida común con él.

Ahora bien: un grupo de hombres comienza a proclamar **un hecho**: Dios ha realizado todo esto en este hombre llamado Jesús. Es un hecho que les trastorna por completo y que los lanza hasta los confines del mundo y de la his-

toria: «no podemos dejar de hablar...» (Hech 4, 20).

Cuando un hombre sincero me dice lo que él cree, y cuando esta fe es tan sólida que transforma completamente su vida, lo menos que puedo hacer es escucharle. Esto no quiere decir que tengamos que «creer necesariamente a los testigos que se dejan matar», como pretendía Pascal: su muerte no prueba la exactitud de sus creencias, aunque sí su sinceridad y, desde este punto de vista, me interpela y me plantea una serie de preguntas, obligándome al mismo tiempo a clarificar lo mejor posible la verdad de mi fe y de mi vida.

Cuando estos hombres me proclaman que todo aquello a lo que yo aspiro se ha realizado en este hombre Jesús y que la promesa se ha cumplido, no puedo menos de pararme a pensar. Si es cierto, mi vida debe ser transformada igualmente.

Vamos pues a escuchar con calma lo que estos hombres nos dicen. El camino que vamos a seguir parecerá a veces sinuoso y árido (pero tratándose del sentido de la vida merece la pena), ya que los apóstoles tuvieron muchas dificultades para expresar lo que habían experimentado. Cuando un acontecimiento de este tipo nos sacude de tal manera que transforma nuestra vida, no nos resulta fácil expresarnos: sentimos la necesidad de decirlo todo al mismo tiempo y

somos más conscientes de su importancia que capaces de expresarlo; se buscan imágenes, diferentes registros de expresión...

Los apóstoles, por su parte, al tratar de dar cuenta de la experiencia extraordinaria que habían vivido, utilizarán también diferentes expresiones, diversas imágenes en el marco de géneros literarios variados.

¿De qué textos disponemos?

La respuesta no es fácil, ya que la resurrección constituye la fe central de la iglesia y de este misterio vive continuamente: afirma que el resucitado vive con ella y por ello descubre su presencia tanto en la vida cotidiana, en la comunión fraternal, en la vida litúrgica como en la primera experiencia pascual. Por ello tendríamos que estudiar **todos** los textos del Nuevo Testamento.

Sin embargo, nuestra conciencia de iglesia ha cristalizado¹ sobre todo en torno a tres centros de interés, lo que hace que nos encontremos ante tres tipos de textos.

1. Las confesiones de fe (credo) y los cánticos

Se trata de fórmulas nacidas en el entusiasmo de la comunidad: espontáneas o compuestas expresamente, estas fórmulas se aprenden y proclaman en momentos importantes tales como el bautismo o ante los tribunales. Los citan a veces en las epístolas de Pedro y de Pablo, en el apocalipsis (aunque generalmente de manera fragmentaria)... Estas fórmulas forman el núcleo y el tema central de la segunda forma, que es lógicamente anterior:

¹ En el sentido de que, en un medio favorable, un elemento disuelto llega a cristalizar.

Observación metodológica

Se nos presenta un problema de método: no poseemos ningún «reportaje directo» del acontecimiento pascual; solamente una serie de testimonios proclamados por los primeros cristianos: apóstoles, catequistas, evangelistas; lo que actualmente tenemos son textos. ¿Debemos partir de ellos para llegar hasta el acontecimiento, o al revés?

Tomemos un ejemplo para comprender mejor el problema.

Un hecho trágico: los periódicos de febrero de 1972 nos informan de que un hombre ha sido muerto en la puerta de una fábrica. ¿Cómo puedo llegar hasta el acontecimiento mismo partiendo de esta información ofrecida por el texto de los periódicos?

1. Entre los periódicos que relatan este acontecimiento, tomo varios que van desde la extrema derecha hasta la extrema izquierda. Se trata del mismo hecho presentado según perspectivas diferentes, desde la que habla de «complot del gobierno contra la clase obrera» hasta la que dice que se trata de una «provocación izquierdista». Cada uno su interpretación.

De hecho, ninguno de los redactores de los artículos estaba presente en el momento del acontecimiento; todos ellos utilizaron las notas de las agencias de prensa.

2. Dos agencias habían comunicado la información: la AFP y la agencia Sartre-Clavel. De hecho, los textos que estas agencias difundieron constituyen ya una primera Interpretación (y los periódicos, evidentemente, otorgan sus preferencias a una u otra).

De todas maneras, estas agencias fueron informadas por testigos directos del acontecimiento.

3. Los testigos contemplaron todos un mismo y único acontecimiento; ahora bien, el obrero o el policía «vieron» cosas diferentes, ya que lo que vieron lo filtraron a través de su psicología, su pasado, sus propios compromisos. La forma de hablar de lo que vieron será significativa; espontáneamente se utilizarán términos que constituyen ya una

2. La predicación misionera o «kerygma»

Desde el principio, empezando por los judíos y siguiendo por los paganos, los apóstoles pro-

interpretación: se hablará de «muerte», de «homicidio», de «asesinato».

Pero la cuestión decisiva sigue todavía sin resolverse: ¿qué es lo que realmente ha sucedido?

4. El acontecimiento: ¿qué importancia tiene para nosotros?, ¿cómo expresarlo?

Si quiero saber realmente lo que ha pasado, tengo varios medios a mi disposición: presentarme en el lugar de los hechos; recoger las notas de las agencias de prensa y estudiarlas para ver cómo las han utilizado o transformado los periódicos; no olvidar las tendencias propias de cada uno de ellos, es decir, situar esta información en sus perspectivas de conjunto, lo cual me llevará a matizar sus conclusiones...

Todo esto es posible porque el acontecimiento y yo somos contemporáneos y porque las notas de las agencias de prensa existen todavía en cuanto tales... Pero ¿cuál es la situación al estudiar los evangelios? Imposible sacar unas cuantas fotos de la tumba o interrogar a los testigos. Pero, ¿no se podrá recurrir a las «notas de las agencias de prensa», es decir, a las tradiciones que se forman en las comunidades y que serán utilizadas por los evangelistas? Es posible, pero a condición de reconstruir el contenido de estas tradiciones partiendo de los diferentes textos. En efecto, lo único que realmente tengo a mi disposición son los textos.

La investigación pues llevará al especialista a pasar de los textos al acontecimiento (en el ejemplo presentado habría que seguir el orden siguiente: 1, 2, 3, 4). Este es el orden normal de la investigación,¹ aunque debemos reconocer que no es el método más pedagógico para exponer las cosas claramente. Por ello, generalmente se adopta el orden genético: mostrar cómo el o los textos se construyeron a partir del acontecimiento; el especialista deja de lado todos sus trabajos personales y se contenta con comunicar al lector el fruto de sus estudios (Orden 4, 3, 2, 1).

Este es el orden que adopta X. Léon-Dufour en Resurrección de Jesús y mensaje pascual. Con una salvedad: el acontecimiento tratado es un misterio

al que se tiene acceso únicamente a través de la fe de los creyentes, de los testigos. Cuatro etapas pues en el orden siguiente 2, 3, 4, 1 (entre paréntesis el orden de los capítulos).

3. ¿Qué imágenes o esquemas mentales utilizan los apóstoles para expresar el acontecimiento? Espontáneamente pensamos en «resurrección». Ciertamente, pero hay otras. XLD las estudia sucesivamente:

- (1) «resurrección»,
- (2) «exaltación», «Jesús, señor glorioso»,
- (3) Pablo se expresa con un término que le es propio: «vida»...

2. Estas imágenes se desarrollan, se organizan constituyendo de esta forma las tradiciones básicas de nuestros textos actuales tales como

- (4) los relatos de la aparición a Pablo,
- (5) los relatos de apariciones en los evangelios:

* esquema «resurrección» (tradición centrada en Jerusalén) en Lucas y Juan.

* esquema «exaltación» (tradición centrada en Galilea) en Mateo.

- (6) relatos del descubrimiento de la tumba abierta.

1. Cada uno de los redactores de los evangelios hizo su propio «montaje» de estas tradiciones, ofreciéndonos de esta forma en un relato su presentación del misterio pascual. Esta es la razón de los cuatro capítulos consagrados a las perspectivas propias de

- (7) Marcos
- (8) Mateo
- (9) Lucas
- (10) Juan

4. A través de todos estos testimonios, podemos finalmente (11) abordar el acontecimiento en sí y descubrir qué sentido tiene hoy para nosotros; a esta última fase del proceso los especialistas la llaman momento «hermenéutico» (del griego: hermeneuein: explicar, interpretar).

¹ Por lo menos si seguimos al método del análisis literario clásico. La cosa se presentaría de manera diferente si utilizáramos otros métodos.

claman su fe sin rodeos afirmando claramente lo que para ellos es esencial. Es evidente que no poseemos ninguna relación «taquigrafiada» de esta predicación primitiva, pero la encontra-

mos en los discursos de los Hechos (recompuestos por Lucas) o diseminada en las epístolas. En ella se encuentra la afirmación central de los credos, que en estos se ve desarrollada. Afloran

constantemente tres aspectos que forman el telón de fondo de todo el Nuevo Testamento y sobre todo de los evangelios:

- **El cumplimiento de las escrituras.** Esto quiere decir que el que guía los acontecimientos es Dios. Su promesa se realiza.

- **En un acontecimiento,** el acontecimiento Jesucristo. El cristianismo no es una filosofía más que enseña a los hombres a vivir correctamente; es una religión histórica: creemos en alguien que ha vivido, que ha muerto y al que Dios ha resucitado.

- **Que nos interpela.** La proclamación de este acontecimiento no es de orden intelectual, desencarnado. Nos interpela a cada uno de nosotros, a todos los que oyen su anuncio en lo más íntimo de sí mismos, obligando a elegir.

3. La catequesis. Los relatos de los evangelios y de los Hechos

Las necesidades de la comunidad, sus deseos de saber fueron, entre otras, las causas de que los apóstoles desarrollaran lo que habían entendido del acontecimiento: en primer lugar, tenemos las reflexiones teológicas de Pablo y después los relatos evangélicos. Los apóstoles nos dicen cómo vivieron esta experiencia fundamental y la interpretan gracias al conocimiento progresivo que de ella fueron adquiriendo en su vida diaria a la luz de la fe.

Debemos estudiar conjuntamente estas tres categorías de textos, ya que cada una de ellas tiene sus ventajas y sus límites.

Las confesiones de fe son muy antiguas y estables: los credos y los cánticos se hacen para ser aprendidos y proclamados, no transformados.

Pero teniendo en cuenta que ambas expresiones de la fe nacen en circunstancias particulares, resumen la fe en unas pocas frases, lo cual no quiere decir que sean evocados todos sus aspectos.

El kerygma tiene como finalidad una presentación de la fe más completa.

Pero actualmente no lo conocemos sino en formulaciones que fueron consignadas por escrito más tarde: ¿qué se debe atribuir al propio Lucas en la composición de los discursos de los Hechos?

Los relatos tienen la ventaja de desarrollar esta fe, de presentarnos al mismo tiempo la evocación del acontecimiento y la interpretación de la iglesia en unas circunstancias concretas de las diversas comunidades históricas particulares.

Lo que sucede es que en este caso la evocación y la interpretación se encuentran tan compenetradas la una en la otra, formando un solo relato, que no siempre es fácil discernir en los detalles lo que es evocación o lo que es interpretación.

Llega la hora de afrontar las cosas en serio. Buscamos en primer lugar las imágenes o los esquemas mentales en los que se expresó la fe.

A. LAS PRIMERAS AFIRMACIONES DE LA FE

«Cuando las madres bretonas descubrían que sus hijos les habían dicho alguna pequeña mentira o engañado en alguna cosa, cuenta J. Guéhenno, la primera cosa que les decían a los pequeños era: «Recita el credo», y lo recitaban juntando las manos. Esto, pensaban, bastaba para ponerlos en el buen camino (cf. **Ce que je crois**, 43). Podemos discutir este tipo de pedagogía, pero es claro que para estos cristianos «afirmar su fe» era al mismo tiempo «afirmar algo de sí mismos». Lo más probable es que nos llevaríamos un profundo desencanto si comparásemos esta actitud con la de una asamblea de cristianos en el momento de recitar el credo: ¿cuántos de los que lo recitan se sienten personal y realmente implicados en lo que están diciendo? Más vale escuchar a Pablo cuando recita el suyo.

El credo más antiguo

Este credo es citado por Pablo en la carta que escribió a los corintios hacia pascua del 57; les recuerda el evangelio que les había predicado hacia los años 50-51, y al citar este credo utiliza el vocabulario técnico que indica, entre los rabinos, la transmisión de las tradiciones: recibir... transmitir... ¿Cuándo había recibido Pablo esta tradición? ¿Durante su estancia en Antioquía, hacia 40-42, o ya en el momento de su bautismo por Ananías en Damasco, hacia el año 36? De todas formas, este texto (1 Cor 15, 1-11) nos sitúa cerca del acontecimiento pascual.

1. Os recuerdo ahora, hermanos, el evangelio que os prediqué, ese que aceptasteis, ese en que os mantenéis,
 2. y por el que seréis salvados si lo conserváis en la forma como yo os lo anuncié; de no ser así, fue inútil que creyérais.
 3. Lo que os transmití fue, ante todo, lo que yo había recibido: Cristo murió (aoristo) por nuestros pecados como lo anunciaban las escrituras.
 4. fue sepultado, (aoristo) ha resucitado (perfecto) al tercer día como lo anunciaban las escrituras,
 5. se apareció a Pedro y más tarde a los doce... (aoristo)
 8. Por último se me apareció a mí también, como al nacido a destiempo.
 9. Es que yo soy el menor de los apóstoles...
 11. De todos modos, sea yo, sean ellos, eso es lo que predicamos y eso es lo que creisteis.
- Detengámonos brevemente en cuatro afirmaciones de este credo.

— Cristo murió. Se afirma algo conocido por todos. Se trata de un hecho que ocurrió una vez, en el pasado (sentido del verbo griego cuando está en aoristo).

«Por nuestros pecados», «como lo anunciaban las escrituras»: se trata ya de una interpretación teológica. La meditación del cántico del servidor (Is 53) hizo que los primeros cristianos pensasen que Jesús no había muerto por sus propias faltas: «cargó con nuestros pecados», «entregó su vida como expiación».

— Fue sepultado. El asunto de la tumba no juega

aquí el papel de «prueba» de la resurrección, sino el de la autenticidad de la muerte (Hech 13, 29). El verbo está en aoristo. Lo que interesa es pues el acto mismo de la sepultura y no lo que viene después (el perfecto habría querido decir que Jesús había sido sepultado y que todavía estaba allí).

— Ha resucitado o también «resucitó y continúa resucitado». El verbo está en pasiva: no fue Jesús quien «se resucitó a sí mismo». (Una afirmación de este tipo no se encuentra más que en el evangelio de Juan y raras veces; por ejemplo: «tengo poder de desprenderme de mi vida y de tomarla de nuevo» (Jn 10, 18). En la escritura, muchas veces, cuando un verbo se encuentra en pasiva, el sujeto de la acción es Dios al que por respeto no se nombra. Existen textos sin embargo que lo dicen con toda claridad: Dios ha resucitado a Jesús:

En nuestro caso, el verbo se encuentra en perfecto; en griego, el perfecto indica el resultado presente y permanente de un hecho pasado y puede ser traducido también por un presente, pero sin olvidar que la situación, presente no existe desde siempre, sino que es el resultado de un hecho pasado. Este es el único verbo en pasado del credo de Pablo: en medio de una serie de acontecimientos pasajeros que se suceden en un momento determinado y que se terminan como empezaron, sólo uno permanece: Jesús está vivo porque Dios le ha resucitado.

— Se apareció. Pablo insiste en ello citando varios testigos. El verbo está en aoristo: se trata pues de hechos precisos históricamente.

La forma verbal del verbo ver que aquí se utiliza (ôphté) corresponde, en la traducción griega del Antiguo Testamento, a un modo del verbo hebreo que tiene un sentido muy preciso: no se trata de un pasivo («fue visto»), sino del acto de presentarse o mostrarse a alguien: «se dejó ver». El acento se pone en la iniciativa del que se presenta.

Un texto del filósofo judío Filón, de la misma época, lo muestra perfectamente: «no fue Abrahán quien vio a Dios, sino que fue Dios quien se hizo ver de Abrahán». Volvemos a ocuparnos de este importante verbo. Lo más urgente por el momento es no dejarnos encerrar en el dilema siguiente: ¿se trata de una visión interior o exterior? Nos encontramos ante una experiencia única en su género en la que Jesús se impuso a la fe de sus discípulos como alguien vivo, con una vida nueva, por encima de la muerte.

El credo más antiguo que poseemos es, en efecto, el que Pablo cita en su primera carta a los corintios (1 Cor 15, 1-11). Analizando este texto desde el punto de vista lingüístico, J. Delorme señala que podemos distinguir en él tres niveles:

- Nos encontramos en primer lugar con un juego de pronombres personales: yo/tú, nosotros/vosotros. Es el nivel de la comunicación actual entre las personas.

- Un cierto número de verbos en pasado («os he anunciado...») que se encuentran en nuestro texto nos sitúan en un registro narrativo. «El presente discurso recuerda una historia pasada, común a las dos partes que intervienen en el discurso».

- Otra serie de verbos en pasado y en tercera persona del singular («Cristo murió... fue sepultado... ha resucitado...») indican que el relato se ha convertido en algo que se recita, una especie de objeto que se transmite.

Lo cierto es que este nivel se interfiere, por su parte, con el presente: «resucitado» quiere decir que Jesús continúa vivo en nuestro presente; entre todos los verbos utilizados en aoristo (acto puntual sucedido en el pasado) uno solo se encuentra en perfecto: «ha resucitado». «Por nosotros»: su muerte no es considerada únicamente como un hecho pasado; atañe personalmente a Pablo, a los corintios y a todo creyente que recita el credo, ya que Jesús murió «por nuestros pecados». «A mí también se me apareció»: el acontecimiento del pasado irrumpe pues en la vida de Pablo.

Jesús, Pablo, los corintios (y todos aquellos que escuchan con fe esta proclamación): «estas tres historias se interfieren mutuamente. La de Cristo se encuentra con la de Pablo por la aparición, que separa en su vida un antes y un después. Por la proclamación del evangelio, la historia de Pablo se encuentra con la de los corintios, dividida igualmente en dos períodos, antes

y después de la acogida del mensaje de Pablo en la fe. El hoy del discurso es el de la vida resucitada de Cristo y el de la renovada existencia tanto del apóstol como de los creyentes. Este presente tiene un futuro: es preciso que Jesús reine hasta la total sumisión de todos sus enemigos, incluida la muerte, que será definitivamente vencida en su advenimiento (v. 23-38)» (JD 109).¹

Este brevísimo análisis² muestra por lo menos una cosa: «en los textos que tenemos a nuestra disposición no se trata únicamente de expresar los hechos desnudos de la resurrección de Cristo: todo esto está engarzado en un discurso personal en el que los que lo pronuncian están profundamente implicados» (JD 110). **Al afirmar su fe, el creyente afirma algo que le atañe personalmente.** Estos son los dos aspectos que vamos a estudiar en las primeras expresiones de la fe cristiana.

1. Creyente, ¿qué dices de Jesucristo?

Citemos en primer lugar algunas de las expresiones que sirven para proclamar la fe pascual en nuestros textos.

«Dios le ha **resucitado** (anistanai), a ese Jesús... **Exaltado** por el poder de Dios, ha de-

¹ *Digámoslo una vez más: no intentamos en este cuaderno decir cosas nuevas ni originales, sino facilitar la lectura de los estudios fundamentales sobre la cuestión. El libro de X. LEON-DUFOUR, Resurrección de Jesús y mensaje pascual. Sígueme, Salamanca 1969, es uno de ellos. Sin pretender canonizarlo en todos sus detalles, será nuestro principal guía en este capítulo (citando únicamente XLD y la página), al igual que la obra de J. DELORME, La résurrection de Jésus dans le langage du Nouveau Testament, en Le langage de la foi dans l'Écriture et dans le monde moderne. Cerf, Paris 1972, 101-182 (citada JD y la página).*

² Este análisis debería continuarse estudiando textos como 1 Tes 1, 1-10; 4, 13-18; Rom 1, 1-7... Véase JD 111-112.

rramado el espíritu... El Señor le ha dicho: **siéntate a mi derecha**... Dios le ha constituido **Señor** y Cristo...» Estas son las fórmulas utilizadas por Pedro en su primer discurso del día de pentecostés (Hech 2, 22-36). En su segundo discurso dice: «Vosotros matasteis al príncipe de la vida. Dios lo ha **resucitado** (égeirein)... Dios ha **glorificado** a su servidor Jesús» (Hech 3, 13-15). «**Resucitó** (égeirein)» (1 Cor 15, 4). «Ha **recobrado la vida**» (Rom 14, 9), escribe Pablo por su parte. El pagano Festus, en la relación policial que redacta para que acompañe a su prisionero a Roma, resume el asunto de la manera siguiente: «se trata de ciertas controversias entre Pablo y los judíos acerca de un difunto llamado Jesús, que Pablo sostiene que está **vivo**» (Hech 25, 19). Un antiquísimo cántico citado por Pablo dice: «Jesús se abajó hasta la muerte de cruz... Por eso Dios lo **exaltó** sobre todo y le concedió el título que sobrepasa todo título», el de Señor (Fil 2, 6-11).

Este rápido recorrido permite constatar que son **tres las imágenes** principales que fueron adoptadas espontáneamente para expresar el misterio:

- el esquema **«resurrección»**;
- el esquema **«exaltación»**, glorificación, sentarse a la diestra de Dios, el título de Señor;
- el esquema **«vida»**.

Tres esquemas que pueden reducirse a dos oposiciones: el tipo **muerte/vida** o **antes/después** y el tipo **humillación/exaltación** o **abajo/arriba**, ignominia/gloria, carne/espíritu.

Al estudiar el Antiguo Testamento, nos encontramos ya con este tipo de oposiciones. Esto quiere decir sencillamente que los primeros discípulos, para expresar el misterio realizado en la pascua de Jesús, utilizaron espontáneamente el lenguaje religioso de su época, lenguaje preparado por las escrituras.

Estudiemos brevemente estos tres esquemas en el Nuevo Testamento. Con esto pretendemos

entender lo que los cristianos querían decir cuando aplicaban estos esquemas a Jesús.

a) Dios ha **«resucitado»** a Jesús

La fórmula se presenta de varias maneras: el hecho se proclama solo o en oposición a la muerte; el autor es designado a veces explícitamente: Dios.

«Dios ha resucitado a Jesús de entre los muertos»: ésta parece que debió ser la fórmula más antigua (XLD 41).

La encontramos en las confesiones de fe que Pablo cita en sus cartas:

«Si tus labios profesan que Jesús es Señor y crees de corazón que Dios lo resucitó de [la muerte,

te salvarás» (Rom 10, 9).

«Servir al Dios vivo y verdadero y aguardar la vuelta desde el cielo de su Hijo, al que resucitó de la muerte, de Jesús, el que nos libra del castigo que

[viene» (1 Tes 1, 10).

«Si creemos que Jesús murió y resucitó...» (1 Tes 4, 14).

Esta fórmula irá desarrollándose poco a poco, apuntando ya un comienzo de interpretación:

● **«Como lo anunciaban las escrituras»**: probablemente cuando se utiliza esta expresión, no se hace alusión a uno u otro texto en concreto, sino lo que se pretende es situar la muerte de Jesús en el conjunto del plan de Dios, al igual que la expresión «al tercer día» que, como ya vimos, no es un dato cronológico sino teológico.

● **«Por nosotros»**: refiriéndose sin duda a Isaías 53, se intenta explicar de manera explícita el sentido de la muerte de Jesús, afirmando que no se trata de un castigo por sus pecados, sino de una expiación por los nuestros. La relación que se hace entre la muerte y la resurrección va en el mismo sentido: de esta manera se afirma claramente que esta última es la que da el sentido a la muerte; «es la respuesta de Dios

declarando redentora la muerte de Jesús» (XLD 36).

● Sólo lenta y progresivamente se fue aplicando a Jesús lo que al principio era considerado como obra de Dios. El culmen de esta toma de conciencia son las afirmaciones joánicas sobre el poder de Jesús de «volver a tomar la vida» (Jn 10, 18).

Como vimos al estudiar el Antiguo Testamento, esta fórmula es importante, pero encierra sus límites.

Su ventaja es que nos sitúa en el eje «antes/ después». Al utilizarlo, los cristianos afirman al mismo tiempo algo esencial: **el mismo** Jesús de Nazaret con quien vivieron antes de su muerte es quien ahora está vivo y por tanto con su ser corporal, ya que para un semita no puede haber vida sin él. Por ello le «reconocen».³

Pero esta fórmula tiene también sus límites. Así como a Jesús, se aplica igualmente a los muertos resucitados por Elías, Eliseo o por Jesús mismo; no basta para señalar la diferencia esencial entre los dos casos: si Lázaro ha «resucitado», tendrá que volver a morir. Por otro lado, la resurrección de Lázaro o la del joven de Naín no interesa más que a ellos mismos.

Por ello, esta fórmula necesitaba un cierto número de precisiones. Antes de ver cómo lo harán los cristianos, es necesario estudiar la otra fórmula que se sitúa en el mismo eje «antes/después».

b) Jesús «devuelto a la vida» por el espíritu (1 Pe 3, 18)

El tema de la «vida», aunque menos frecuente que el de la «resurrección», se encuentra también en el Nuevo Testamento. Citemos algunos textos:

«Cristo murió y recobró la vida»
(Rom 14, 9).

³ El reconocimiento de Jesús será uno de los temas importantes de algunos relatos de apariciones.

«Fue crucificado por su debilidad, pero vive ahora por la fuerza de Dios»
(2 Cor 13, 4).

«¿Por qué buscáis entre los muertos al que [está vivo?】 (Lc 24, 5).

El origen de esta fórmula hay que buscarlo una vez más en el lenguaje bíblico que modeló la fe de los apóstoles. En efecto, la fe esencial del creyente judío era que Dios es el «Dios vivo», el que da la vida, «el que da la muerte y la vida» (1 Sam 2, 6).

De hecho, ya en el Antiguo Testamento los vocabularios de resurrección y de vida se iban situando en el mismo plano. Citemos algunos ejemplos:

«Tus muertos vivirán,
sus cadáveres resucitarán» (Is 26, 19).
«Muchos de los que duermen en el polvo [despertarán
unos para la vida...】 (Dn 12, 2).

«En dos días él nos curará,
el tercero seremos resucitados
y viviremos en su presencia» (Os 6, 2 griego).

Por ello, este vocabulario de «vida» debía aflorar normalmente entre los primeros cristianos.⁴

⁴ Es posible que sea Pablo quien haya utilizado este esquema de manera más sistemática. M. Carrez señala, en efecto, que después de su desgraciada experiencia en Atenas (Hech 17, 16-34), donde sus oyentes no acaban de tragar precisamente la palabra «resurrección», Pablo, cuando no cita fórmulas tradicionales, reemplaza generalmente el vocabulario «resurrección» por el de «vida». Los griegos, que parece eran alérgicos al primero, es posible que tuvieran menos dificultades en admitir el segundo. (Véase M. CARREZ, L'herméneutique paulinienne de la résurrection, en La résurrection du Christ et l'exégèse moderne. Cerf, Paris 1969, 53-73). Esto explicaría que el vocabulario de vida se encuentre igualmente en Lucas, discípulo de Pablo y que escribe igualmente para griegos.

Si todo esto es exacto, nos encontraríamos ante un buen ejemplo de búsqueda de lenguaje adaptado y elocuente en circunstancia culturales dadas..., constituyendo al mismo tiempo una invitación para que hagamos lo mismo en nuestro tiempo.

El vocabulario «vida», cuando es utilizado solo, basta a veces para expresar el misterio pascual en los textos recientes como Heb 7, 8 o Apoc 1, 18; 2, 8, pero también lo encontramos en el antiguo canto citado por Pedro:

«El mesías sufrió por los pecados... sufrió la muerte en su cuerpo pero recibió vida por el espíritu» (1 Pe 3, 18).

Este vocabulario de «vida», situado en el mismo eje «antes/después» que el vocabulario «resurrección», tiene las mismas ventajas e idénticos inconvenientes.

Afirma claramente la identidad del que murió y que ahora vive, y posee además la ventaja de ser fácilmente comprensible. Cuando estos dos términos se ponen en relación con la muerte y la sepultura, manifiestan claramente que estos acontecimientos (muerte, sepultura, resurrección o vida, apariciones) se suceden y se inscriben en la historia de los hombres (XLD 37), incluso si la resurrección como tal está por encima de esta historia.

Pero el esquema «vida» tiene los mismos peligros: esta vida puede ser imaginada al igual que la vida corporal de antes de la muerte (como en el caso de Lázaro), o incluso ver en ella una especie de vida «espiritual», como decimos por ejemplo que Mozart «vive» en quien ejecuta sus obras. Era necesario pues corregir o completar estas representaciones. Esto se llevó a cabo de dos maneras.

La primera consiste en dar a esta vida un calificativo, diciendo por ejemplo que es «eterna» (Heb 7, 24-25; Apoc 1, 18), declarando que «Jesucristo resucitado de entre los muertos ya no muere» (Rom 6, 9). Se decía igualmente que Jesucristo resucitó como «primicias» y que esta resurrección no era por tanto un acontecimiento puramente personal, sino que era la **inauguración de un mundo nuevo**. Pablo nos ofrece las precisiones siguientes: Jesús ha resucitado como «primicias de los que murieron» (1 Cor 15,

20-23), es «el primogénito de entre los muertos» (Col 1, 18) y, por su parte, Pedro lo presenta en su segundo discurso como al «iniciador de la vida» (Hech 3, 15).

Al «subir» de los dominios de la muerte, el poder de ésta, cual madrastra que encerraba en su seno a los difuntos, se acaba: Dios obliga a la muerte a expulsar de sus entrañas a todos aquellos que tenía prisioneros, como tan acertadamente dice Pedro en su primer discurso (Hech 2, 24).⁵

Todo esto nos ayuda a entender que esta resurrección no es una «vuelta a la vida» cualquiera, sino que se trata de la resurrección «escatológica», la que el Antiguo Testamento esperaba que iba a llegar al final de los tiempos (Dn 12, 2; 2 Mac 7...), o «al tercer día, como lo anunciaban las escrituras». Se trata, ni más ni menos, del comienzo de la «resurrección general», si utilizamos nuestra propia terminología. No es pues un acontecimiento que interese sola y personalmente a Jesús, sino que se trata del acontecimiento final que nos toca a todos de manera esencial, ya que constituye la realización de la promesa de Dios.

Otra de las maneras de corregir estas representaciones consistió en la utilización de otras imágenes.

c) **Dios ha «exaltado» o «glorificado» a Jesús**

Muchas veces nos llevamos la gran sorpresa cuando constatamos que el Nuevo Testamento utiliza expresiones como «exaltación», «ascensión» o «glorificación» para hablar del misterio pascual. La razón es bien sencilla: estamos acostumbrados a utilizar casi exclusivamente en nuestro propio lenguaje la imagen de «resurrección».

⁵ Mt 27, 52-53 afirma lo mismo, pero en un marco simbólico.

Dos himnos a Cristo glorificado

En su carta a los filipenses, Pablo cita un himno cristiano muy primitivo. Su vocabulario y pensamiento están muy cerca de los discursos de los Hechos. Este cántico, de una teología muy primitiva y que intenta encontrar un modo de expresión adecuado, hace que comuniquemos con el entusiasmo de los primeros cristianos en su celebración del misterio pascual.

Su traducción es muy difícil y en cada palabra hay que elegir una de las múltiples variaciones posibles. Me atrevo a dar una transcripción libre, consciente de los peligros que entraña.¹

**Cristo Jesús, el icono de Dios,
no quiso tomar demasiado en serio lo de ser Dios.
Por ello, se despojó de su vida
después de haberse hecho el icono del servidor,
de haberse hecho como los hombres,
haber sido reconocido hombre como los demás,
se anonadó a sí mismo
obedeciendo hasta la muerte,
la muerte en cruz.
Por ello Dios le sobrealzó;
dándole un nombre, el más grande de todos
los nombres,
para que al nombre de Jesús,
en todo el universo,
todos caigan de rodillas y clamen:
«Jesucristo es SEÑOR»,
dando así gloria al Padre.**

La primera estrofa presenta a Jesús, hombre, antes de pascua; la segunda, después.

Dos figuras constituyen el telón de fondo de este texto. Adán, que no era más que hombre, pretendió ser «como Dios»; por su «desobediencia», causó su pérdida, símbolo de la nuestra. Cristo Jesús era hombre, pero abrazó totalmente nuestra condición histórica y no intentó, aunque por naturaleza tenía derecho a ello, ser en la tierra «como Dios».

Por el contrario, y ésta es la segunda figura, eligió ser el servidor, como todo hombre esclavo, pero sobre todo el servidor que sufre tal y como nos lo presenta Isaias (Is 53). Después de encarnarse, de haberse hecho hombre y reconocido como tal, «se despojó de sí mismo hasta la muerte» (cf Is 53, 12).

Dios había escuchado la oración del profeta que le pedía aceptase el sacrificio del servidor (Is 53, 10); de la misma manera acepta el sacrificio de Jesús y le «sobrealza» (cf 52, 12). A quien se había convertido en un número, dio un nombre —comenta magníficamente Dorothee Sölle—, el nombre de «SEÑOR»; un nombre que es al mismo tiempo un nombramiento: Jesús recibe «la fuerza que le capacita para someter todas las cosas» (Fil 3, 21), para poder un día, cuando todo le haya sido sometido, presentar al Padre el mundo entero totalmente disponible a su amor (1 Cor 15, 28).

Es posible que la palabra «icono» extrañe. Generalmente esta palabra es traducida por «forma» o «condición», y éste es el único texto del Nuevo Testamento en el que se encuentra. Las antiguas traducciones utilizan la misma palabra para traducir nuestro término y la palabra «imagen» del Génesis (Adán creado a imagen de Dios); los padres de la iglesia hacen lo mismo. Además, «imagen» (eikôn, en griego) es la palabra que pareció a Pablo más apta para expresar el misterio de Cristo. «Es imagen del Dios Invisible» (Col 1, 15). Pero este término «imagen» es ambiguo en nuestras lenguas: muchas veces nos hace pensar en una simple y lejana reproducción. Por el contrario, para los semitas como Pablo, el término evoca identidad de naturaleza. La palabra «icono» posee la riqueza de toda la tradición ortodoxa: el icono no es una simple imagen; implica la presencia. «El icono sitúa ante nosotros una presencia personal convertida en sacramento de la belleza divina. Esta presencia nos empuja a la alabanza y nos introduce en la comunión de los santos» ¿Podríamos encontrar un término más adecuado para traducir la «condición» de Jesús? «En Cristo, que no es solamente la palabra de Dios sino su imagen, habita corporalmente toda la plenitud de la divinidad» (Col 2, 9). O. Clément.

Sea lo que fuere de las opciones exegéticas hechas en esta transcripción, una cosa llama la atención en este magnífico poema: todo el misterio de Cristo está resumido en él, sin que las palabras «resurrección» o «vida» aparezcan por ningún lado. El esquema utilizado constantemente es el de «abajo/arriba», «humillación/exaltación»; por ello, las figuras que nos vienen inmediatamente a la mente son las del servidor que sufre y es exaltado (Is 52, 13-53, 12) y la del hijo del hombre (Dan 7).

En la primera carta a Timoteo nos encontramos con otro himno: 1 Tim 3, 16.

*Su introducción contiene las siguientes palabras:
«¡Qué grande es el misterio del encuentro de Dios!»*

(lit. de la piedad). Es decir, el autor considera que este cántico es un perfecto resumen de la «piedad», o, dicho de otra forma, del «cristianismo». Para este autor se trata de algo escondido, de «un misterio», misterio que nos ha sido revelado, ya que «Cristo se ha

**manifestado corporalmente
justificado en el espíritu,
visto por los ángeles,
proclamado entre los paganos,
creído en el mundo,
elevado a la gloria.»**

Seis verbos uno detrás de otro. Evidentemente no pretenden presentar una solución cronológica, sino que están organizados en tres oposiciones de las cuales cada una presenta el conjunto del misterio: cuerpo/espíritu, ángeles/hombres, mundo/gloria. «El segundo miembro de cada pareja está unido con el primero del siguiente (espíritu/ángel; paganos/mundo) de tal manera que el primer miembro de la primera pareja contrasta con el segundo de la última: toda la composición está fundada entre los dos términos opuestos 'manifestado corporalmente' y 'elevado a la gloria'. De esta manera, la oposición arriba/abajo estructura cada pareja y el conjunto del texto» (JD 134).

Por otro lado, se nos dice que este misterio escondido se ha manifestado corporalmente, es decir en la existencia terrestre de Jesús. «Manifestación ciertamente limitada; el hecho de que se le haya hecho justicia («justificado») supone la existencia de un proceso entre Dios y el mundo en el cual Jesús es el acusado y del que sale victorioso. Esta victoria ha sido posible gracias al espíritu. Esta nueva existencia según el espíritu «permite una nueva manifestación del secreto, pero siguiendo modos diferentes arriba y abajo. Arriba, el misterio de Cristo se apareció a los ángeles, ya que fue elevado a la gloria celeste. Abajo, el hombre recibió la noticia proclamada incluso entre los paganos, acogida en la fe» (JD 135).

Una vez más, todo el misterio de Jesús está expresado en términos de exaltación, sin alusiones al vocabulario de resurrección o de vida.

¹ Esta transposición lleva consigo un cierto número de opciones exégeticas que no es posible explicar ni defender en estas líneas y sobre las que los especialistas discuten.

«Dios ha glorificado a su servidor Jesús»

(Hech 3, 13).

«Dios le ha constituido señor...» (Hech 2, 36).

«Jesús se bajó hasta la muerte ...por eso

[Dios le exaltó...]» (Fil 2, 6-11).

Hay dos textos que son particularmente significativos por ser relativamente amplios y muy antiguos: se trata de los himnos que se encuentran en la carta de Pablo a los filipenses y en la primera carta a Timoteo.

Estos textos no hacen la más mínima alusión al vocabulario de resurrección o de vida.

Existen sin embargo otros textos en los que estos diferentes tipos de expresión se encuentran mezclados.

«Confíaís en Dios que lo **resucitó** de la

[muerte y lo **glorificó**]» (1 Pe 1, 21).

«Pero si tus labios profesan que Jesús es

[señor

y crees de corazón que Dios lo **resucitó** de

[entre los muertos... (Rom 10, 9).

«Sufrió la muerte en su cuerpo,
pero **recibió la vida** por el espíritu...

(El mesías) a quien se sometieron ángeles, autoridades y poderes, llegó al cielo y **está a la derecha de Dios**» (1 Pe 3, 18-22).⁶

Podríamos citar igualmente Ef 4, 7-10; Rom 10, 5-8; 1 Pe 4,6 (cf. XLD 61-64).

Estamos tan acostumbrados al esquema «histórico» en apariencia que nos ha impuesto Lucas (sucesión: muerte-resurrección-ascensión-pentecostés), que lo utilizamos instintivamente cuando leemos todos los demás textos; la «exaltación», por ejemplo, la entendemos como «algo» que se añade, temporalmente, a la resurrección. Para los primeros cristianos, hablar de exaltación, de glorificación, de ascensión o de sentarse a la derecha de Dios no era sino diferentes maneras

⁶ Parece que Pedro se inspira en este pasaje del himno que Pablo cita en la carta a Timoteo. Véase M. E. BOISMARD, Quatre hymnes baptismales dans la première épître de Pierre. *Cerf, Paris 1961, 57-94.*

de hablar de la misma realidad, el misterio pascual. Todas estas expresiones no dicen nada diferente de los textos en los que se habla de vida o resurrección; lo que sucede es que lo dicen de otra manera.

Después de haber estudiado en la primera parte, aunque brevemente, el pensamiento del Antiguo Testamento, no tendremos grandes dificultades en descubrir el origen de esta formulación del misterio pascual.

El poema del **servidor** de Isaías 53, haciéndose eco de numerosos salmos que cantan, dolorosamente, el sufrimiento del hombre y las preguntas que plantea, resumía en un solo personaje nuestra condición humana. Dios, por medio de él, nos decía en aquel texto: «si asumes tu destino, si 'eliges tu muerte', destino y muerte tendrán un sentido; yo, a mi vez, te exaltaré...»

La visión del **hijo del hombre** (Dn 7) anunciaba al pueblo, aplastado por ser fiel a su Dios, el misterio escondido de su presente condición: la entronización ante Dios, en la gloria, para recibir la función real sobre el mundo entero.

Otra pista de reflexión, la que culmina en los salmos 2 y 110, llevaba a la **entronización real del mesías** rey sobre todas las naciones.

Todo esto es pues lo que los primeros cristianos contemplan en Jesús y que expresan en términos de «exaltación» y de «ascensión».

Cierto que este modo de expresarse encerraba un peligro: no expresa tan claramente como los esquemas de resurrección y de vida, la continuidad real entre el ser humillado y el exaltado. Por ello debe ser completado por los otros. Pero por su parte les ofrece un complemento necesario e indispensable.

Habíamos señalado que el esquema «antes/después» podía evocar únicamente la vuelta a la misma vida que antes. Utilizado al mismo tiempo que el esquema «abajo/arriba» de la exaltación, el problema desaparece. Este ser que vive «de nuevo» empieza una vida totalmente distin-

ta, «celeste», glorificada, tal y como Dios puede ofrecerla a quien no es un simple «resucitado» y al que va a confiar una función de la mayor importancia: la de **señor del mundo entero**.

Por otro lado, este es el modo de expresión que mejor nos permite darnos cuenta de cómo el acontecimiento nos interesa y atañe a todos. Su extraordinaria novedad, en efecto, consiste en aplicar a un individuo, Jesús, lo que las escrituras prometían a la colectividad humana al ser introducida en presencia de Dios al fin de los tiempos. Este lenguaje, aun expresando claramente el destino personal de Jesús, lo ensancha hasta los confines de la humanidad. Por ello, en él leemos también **nuestro propio destino**.

Esto nos hace comprender que los cristianos no pueden celebrar la resurrección desde el exterior, como una verdad de fe recitada. Al proclamar el misterio de Jesús, decimos igualmente algo de nuestro propio misterio.

2. Creyente, ¿qué dices de ti mismo?

«Los hombres que recuerdan lo que sucedió a Jesús dan testimonio (al mismo tiempo) de lo que les sucedió o les sucede a ellos mismos» (JD 142). Vamos a comprobarlo de tres maneras: estudiando la palabra «aparición», escuchando a un testigo directo: Pablo, reflexionando sobre la predicación primitiva.

a) Cristo «se mostró» a Pedro, Santiago, Pablo...

«Nosotros lo hemos visto...», dicen Pedro y los apóstoles. ¿Qué quiere decir? En primer lugar, una cosa clara: el acontecimiento pascual llega a una serie de testigos; es una experiencia personal; sólo pasando por su experiencia llegamos al acontecimiento.

La **palabra «ver»** parece que tiene un sentido preciso: contemplar con sus propios ojos. Ahora

Extraños descubrimientos de un arqueólogo del año 4000

Supongamos por un momento que nuestra civilización actual desaparece y que, dentro de 2.000 años, un arqueólogo de la época descubriera algunos de sus restos. Veamos brevemente en qué términos podría expresar su extrañeza:

¡Qué curiosos eran los hombres del siglo XX! No eran tontos, ciertamente, pues eran capaces de subir a la luna, pero, al mismo tiempo, qué infantiles! Da la impresión de que creían cosas curiosas, por ejemplo, respecto al sol, ya que hablaban del «sol naciente» como si él naciese todos y cada uno de los días. Parece que tenían unas capacidades sensoriales fuera de serie cuando decían por ejemplo: «ese asunto está por ver», o «el problema que nos planteas ya está visto». Sin embargo, es difícil creerles cuando afirman cosas como «sus pensamientos eran siempre muy elevados». No es fácil entender que haya pensamientos más altos que otros...»

Desde el fondo de nuestras tumbas pensaríamos, y con razón, que las consideraciones del ar-

queólogo eran más bien cómicas. «Por favor, todas estas expresiones que usted encuentra enigmáticas, son sencillamente imágenes... No tiene más que situarlas en su contexto cultural propio y todos los problemas ridículos que le han planteado desaparecerían...»

Ciertamente, pero... ¿quién nos asegura que por nuestra parte no actuamos como nuestro arqueólogo cuando tratamos de interpretar los textos del Nuevo Testamento que arrastran tras de sí casi 2.000 años de vida? En nuestro lenguaje, las realidades interiores e invisibles de nuestra vida las traducimos por medio de imágenes espaciales, biológicas o mitológicas. Estas imágenes no nos plantean problemas, ya que forman parte de nuestro universo cultural y de nuestra mentalidad, y cuando las utilizamos no nos damos cuenta del contra-sentido que encierran, ya que se han convertido en un medio banal de expresión.

Espero que los especialistas me perdonarán la ligereza y superficialidad con la que abordo los problemas del lenguaje. Sin embargo, este pequeño ejemplo nos muestra que traducir un texto no es cosa fácil; esto supone que el traductor se esfuerza en situar cada palabra e imagen en su contexto propio.

bien, incluso en nuestras lenguas este término puede tener infinidad de matices. Cuando por ejemplo alguien intenta explicarnos una cosa complicada y no acabamos de entender, se le suele responder mucha veces: «no veo lo que quieres decir...» Lo que significa que hay que continuar estudiando el asunto.

Hemos observado ya que la forma verbal utilizada para hablarnos de las apariciones tiene un sentido particular en la biblia: expresa la iniciativa de quien «se hace ver» o «se deja ver».

En el Antiguo Testamento esta fórmula es típica de las teofanías o angelofanías, es decir de los relatos en que Dios o sus ángeles se manifiestan a los hombres. En todos estos casos se insiste mucho menos en los aspectos visuales que en el mensaje, en la misión confiada (por ejemplo Gén 12, 7; 17, 1...). El relato de la apa-

rición del ángel a los futuros padres de Sansón es típico en este sentido: se dan cuenta de que era el ángel de Yavé cuando ya ha desaparecido (Jue 13, 21). Lo mismo en el caso de Gedeón (Jue 6, 21-22). «Es la prueba de que la **iniciativa es del ser que se muestra**; se le reconoce como normalmente invisible. Para decir que el **invisible se deja ver**, no hay más remedio que recurrir a los esquemas de visión, pero es necesario al mismo tiempo negarlos en parte o corregirlos con otros» (JD 144). Dios, por ejemplo, se deja ver de Moisés «de espaldas» (Ex 33, 20-23).

No deja de ser importante el uso de esta misma forma verbal en el Nuevo Testamento. En los evangelios de Mt-Mc se emplea solamente para designar la «aparición» de Moisés y de Elías en la escena de la transfiguración. También Lucas la utiliza, pero existen igualmente otros

textos en que el evangelista emplea la misma forma: en el caso de las apariciones de los ángeles a los pastores o a Jesús en Getsemaní. En los Hechos de los apóstoles, la palabra aparece frecuentemente a propósito de las lenguas «como de fuego» (2, 3), de las apariciones de Jesús a Pablo en el camino de Damasco, o en la prisión (9, 17; 16, 9), o a propósito de apariciones de ángeles (7, 2.30.37). Por nuestra parte, la habíamos encontrado ya en el himno de Timoteo 3, 16 en el caso de la aparición de Jesús a los ángeles en el cielo...

Es cierto que existen diferencias entre las apariciones de Jesús (un hombre que ha muerto) y las de Dios o los ángeles. «Pero podemos observar que la fórmula: 'se hizo ver de...' pertenece al mismo género de lenguaje. Supone un ver especial. La iniciativa no es del que ve, sino del invisible que se muestra y que vive en la esfera de la existencia de Dios y de los seres celestes» (JD 145). En sí misma no nos da ninguna posibilidad de saber si hubiéramos podido «fotografiar» el hecho. Lo que sí nos dice es que algo ha sucedido a esos hombres: Cristo vivo ha intervenido en sus vidas y éstas se han visto transformadas. Así, pues, vemos que el vocabulario más natural y espontáneamente adaptado y que había sido ya preparado por la experiencia de los «videntes» del Antiguo Testamento era éste: «se me ha mostrado, se me ha aparecido».

Al estudiar lo que nos dice uno de los testigos directos, vamos a darnos cuenta, sin embargo, de que existen otros modos de expresión.

b) **«Cristo me ha alcanzado...»** (Pablo)

El testimonio de Pablo es particularmente interesante, ya que es el único testigo directo que nos comunica su experiencia.¹

En una ocasión emplea el término tradicional «se me ha aparecido», poniéndose de esta forma en la lista de los testigos del credo (1 Cor

12, 1-11). Este texto es importante, pues en él Pablo asimila la aparición que tuvo en el camino de Damasco con la de los apóstoles.² Por ello, su manera de contárnosla podrá quizá aclararnos las experiencias de estos últimos.

«Dios se dignó revelarme a su Hijo» (Gál 1, 16). Esta es la frase que Pablo utiliza para resumir su experiencia al final de la carta a los gálatas, intentando expresarse teológicamente. Este acontecimiento le atañe personalmente, en su propia historia, dividiendo así su vida en un antes y en un después. Para expresarlo más adecuadamente, echa mano de las escrituras: esta aparición fue para él una vocación profética como la de Jeremías. De esta manera se descubre en esta experiencia y por ella «escogido» para una misión, la de anunciar el evangelio a los paganos. Por lo que toca a la aparición en sí, no la expresa en términos de «visión», sino de «revelación» apocalíptica: el que se le ha aparecido es el señor del fin de los tiempos.

El capítulo tercero de la carta a los filipenses es quizá el trozo más personal de todas las cartas de san Pablo. Es la única vez que habla de «Jesucristo mi señor»; quiere «conocerle, a él, al poder de su resurrección y la solidaridad con sus sufrimientos» (3, 10). «El desconcertante contacto con el resucitado no consistió en un simple conocimiento o información, sino en una radical transformación de su existencia, de todo su ser, de tal manera que, a la luz de la resurrección (nombrada en primer lugar), los sufrimientos y la muerte adquieren su auténtico sentido. En adelante, Pablo se comprende a sí mismo como alguien que está continuamente pasando, con Cristo, de la muerte a la resurrección» (XLD 90).

En este mismo texto, Pablo utiliza un verbo

² Pablo distingue claramente esta experiencia fundadora de su fe y fuente de su vocación al mismo tiempo y las «visiones y revelaciones» que pudo tener más tarde (2 Cor 12, 1-6).

¹ Véase XLD, Quand parle un témoin, 81-97.

difícil de traducir: «He sido alcanzado por Cristo Jesús» (3, 12). Significa «alcanzar, tocar la meta». Así, pues, «Pablo ha sido alcanzado, agarrado, cogido en su propia carrera; esto muestra que, al intervenir, Cristo no para el movimiento que el hombre había comenzado y que le es propio, sino que lo culmina transformándolo radicalmente: así, aunque el porvenir se presenta como totalmente nuevo, está en real continuidad con el pasado» (XLD 91).

Cuando Pablo quiere contarnos su experiencia, semejante a la de los otros apóstoles, balbucea, busca las expresiones más adecuadas, encontrándolas en el campo de la relación personal con Jesucristo.³

Pablo se da cuenta de que ha sido «escogido» para anunciar el evangelio. De todas formas, para él se trata de otra manera de expresar la misma experiencia.

c) **Jesús resucitado está presente y actúa en la predicación de la iglesia**

«Jesús ha resucitado en la predicación». Esta frase de R. Bultmann ha sido causa de grandes polémicas y discusiones. Es cierto que puede ser entendida en un sentido restrictivo, pero de todas maneras encierra en sí una gran verdad. Antes de intentar poner los puntos sobre las íes, escuchemos a Pablo explicarnos cómo la ha vivido.

1. «La muerte actúa en nosotros, misioneros, y la vida en vosotros» (2 Cor 4, 12)⁴

Pablo nos ha contado su extraordinaria experiencia del camino de Damasco. Pero en toda su

³ «Las apariciones no serían pues solamente los encuentros de una serie privilegiada, sino el tipo y matiz de las ulteriores relaciones del resucitado con los creyentes» (XLD 118).

⁴ M. TRIMAILLE resume en este párrafo un artículo publicado por él en la revista «Spiritus» (n.º 44, febrero

obra apela también continuamente a lo que constituye para él una auténtica experiencia de la resurrección: el anuncio del evangelio.

La proclamación de la muerte y de la resurrección de Cristo por la salvación de todos, suscita la fe en los hombres y mujeres del mundo greco-romano; se forman las comunidades cristianas. Pero, rápidamente, el peligro y la tribulación les rodean: persecuciones en Tesalónica, divisiones internas en Corinto. De esta manera, las comunidades viven en su carne el destino de Cristo y el de Pablo, continuamente perseguido en Asia Menor y Grecia (1 Tes 1, 6; 2, 14).

Si la proclamación del mensaje suscita la fe, esto se debe no solamente a que el Cristo vivo y su espíritu actúan realmente en esta proclamación, sino también porque Pablo, el heraldo de este mensaje, vive en su propia persona el misterio pascual de Jesús. En su segunda carta a los corintios expresa su experiencia, empleando poco a poco los mismos términos utilizados en la proclamación del misterio pascual, sobre todo la pareja «muerte/vida» o «morir/vivir». A su luz interpreta sus recientes dificultades: «los sufrimientos de la pasión de Cristo son para mí muy abundantes» (2 Cor 1, 5); hemos sufrido, dice, su auténtica «muerte» (1, 10); pero Dios le ha salvado, como «salvó a Jesús de los dolores de la muerte» (Hech 1, 10).

Para definir el misterio del apóstol, utiliza la oposición «muerte/vida». En 2 Cor 2, 14-15, se compara sucesivamente a un prisionero vencido y condenado a muerte, paseado, según la costumbre romana, en la procesión triunfal de Cristo vencedor (su muerte es la condición del triunfo de Cristo), y a la víctima de un sacrificio de

(1971) 31-46): Existence missionnaire et mystère pascal selon Saint Paul. No podemos menos de aconsejar la lectura del citado artículo, sobre todo a todos aquellos que tienen como función particular en la iglesia la proclamación de la palabra.

perfumes: Cristo, el primero, ha sido ofrecido en sacrificio y Pablo, como él, es «para unos olor que conduce a la muerte, para otros olor que conduce a la vida». Así, pues, el apóstol no puede ofrecer a los hombres la vida que Dios les prepara, sin ofrecer a su vez su propia vida, sin pasar por la misma muerte que Jesucristo, es decir por los hombres o a causa de Jesucristo. Después de haber hablado de la gloria concomitante al ministerio apostólico, concluye: «llevamos continuamente en nosotros, en nuestro cuerpo, la agonía de Jesús, para que la vida de Jesús se manifieste también en nuestra experiencia mortal. Así **la muerte actúa en nosotros y la vida en vosotros**» (4, 7s). Los sufrimientos del apóstol, auténtica y cotidiana muerte, no son solamente promesa de su futura resurrección: está teniendo ya la experiencia de una «vida» que surge de su «muerte», y esta vida es sencillamente la de los creyentes. Ahora nos explicamos el porqué Pablo insiste tanto en la participación del apóstol en la gloria del resucitado (3, 4-4, 6).

Leyendo sus cartas, constatamos que no se trata de una experiencia pasajera. Toda su vida misionera debe ser entendida a la luz del misterio que anuncia, el de la muerte y la vida. «Y aun suponiendo que mi sangre haya de derramarse rociando el sacrificio litúrgico que es vuestra fe, yo sigo alegre y me asocio a vuestra alegría» (Fil 2, 17). A los gálatas, les dice que siente en sí como los dolores de parto hasta el momento en que Cristo esté formado en ellos (Gál 4, 19). En Col 1, 24-29, finalmente, nos ofrece quizá la más osada expresión de su convicción profunda: «Ahora me alegro de sufrir por vosotros, pues voy completando en mi carne mortal lo que falta a las penalidades del mesías por su cuerpo, que es la iglesia... con esta *intención peno y lucho*, sostenido por esa fuerza suya que despliega en mí su eficacia».

Todos los cristianos surgen vivos de las

aguas de la muerte bautismal, pero la vida prometida a los creyentes no se les da sino porque Jesús ofreció su vida por los hombres y porque otros hombres, enviados por Cristo, aceptan a su vez dar su vida por los hermanos. De esta manera, Pablo, en la predicación del mensaje cristiano, experimenta de manera nueva y complementaria el misterio pascual.

2. «La palabra de Dios despliega su energía en vosotros los creyentes» (1 Tes 2, 13)

Al principio de este trabajo hacíamos la distinción entre dos géneros de palabras: la que explica (pero no nos cambia) y la que «crea».

Pablo es consciente de que, por su predicación, es causa de salvación para unos y de perdición para otros (2 Cor 2, 15-16). En efecto, su palabra es la palabra misma de Dios (1 Tes 2, 13). «El poder de Dios que se manifestó en la resurrección de Jesús se sigue manifestando en la predicación: (JD 161). Tanto él, como los apóstoles, se vieron obligados a elegir ante el resucitado: al responder positivamente a la palabra, ésta le convierte en una «nueva criatura» (2 Cor 5, 17). Ahora bien, todos los que escuchan esta palabra se sienten obligados a hacer la misma elección. ¿Cómo se entiende esto?

La resurrección de Jesús en cuanto tal está por encima de la historia en el sentido ordinario de la palabra. Pero, gracias a las apariciones, entra en la historia de sus beneficiarios. «En el plan de la historia se realiza principalmente por medio de la aparición a los testigos que le ven».⁵

«Pero el acontecimiento de la resurrección de Jesucristo incide mucho más lejos todavía e invade el campo de la historia. Por medio de las

⁵ H. SCHLIER, *La résurrection de Jésus-Christ. Salvator, Mulhouse 1969. Se trata de un pequeño libro sobre el tema en el que brevemente se tocan los puntos esenciales. Su gran calidad está desvirtuada por la malísima traducción francesa (véase X. Léon Dufour: RSR (1969) 602-606).*

apariciones, la resurrección se realiza igualmente en la predicación». Esto quiere decir que, «en virtud de la aparición de Cristo resucitado y exaltado, la resurrección de Jesús se expresa y transmite en el testimonio de los discípulos que lo vieron en este estado. Así, gracias a su palabra y testimonio, la resurrección penetra en la historia, afronta la historia y viene al encuentro de los hombres». «El resucitado, al aparecer, se apropia de la palabra de los que le ven y los envía a proclamar esta palabra».⁵ «Es precisamente en esta palabra donde se manifiesta como Cristo resucitado y glorificado. La propagación del evangelio, vivida en la certidumbre de la misión recibida, y la aceptación del evangelio, entendida como un nacimiento a una vida nueva, son tan signos de la irrupción de Jesús, después de su muerte, en la historia y la experiencia de los hombres, como las apariciones» (JD 165).

Por ello, es legítimo y necesario estudiar cuidadosamente el testimonio de los apóstoles sobre las apariciones y la resurrección. Pero es tan necesario, si no más, darnos cuenta de la experiencia que cada uno de nosotros tenemos de nuestro encuentro con Cristo hoy, de la llamada que nos dirige en lo más íntimo de nuestra historia personal, obligándonos, por su palabra, a una opción que, como en el caso de los apóstoles, divide nuestra vida en un antes y en un después. Esta experiencia personal vivida en iglesia será la que nos permita comprender un poco mejor lo que debió ser la experiencia de los apóstoles.

B. EL TESTIMONIO DE LA IGLESIA A TRAVÉS DE LOS RELATOS EVANGÉLICOS

Cuando alguien nos anuncia una noticia que le ha trastornado, sea buena o mala, la muerte de un ser querido por ejemplo, nos lo anuncia, antes que con palabras, con un gesto, con un sus-

piro, con el aspecto de su cara; y esto nos basta para participar con él, en silencio, de su pena o de su alegría. Ahora bien, no nos podemos quedar ahí, queremos saber más, y para ello le pedimos que nos lo cuente: ¿cómo sucedió?, ¿quién estaba allí?, ¿qué sientes después de todo esto?...

Todos estos aspectos los encontramos en los textos del Nuevo Testamento. «La resurrección de Jesucristo es un hecho que, en un primer momento, suscitó discursos entusiastas y profesiones de fe. Luego, sin dejar de ser reflexión teológica, pasó al género narrativo».¹ En los relatos recogidos y presentados por los redactores de los evangelios, se trata siempre de la **proclamación del acontecimiento**; lo que pasa es que esto se hace **contándolo**. Después de treinta o cuarenta años de vida con el resucitado, los apóstoles y los cristianos, animados por su espíritu, llegan a comprender mejor su sentido. Estos relatos no son simples evocaciones del pasado; al mismo tiempo son reflexión, meditación, celebración del acontecimiento, y por ello la manera de expresarlo está condicionada por todas estas circunstancias. La comparación más adecuada estaría quizá, no tanto en el «reportaje directo» de una boda tal y como aparece en el periódico local, cuanto en el relato de los dos esposos, hecho después de largos años de vida común, que les habrá permitido confirmar su amor y percatarse de su profundidad.

Vamos a leer estos textos comenzando por algunos relatos de la pasión. Esto es necesario para darnos cuenta de que estos últimos fueron escritos a la luz de la resurrección; pero, de todas maneras, la resurrección no adquiere sus verdaderas dimensiones sino en relación estrecha con la vida de Jesús, cuyo culmen es la pasión.

¹ H. SCHLIER, *La resurrección de Jesús-Christ. Salvator, Mulhouse 1969, 16.*

1. Jesús «elige» su muerte

Sería interesante, en primer lugar, sacar a relucir las grandes tradiciones que forman la trama de los relatos y luego estudiar éstos teniendo en cuenta las perspectivas propias de cada evangelista. Nos contentaremos, por falta de espacio, con dar algunas indicaciones, sin señalar en todos los casos los aspectos propios de cada uno.²

a) La última cena de Jesús

Este relato nos revela el sentido que Jesús da a su vida y a su muerte.

Jesús, al romper el pan y distribuir el vino, celebra de antemano su muerte y la constituye en «eucaristía». La eucaristía —o acción de gracias— es el movimiento interior del ser que reconoce que su vida le viene de Dios, «obedeciendo», es decir, respondiendo a la llamada de Dios. Jesús celebra su muerte en la acción de gracias: responde a Dios que le interpela en la existencia concreta, en la condición humana marcada por la muerte. Por ello, su respuesta no es la respuesta «gozosa» de «Adán» al principio del mundo, sino la del hombre marcado por el pecado y la muerte.

Al responder libre y totalmente a Dios, Jesús cambia el sentido de nuestra existencia. Triunfa totalmente en su vida, al «existir» totalmente volcado hacia el Padre. Decíamos más arriba que el momento de la muerte es el momento en que el hombre puede echar una ojeada a su vida toda y descubrir su sentido. La muerte de Jesús, celebrada en la acción de gracias, nos revela que toda su existencia era una respuesta a Dios.

Pero Jesús no vive todo esto solamente para sí mismo. Es el «servidor que sufre» (como lo

indica claramente la cita de Is 53: mi sangre derramada «por muchos»). Esto quiere decir que resume en sí todo el pueblo de aquellos que, dolorosamente a causa del pecado, aceptan ser interpelados por Dios. Por ello, su vida y su muerte son también las nuestras: debemos, no tanto «imitarle», cuanto aceptar, profundamente agradecidos, que nuestra vida y nuestra muerte sean vividas en él.

Jesús celebra esta cena en un contexto pas-cual. La pascua es para los judíos el «memorial» del éxodo. Memorial, es decir, recuerdo del acontecimiento hecho realmente presente en el acto litúrgico.³ Y al celebrar esta cena «como memorial» (o «en memoria»), tenemos la certeza en la fe de participar realmente en la liberación de antaño, renovando nuestra entrada en la alianza.

Jesús es consciente de que por su «paso» (su «pascua» o su «éxodo» Lc 9, 31) se realiza la verdadera liberación. Está haciendo realidad la auténtica alianza, la nueva alianza anunciada por los profetas (Jer 31, 31; Ez 36, 26), de la que la primera, la del Sinaí, no era sino pálida figura. Las «diez palabras» de la alianza eran la palabra esencial por la que Dios interpelaba a su pueblo para hacerle «existir». Este lazo vital, roto continuamente por el pecado, lo establece definitivamente Jesús; mejor aún: en él. En efecto, ese lazo **es** Jesús; Jesús es esta alianza: «esta es mi sangre, la de la alianza»; es decir, mi persona misma en cuanto que se ofrece (mi «sangre»), es la alianza. Imposible, pues, romperla. En adelante, continúa diciendo, celebraréis la pascua «en memoria **mía**»: vuestra celebración hará presente mi pascua y os permitirá participar en ella, tomando parte en la liberación que yo realizo, viviendo en la alianza que hoy establezco.

² Pueden verse los n. 124, 125, 126 de «Aujourd'hui la Bible», donde J. DELORME, P. GEOLTRAIN y A. JAUBERT presentan los relatos de la pasión-resurrección en Marcos, Mateo y Lucas.

³ «Todos y cada uno deben considerarse, de generación en generación, como si también ellos hubieran salido de Egipto... Aquel día, el Señor intervino en mi favor...», declara un texto judío sobre la pascua.

El «memorial» eucarístico no será pues un recuerdo sin más, sino la presencia del acto realizado por Cristo en la cena y que culmina en la cruz.

Todo está dicho con este texto. Sin embargo, necesitaba dos aclaraciones. El relato de la cena nos da el sentido de la muerte de Jesús, pero era necesario que los hechos probasen la verdad de estas palabras: ésta será la misión del relato de la pasión. Por otro lado, aquí Jesús celebra su muerte en paz; todavía no sabemos lo que siente en su interior. El relato de la agonía nos lo explica.

b) La agonía

«Este trágico episodio presenta un contraste singular con el que le precede. En la cena, Jesús acepta su muerte con alegría, pues lo convertía en sacrificio de salvación. En Getsemaní, se enfrenta una vez más con la muerte, pero bajo otro aspecto, atroz, y por ello aparece la tentación del rechazo».⁴

En esta escena es quizá donde Jesús se nos presenta más como hombre, como cercano a nosotros, en su **angustia ante la muerte**: ante el fracaso definitivo siente la misma angustia que nosotros o incluso quizá más, pues sabe lo que es la vida mejor que nosotros.

Siente la muerte igualmente como el **fracaso de su misión**. «Va a morir, e inútilmente. Para Israel su muerte no será más que un crimen más; llevará a su culmen la condenación de aquéllos a quienes vino a salvar (Mt 23, 32-39). ¿Qué confianza puede tener incluso en sus discípulos? Durante su larga oración viene tres veces para prepararles a las tentaciones que se avecinan: en vano. La lucidez trágica de Jesús ofrece por ello su mejor arma al tentador» (A.G. 91). Durante todo su ministerio, Jesús fue tenta-

do por los fariseos, por la gente, por Pedro; el resumen de toda esta vida llena de tentaciones se encuentra en la escena inaugural en la que Satán intenta «desviarle de su misión hacia las tentaciones clásicas del apostolado: el interés personal, el éxito fácil, el compromiso con el mundo» (Mt 4, 1-11). En Getsemaní le presenta la inutilidad de su muerte. ¡Cuántos después de Jesús experimentarán la tentación del sacrificio sin sentido! ¿Podremos comprometernos con él sin encontrarnos tarde o temprano con esta tentación?

Esta suprema tentación de Jesús manifiesta **la realidad de su humanidad**. Una hora después de la oblación serena de la cena, se encuentra profundamente turbado. Está «triste hasta la muerte», buscando fuerza y consuelo entre sus amigos. Incluso llega a poner en duda la aceptación de su muerte. «En la soledad y la noche necesita luchar con todas sus fuerzas para aceptar la voluntad del Padre; y esto le mortifica y le violenta hasta sudar sangre» (A.G. 91-92).

Superada la prueba, no piensa sino en fortalecer a los suyos y en prepararlos a los difíciles momentos que se avecinan. «En adelante, a lo largo de toda la pasión, permanecerá sereno y sin desfallecer. Si Getsemaní es la tentación de Jesús, es al mismo tiempo su victoria heroica y decisiva» (A.G. 92).

c) Ante el sanedrín, Jesús declara solemnemente que tiene conciencia de su ser

Hasta este momento, Jesús se había negado siempre a responder a sus adversarios sobre lo que él creía ser. Temía que sus palabras fueran mal interpretadas y que, sobre todo, se le considerase como un mesías temporal. Pero ahora no es ya sino un condenado a muerte: ya no hay peligro.⁵

⁴ A. GEORGE, Connaître Jésus Christ. «*Equipes Enseignantes*» (18, rue Ernest-Lacoste), Paris, 88-92 (citado A. G. y la página).

⁵ Véase J. DELORME, El evangelio según san Marcos, 21 y 111.

A la pregunta del sumo sacerdote: «¿eres tú el hijo de Dios?» (entendiéndole como mesías, hijo de David), Jesús responde: «lo soy» o, según Mateo, «tú lo dices», «tú presentas las cosas de este modo; yo por mi parte prefiero hacerlo de otra manera».

Y Jesús, en ese momento, para expresar la conciencia que de él tiene, así como de su misión, reúne en una síntesis extraordinaria tres figuras bíblicas, aparentemente contradictorias:

«veréis al hijo del hombre (Dan 7),
sentado a la derecha de Dios (Salmo 110),
y venir sobre las nubes del cielo» (Dan 7).

Así, pues, Jesús es el **mesías, hijo de David** anunciado por los salmos 2 y 110, aquél por quien Dios iba a establecer su reino entre los hombres y traer la paz y la fraternidad universal.

Es al mismo tiempo el **hijo del hombre** anunciado por Daniel, figura que simboliza a todo el pueblo de los santos, introducido ante Dios sobre las nubes y que recibe el señorío sobre el mundo entero. Extraña paradoja: esta figura simbólica es **este** hombre. Por ello, en él se encuentran presentes todos aquellos que, al final de los tiempos, serán introducidos en la vida de Dios y en su gloria. En él, pues, todos estamos incluidos.

Pero lo curioso del caso es que quien pretende ser este mesías, no es otro que un condenado a muerte, «**el servidor que sufre**», que se ofrece voluntariamente para salvación de las gentes.⁶

d) **Dos frases de Jesús en la cruz**

Entre las frases que los evangelistas ponen en boca de Jesús, hay dos que nos hacen descubrir mejor el sentido de su muerte. La primera nos la relatan Mateo y Marcos, la segunda Lucas.

⁶ Señalamos que Jesús en este caso no utiliza el lenguaje histórico del esquema «antes/después», el de la «resurrección», sino el esquema apocalíptico «abajo/arriba», el de la «exaltación».

«Dios mío, ¿por qué me has abandonado» (Mc 15, 34; Mt 27, 46). Como la voz del solista unifica en un único clamor el inmenso grito que surge del conjunto de la orquesta, el clamor de Jesús acoge en sí mismo el de todos los desesperados que sufren y no saben por qué. Jesús asume en sí mismo los momentos en los que nos sentimos abandonados de todos, incluso de Dios. Pero este grito de Jesús es al mismo tiempo una oración. Se trata del principio del salmo 22, lo cual quiere decir que es una oración que se termina en la calma y certidumbre, nacida de la fe de que Dios le salvará y convertirá su muerte en un medio de salvación para los desgraciados.

Por su parte, Lucas subraya sobre todo el aspecto de confianza. «Padre, en tus manos pongo mi vida» (Lc 23, 46). Sin comprender, pero con la indestructible confianza que nace del amor, Jesús se abandona a sí mismo. Su última exclamación terrestre, así como la primera (Lc 2, 49) en el evangelio de Lucas, es para llamar a Dios y ponerse en sus manos.

2. **Jesús vivo por encima de la muerte**

Al final de nuestros evangelios nos encontramos con dos tipos de relatos: unos tienen como eje el descubrimiento de las mujeres, la mañana de pascua, de la tumba abierta; otros nos sitúan en presencia del resucitado, bien en apariciones de tipo familiar a algunos discípulos, bien en apariciones oficiales a los once.

Una vez más debemos renunciar a un estudio exhaustivo de estos relatos.⁷ Intentaremos únicamente descubrir las tradiciones de base de

⁷ P. M. GUILLAUME presentó ya estos textos en el cuaderno «Evangile» n. 78 (1970); Véase también XLD 121-250; G. BECQUET, Lectures d'évangile. Seuil, Paris 1972, 349-402; una serie de formulaciones y presentaciones parecidas en los n. 124, 125, 126 de «Aujourd'hui la Bible».

Mateo	Marcos ¹	Lucas	Juan
	TUMBA ABIERTA		
Mujeres en la tumba Angel anuncia resucit	Mujeres en la tumba Angel anuncia resucit	Mujeres en la tumba 2 ángeles anuncian resucit Pedro en la tumba	Mujeres en la tumba — Pedro y Juan en la tumba
	APARICIONES A DISCIPULOS		
A las mujeres	A las mujeres y discípulos	— Discípulos Emaús	A María Magdalena
	APARICIONES A LOS ONCE		
En Galilea	Galilea o Jerusalén? — Ascensión	Jerusalén — Ascensión	1. Jerusalén 2. Jerusalén 8 días después En Galilea ²

¹ Parece probable que el evangelio de Marcos se terminaba con la huida de las mujeres de la tumba. De todas formas, el actual final (Mc 16, 9-20) es tardío y constituye una especie de resumen de los otros evangelios. Véase J. DELORME, El evangelio según san Marcos, 115.

² El capítulo 21 de Juan parece ser un complemento redactado por los discípulos del evangelista.

nuestros textos y señalar rápidamente las orientaciones propias de cada evangelista.

a) La tumba abierta

En la predicación de los apóstoles la tumba abierta no aparece nunca como una «prueba» de la resurrección. Las dos veces en que Pablo habla de la sepultura es para probar que Jesús estaba muerto y bien muerto (Hech 13, 29; 1 Cor 15, 4). El mero hecho de que la tumba se encontrase vacía no prueba nada: no es sino un interrogante que espera su respuesta.

Pregunta sin respuesta, en efecto, para María Magdalena («han robado su cuerpo...») (Jn 20, 2). Interrogante al que los jefes judíos encuentran en seguida una respuesta: «los discípulos han robado su cuerpo» (Mt 28, 13). Problema que finalmente será solucionado únicamente por Dios en las «apariciones» de Jesús: viendo al resucitado, sabrán por fin por qué la tumba estaba abierta. Así, pues, esta respuesta llegó solamen-

te después, aunque a partir de entonces entrase a formar parte de los relatos de la tumba. Todos podemos constatar, en efecto, que el enviado divino, en Mt y Mc, se dirige a las mujeres en los mismos términos en los que Pedro habla a los judíos en sus discursos: «Jesús, el nazareno, el crucificado, ha resucitado» (véase Hech 4, 10 por ejemplo) y que los dos hombres de Lucas utilizan la predicación de Pablo: «¿Por qué buscáis entre los muertos al que está vivo?» (véase por ejemplo Hech 25, 19). Al poner esta respuesta en boca de los ángeles, los evangelistas querían mostrar que la «resurrección es revelación hecha a la comunidad y no reflexión de ésta sobre los acontecimientos». El hecho de que estos ángeles se expresen en los términos de la predicación cristiana manifiesta que «la Iglesia entendió que, al confesar su fe en Jesús resucitado, es Dios mismo quien se la revela. La voz del ángel es palabra de Dios y al mismo tiempo es la voz de la Iglesia: la Iglesia proclama su fe en Jesús resucitado como respuesta al acto de Dios

que ha apartado la piedra del sepulcro y triunfado de la muerte» (XLD 157).

Constatemos todo esto leyendo estos relatos y comparándolos primero entre sí.

LAS TRADICIONES DE LOS RELATOS⁸

Los cuatro evangelios narran la visita de las mujeres a la tumba. Veamos los diferentes elementos de estos relatos.

¿Quién viene?, ¿cuándo?, ¿por qué?

Todos nombran a María Magdalena (Lucas al final, en el v. 10) y a algunas otras mujeres (incluso en Juan, María Magdalena dice «nosotras»... v. 2), precisamente las que estaban presentes cuando sepultaron a Jesús: así, pues, no hay error posible a propósito de la tumba, se nos quiere decir, y el lazo entre el antes y el después de la muerte de Jesús está asegurado.

En Marcos y en Lucas, las mujeres van a la tumba el domingo muy de mañana; en Mateo se trata de la «aurora del primer día», que puede ser el sábado de la noche, ya que los judíos cuentan el día de noche a noche. Quizá se trate de una indicación teológica: para Marcos y Lucas, el acontecimiento pascual está emparentado con la salida del sol (cf. Lc 2, 78); para Mateo, se trataría más bien de una luz que brilla en nuestra noche.

La finalidad de esta visita es diferente según

⁸ Es posible que estos relatos tengan su origen en el marco de una peregrinación. Incluso en nuestros días, cuando vamos a Palestina, hacemos una serie de celebraciones que evocan los distintos acontecimientos en los lugares en que acaecieron. Cuando los primeros cristianos iban en peregrinación a la tumba de Jesús, celebraban el misterio que se había cumplido allí: su resurrección. Se trata de una hipótesis que tiene bastantes visos de probabilidad. Véase J. DELORME, *Résurrection et tombeau de Jésus: Mc 16, 1-8 dans la tradition évangélique, en La résurrection du Christ et l'exégèse moderne. Cerf, Paris 1969, 105-151, y L. SCHENKE, Le tombeau vide et l'annonce de la résurrection. Cerf, Paris 1970.*

los casos: según Marcos, las mujeres vienen para hacer las unciones rituales (quizá también en Lucas). Pero en Mateo y en Juan «vienen» sencillamente; lo mismo que nosotros al día siguiente del entierro de un ser querido vamos al cementerio.

— ¿Qué ven?

Que la piedra de la tumba ha sido retirada (según Juan, quitada). Mateo, por su parte, añade toda una serie de detalles de los que volveremos a ocuparnos. En Marcos, las mujeres entran y ven un ángel que les anuncia la resurrección y les muestra, por ello, la tumba vacía; en el relato de Lucas, las mujeres constatan que la tumba está vacía; solamente después se les aparecen los ángeles; así, pues, Marcos insiste en la revelación, en la manifestación de lo divino; Lucas en la desaparición del cuerpo.

En ese momento, las mujeres reaccionan de manera semejante a como lo hacen en la biblia los hombres que se encuentran en presencia de lo divino: sentimiento de «temor» (Lucas) o de «miedo» (Marcos: el mismo sentimiento que sentía Jesús en su agonía). En el texto de Mateo, los que tienen miedo son los guardias —mencionados sólo por él— (pero sólo a las mujeres dirá el ángel: ¡no temáis!).

— El mensaje divino

Como señalamos más arriba, el (o los) mensajero se dirige a las mujeres en los mismos términos utilizados en la predicación apostólica.

El ángel de Marcos anuncia sobre todo la resurrección; luego, y como su consecuencia evidente, invita a constatar que la tumba está vacía.

Acto seguido, se confía a las mujeres un mensaje para los discípulos (Mateo-Marcos): anunciarles que Jesús les precederá en su viaje a Galilea, «como os lo dijo», añade Marcos (refiriéndose a Marcos 14, 28), queriendo establecer de esta manera un lazo claro entre las palabras de Jesús antes de pascua y el aconte-

cimiento pascual.⁹ Lucas, que no dice nada de apariciones en Galilea, ha modificado hábilmente la frase: Galilea no se sitúa ya delante («id a Galilea»), sino detrás: «acordaos de cómo os habló en Galilea».

— Reacción de las mujeres

En el texto de Marcos, las mujeres huyen sin decir ni una palabra; esto es sumamente extraño, sobre todo si no olvidamos que probablemente su evangelio se terminaba con esta frase. En Mateo, anuncian el mensaje pascual como se les había dicho, y en Lucas lo hacen espontáneamente, pero sin ningún éxito. En el texto de Juan, María expresa sencillamente la reacción normal ante el hecho bruto, privado de toda significación; el mensajero angélico no intervendrá más que cuando María visite por segunda vez la tumba (20, 11-13).

LAS INTERPRETACIONES DE LOS EVANGELIOS

Partiendo de un cierto fondo común que podemos vislumbrar a través de la comparación que acabamos de hacer, cada uno de los evangelistas desarrolla su interpretación teológica particular.

MARCOS termina su evangelio con este relato, lo cual nos indica ya la importancia que le da.¹⁰ Nos dice en primer lugar que los relatos de «apariciones» no son necesarios para fundamentar nuestra fe, ya que en su texto no los hay: el cristiano cree en la resurrección, no apoyado en las pruebas «históricas», capaz de controlarlas materialmente, sino basado en la palabra de Dios que la atestigua. Esto sigue siendo válido aunque, como más tarde veremos, las apariciones de Cristo resucitado fundaron efectivamente

la fe de sus discípulos, de sus testigos. Marcos nos deja igualmente ante el misterio (expresado por el miedo de las mujeres): no se trata de imaginarlo o de describirlo, sino de creer en él y de vivir de él. En efecto, este misterio pone a los hombres en situación de «marcha»: el ángel envía a las mujeres, y por ellas a los discípulos, a Galilea. No se trata de quedarse allí tontamente contemplando a Jesús; deben renunciar a este mundo, hay que abandonar el centro, Jerusalén, ponerse en camino hacia Galilea, hacia los paganos (siguiendo el sentido teológico de Galilea para Marcos), hacia los confines del mundo y de la historia. En efecto, los especialistas discuten sobre el **sentido de «Galilea»** en este texto: algunos no ven más que una determinación geográfica (y el ángel querría decir con ello que las apariciones iban a tener lugar en Galilea); para otros, sin embargo, esta región es antes que nada «Galilea de las naciones», tierra escatológica que debe contemplar la salvación de los pueblos y naciones (cf. XLD 184). Estos dos sentidos no se excluyen. «Nada impide comprender la frase 'os precederé en Galilea' como una afirmación abierta que expresa el anuncio de futuras apariciones y la espera de la parusía. De esta manera, al final del evangelio de Marcos presentaría, resumiéndolas de manera audaz, las tres dimensiones del tiempo: el pasado de las apariciones, el futuro de la parusía y el presente de la misión 'galilea'... El evangelista parte de la situación contemporánea de su iglesia (misión entre los paganos) para fundarla en la vida de Jesús (ministerio en Galilea y apariciones), abriéndole así un espacio absoluto (la parusía).¹¹

De esta manera, las palabras «os precederé en Galilea», válidas para los primeros cristianos, tienen también un sentido real para nosotros: **sólo al final de la historia «veremos» al resuci-**

⁹ Este lazo de unión es quizá obra de Marcos, que habría añadido estos dos versículos a la tradición.

¹⁰ Véase lo que dice J. DELORME en el l. c., 113-115.

¹¹ J. M. VAN CANGH, La Galilée dans l'évangile de Marc: un lieu théologique?: *Revue Biblique* (1972) 59-75 (las citas corresponden a 67 y 75).

tado. Viviendo de él y anunciándolo a todos los hombres, tendremos una cierta experiencia de que él es el que «vive para siempre»: Jesús resucitado nos precede.

Esto es lo que dice Marcos: al final de los tiempos lo veréis.

Por su parte, **MATEO** proclama: la resurrección es el fin de los tiempos;¹² es cierto que Mateo ha añadido una serie de detalles escénicos de tipo apocalíptico, en los que reutiliza las imágenes tradicionales destinadas a mostrar que Dios vence a la muerte al final de los tiempos. Los enemigos se quedan como muertos, el ángel llega como el rayo (pensemos en la venida del hijo del hombre que viene «como el rayo» para el juicio [Mt 24, 27]) y quita la piedra que cerraba el sepulcro: el poder de la muerte ha sido, pues, destruido (cf. XLD 191-194). Pero el detalle más significativo quizá es el del «**terremoto**». Esta palabra (traducida generalmente por «temblor de tierra») no se encuentra más que una vez en los sinópticos, en el **discurso apocalíptico** en el que Jesús anuncia el fin de los tiempos: el «terremoto» será uno de sus signos (Mt 24, 7; Mc 13, 8; Lc 21, 11). Pero Mateo lo emplea igualmente en la escena de la **muerte de Jesús** (27, 54), y el hecho de que mencione en ese momento los «muertos que resucitan», manifiesta que se trata efectivamente para Mateo del acontecimiento del fin de los tiempos. El momento de la muerte de Jesús es al mismo tiempo el del «juicio del mundo» (cf. Jn 12, 31-32). **La tempestad calmada** en Marcos y Lucas se convierte en Mateo en un «terremoto», como si con esto se quisiera evocar de antemano la victoria de Jesús sobre los poderes infernales. Las otras ocho veces que se emplea este término en

el Nuevo Testamento se encuentran todas en el Apocalipsis y refuerzan por ello esta interpretación.

El relato de la aparición de Jesús, como hijo del hombre glorificado, dará a este texto toda su significación.

LUCAS nos ofrece un relato preñado de ternura, comparable a la de las mujeres con «el cuerpo de su señor Jesús». En lugar de enviarles a Galilea, los ángeles les recuerdan lo que Jesús les había dicho cuando estaba en Galilea: para Lucas, Jerusalén es el punto clave de su teología; por eso no habrá apariciones en Galilea. Esto tiene la ventaja de dar a las palabras de los ángeles un valor permanente, según el estilo que le es propio: en Mateo, el mensaje celeste estaba dirigido únicamente a las mujeres; en Lucas, es válido para todos y cada uno de nosotros: cuando, como estas mujeres, os encontréis en la noche triste de la desesperación, cuando hayáis perdido rumbo y orientación, apoyados únicamente en la fría piedra de la tumba, acordaos de las palabras que decía Jesús cuando estaba todavía entre nosotros: ahí encontraréis sentido a vuestra vida y descubriréis vuestra misión para con los demás.

JUAN es más bien sobrio por lo que toca al descubrimiento de la tumba abierta por María Magdalena. Prefirió detenerse más en el relato de la **llegada de Pedro y del «discípulo que Jesús amaba»** (20, 3-10). Pedro entra en primer lugar, pues ocupa el primer lugar entre los doce. Pero, contrariamente al otro discípulo, no cree en cuanto ve. La razón es que existe otro tipo de primer puesto, el del amor; y el amor hace que se entre inmediatamente en la fe. El discípulo «ve y cree, porque todavía no ha entendido la escritura»: forma parte de esta primera generación de testigos que, como Tomás, necesitan primero ver para creer; pero cuando hayan entendido la escritura no necesitarán ya «ver» primero, cree-

¹² O mejor dicho, lo inaugura, ya que la historia va a continuar, a pesar de que Jesús haya alcanzado el término anunciado por las escrituras.

rán apoyándose en la palabra de Dios. A esto es a lo que se nos invita constantemente.¹³

LOS GUARDIAS DEL SEPULCRO

Mateo es el único de los cuatro evangelistas que menciona a los guardias del sepulcro. Existe sin embargo otro texto que no forma parte de las escrituras cristianas, el llamado «**evangelio de Pedro**», que también los menciona (véase el texto en XLD 341). El paralelismo de estos dos textos hace pensar a X. Léon-Dufour que debió existir una tradición a propósito de los guardias del sepulcro de tipo «apologético» (tradición que pretendería «probar» que el cuerpo de Jesús no había sido robado por los discípulos) y «teofánico» (que pretendía presentar claramente la resurrección como una «manifestación de Dios»). (XLD 164-167).

Esta tradición supone tres momentos o fases:

1. La instalación de los guardias

(Mt 27, 62-66 = Ev. Pedro 28-34)

Históricamente este episodio presenta dificultades casi insuperables: ¿cómo podrían esperar los enemigos de Jesús que resucitara cuando ni siquiera sus discípulos lo esperaban? ¿Cómo pueden estos judíos escrupulosos y cumplidores de la ley hacer este tipo de gestiones ante Pilato un sábado?, y ¿por qué solamente «al día siguiente»? (texto de Mateo): si hubieran querido robar su cuerpo, lo hubieran hecho la misma noche...

Por ello conviene no pedir demasiado a este relato desde el punto de vista de la verosimilitud histórica. Lo único que podemos decir es que en una época relativamente tardía (hacia los años 80), para responder a la apologética judía que acusaba a los cristianos de haber robado el cuerpo de Jesús, los cristianos utilizaban el mismo tipo de argumentación para responder a esos ataques. Mateo conservó los argumentos de di-

cha discusión. Más adelante, el episodio se va enriqueciendo y embelleciendo: el evangelio de Pedro añade todavía otros detalles: conoce el nombre del centurión (Petronio), se precinta la piedra de la tumba con «siete» sellos...

2. La manifestación de Dios

(Mt 28, 1-4 = Ev. Pedro 35-44)

El texto de Mateo utiliza las imágenes apocalípticas para enmarcar la resurrección de Cristo; pero, aun así, su sobriedad es grande si la comparamos con el evangelio de Pedro. La intención de éste es hacernos presenciar ni más ni menos que el acontecimiento mismo de la resurrección (error fomentado por los pintores a partir de los siglos IX-X): los testigos se amontonan, e incluso se nos presentan testigos hostiles, para poder probar mejor el hecho. La intención apologética salta a la vista. Mateo, sin embargo, pretende únicamente hacernos sentir el misterio a través de los efectos que produce. Si nos muestra a los guardias «como muertos», es para hacernos comprender que en este duelo cósmico entre la vida y la muerte, aquélla es la que gana.

3. El informe de los guardias

(Mt 28, 11-15 = Ev. Pedro 45-49)

En los ambientes judíos de los años 50-80 debió circular la leyenda de que el cuerpo de Jesús había sido robado por los discípulos. Mateo nos cuenta cómo pudo haber nacido, cargando el mochuelo a las autoridades judías. El evangelista no repite, contrariamente al evangelio de Pedro, la confesión de fe del centurión: «verdaderamente éste era el hijo de Dios», ya que nos la había narrado en el relato de la crucifixión (27, 24). Si el relato del evangelio de Pedro es fundamentalmente apologético, el de Mateo es más bien teológico: con este clamor del pagano se nos quiere decir que la puerta de la salvación está abierta para todos gracias al reconocimiento de Jesucristo.

¹³ Véase E. CHARPENTIER, *Le tombeau vide (Jn 20, 1-9): «Esprit et Vie» (L'Ami du Clergé) (1969) 262-266.*

Los puntos esenciales de la fe en Jesús están ya proclamados en este ciclo del sepulcro abierto; pero los relatos de las apariciones servirán para hacerlo de manera todavía más explícita, ya que éstas constituyen su fundamentación positiva.

b) Las apariciones de Jesús

El término «aparición» es muy peligroso: en nuestra mentalidad evoca rápidamente la idea de fantasma. Hablar de «manifestaciones» de Jesús sería más exacto.¹⁴ Debemos recordar en este momento lo que dijimos anteriormente sobre el verbo «ver», que se utiliza en estos casos y que habría que traducir por «Jesús se dejó ver». Ya observamos entonces que si no queremos cometer graves errores de interpretación, tenemos que dejar de lado su aspecto excesivamente «visual» y que tampoco debemos rompernos la cabeza para saber cómo el resucitado puede entrar en relación con nuestro mundo. Es cierto que Juan nos dice que el resucitado se dejó ver cuando «las puertas estaban cerradas». Pero de todas maneras el resucitado está igualmente presente, incluso cuando no se le «ve», como lo está hoy, «en medio de quienes se reúnen en su nombre» (Mt 18, 20). Solamente «se deja ver» en ciertos momentos, cuando quiere y a quien quiere (véase Hech 10, 41): permite a testigos privilegiados experimentar con todo su ser su presencia. Si creemos lo que nos dice Lucas, estos momentos fueron frecuentes entre los discípulos (Hech 1, 3) y por ello crearon en los discípulos la **certidumbre de que Jesús está para siempre con ellos, con nosotros**, tan presente que incluso puede dejarse ver, sentarse a nuestra mesa.

Mateo, Lucas y Juan nos hablan pues de estas experiencias vividas por los discípulos, tanto por los once como por algunos otros.

¹⁴ Este término se encuentra en Mc 16, 12 y Hech 10, 40. Pedro declara que Dios ha concedido a Jesús «manifestarse» a los testigos que él había elegido.

LA EXPERIENCIA DE LOS ONCE

Estas apariciones «oficiales» de Jesús a los once son las más importantes, ya que la fe de la comunidad y la nuestra está basada en su testimonio y en el de los primeros testigos (cf. 1 Cor 15 1-11).

En estos relatos¹⁵ encontramos los dos principales esquemas que habíamos visto en la proclamación del misterio de pascua, el **esquema «resurrección»**, de **tipo histórico «antes/después»**: este Jesús con el que los discípulos se relacionan después de su muerte es el mismo que habían conocido antes; el esquema «exaltación», de **tipo apocalíptico «abajo/arriba»**: a este Jesús que por su muerte bajó hasta lo más profundo de la muerte, Dios lo ha elevado «a su derecha» en la gloria del cielo. Parece que este segundo tipo fue utilizado principalmente por las comunidades cristianas de Galilea; el otro, por las de Jerusalén (XLD 121-148). En todo caso, se puede constatar que Lucas y Juan, que sitúan las apariciones en Jerusalén, construyen sus relatos basándolos en el esquema «resurrección», mientras que Mateo, que sitúa la aparición en Galilea, utiliza el esquema «exaltación». El final del evangelio de Marcos, al utilizar los otros tres evangelios, mezcla los dos esquemas.

Por ello resulta vano e inútil, como se ha intentado a veces, establecer una cronología de las apariciones y pretender que los diversos relatos evangélicos concuerden entre sí tal y como se encuentran actualmente, y la lista más antigua y más completa dada por Pablo (1 Cor 15). El mismo Lucas, que en los Hechos nos dice que Jesús se había manifestado muchas veces a sus discípulos, no nos cuenta más que una aparición. Cada evangelista resumió en una escena todo lo que los apóstoles experimentaron durante todas estas manifestaciones.

¹⁵ Mt 28, 16-20; Lc 24, 36-53; Jn 20, 19-29; Mc 16, 9-20.

Dios ha «resucitado» a Jesús (Lucas-Juan)

Los relatos de Lucas y de Juan están muy cerca uno de otro. Subrayan tres aspectos principales.

● La iniciativa viene de Jesús

Jesús «viene» (Juan), «se presenta en medio de ellos» (Juan y Lucas), Jesús se manifiesta realmente vivo a los apóstoles desamparados, encerrados en su casa por miedo a los judíos y que no esperan ya nada.

● Los discípulos le reconocen

Jesús se ve obligado a vencer las dudas de sus discípulos. Quizá Lucas más que los demás (probablemente porque escribe para griegos que tenían muchas dificultades en admitir la resurrección) insiste en la realidad corporal de Jesús, capaz de comer. Está totalmente fuera de lugar perder el tiempo en especular sobre las condiciones y comportamiento de los cuerpos resucitados respecto a la alimentación: lo que Lucas quiere decir cuando afirma que Jesús comió con sus discípulos es que el resucitado era un ser real, personal y que no tenía nada de fantasma. Jesús muestra sus manos y sus pie (Lucas) o su costado (Juan): con esto se quiere decir que se reinstaura de nuevo la relación con el pasado de este hombre. Tomemos un ejemplo: a veces sucede que nos encontramos con alguien sin poder reconocerlo: no hay manera de acordarnos de su nombre... Sabemos que le conocemos y sin embargo nos sentimos terriblemente violentos, no hay manera de poder dialogar realmente con él... Solamente cuando hayamos encontrado su nombre, las circunstancias en que le conocimos, es decir, cuando hayamos conseguido situarlo en el pasado común, le «reconoceremos» y la relación podrá empezar de nuevo. Lo mismo sucede en nuestro caso: los discípulos reconocen a Jesús y se sitúan de nuevo con él en el pasado reciente: se trata, en efecto, del crucifi-

cado del viernes. Juan habla del «costado» y no de los «pies» (Lucas), por la importancia que para él tiene esta herida de la que salió «sangre y agua» (19, 34), símbolos de la efusión del espíritu, o quizá también de los dos sacramentos del bautismo y de la eucaristía, símbolos de la iglesia. Lucas, al igual que lo hizo en el relato de la agonía, intenta disculpar la duda de los apóstoles: si no le reconocen, es a causa de... «¡su gran alegría!».

Juan prefirió presentarnos los dos aspectos de la experiencia, la duda y después la fe, en dos episodios separados: al atardecer del día de pascua, los apóstoles reconocen a Jesús; solamente ocho días más tarde Tomás empieza a dudar.¹⁶ ¿Fue más incrédulo que los otros? A Juan le gusta presentar diversos tipos de creyentes y de no-creyentes, y en nuestro caso Tomás se convierte en un personaje particularmente «representativo»: es el hombre que duda, pero que de su duda pasa a la fe más completa posible: «¡Señor mío y Dios mío!»¹⁷

De esta manera se ilustra uno de los aspectos más importantes del esquema «resurrección»: se trata de la misma persona que murió y que ahora vive. Es necesario que los apóstoles expresen sobre este punto sus certezas con toda claridad, ya que nuestra fe se basa en la suya: el Jesús que continúa vivo y presente en nuestras vidas y cuya presencia podemos experimentar por la fe, aunque sea de manera oscura, es el mismo que vivió antiguamente en Palestina. Pero ahora, como entonces, Jesús no se deja ver para que le contemplemos, sino para ponernos en marcha.

● Envío misionero

En este punto, Lucas y Juan tienen cada uno su manera de expresar el envío misionero.

¹⁶ Este es quizá el indicio de que, cuando Juan escribe, se celebraba la resurrección cada semana.

¹⁷ Esta expresión es la profesión de fe más fuerte de todo el Nuevo Testamento.

Para Lucas, la principal aportación de las apariciones es la comprensión de las escrituras.¹⁸ Jesús no tiene necesidad de enviarlos a misión a los discípulos; si han entendido las escrituras, se convertirán necesariamente en misioneros, con encargo de cumplir la misma misión de Cristo: llevar su mensaje hasta los confines de la tierra.

En el texto de Mateo, Jesús declara: «estoy con vosotros» (Mt 28, 20); la primera cosa que hace Lucas es decirnos cómo está entre nosotros: por su espíritu; éste invadirá a los discípulos con fuerza irresistible (Lc 24, 49), y en los Hechos Lucas mostrará este dinamismo en acción.

En el evangelio de Lucas toda la escena se desarrolla en un ambiente de amistad y oración, y Jesús, en este ambiente, al atardecer del día de pascua, dará por terminada una cierta forma de presencia entre los suyos, dejando a su iglesia en la oración y la alegría. Este es el sentido de la ascensión: los discípulos pasan de la época de la «vista» a la de la «fe» y del «testimonio» (Lc 24, 50-53; Hech 1, 9-12).

JUAN tiene el carisma de decir las cosas más profundas en lenguaje sencillo y por eso considera que la misión parte de lo más íntimo de la Trinidad: la misión de los discípulos se sitúa como una continuación exacta de la misión del Hijo enviado por el Padre. Cuando Jesús se aparece a los suyos el primer día de la semana y les comunica su espíritu (20, 22-23), les dice: «como el Padre me envió, así os envío yo a vosotros» (20, 21). De esta forma, la misión dada a los discípulos explícita, ya desde el comienzo, la misión de la iglesia a través de los tiempos.

Al final de su evangelio, Juan nos da las ra-

zones que le impulsaron a escribir: él ha visto, ha creído y por ello testimonia, para que nosotros también, ahora, creamos y tengamos la vida, aunque no hayamos visto (20, 31). En su primera carta desarrollará igualmente la misma idea: «os he escrito esto para que sepáis que vosotros, que creéis, tenéis la vida...» (1 Jn 5, 13). En la vida de todo aquel que ha aceptado esta fe, fundada originariamente en el testimonio de los primeros testigos, Cristo estará en adelante presente. Creer no quiere decir otra cosa sino vivir de su vida, experimentar la relación con él como un «cara a cara en las tinieblas» (Juan de la Cruz). Esta es la experiencia que mejor nos permite entrar en comunión con la de los apóstoles.

Dios ha «exaltado» a Jesús (Mt 28, 16-20)

Mateo, por su parte, utiliza en su relato el esquema «**exaltación**». El aspecto de «reconocimiento» (que pertenece al tipo «antes/después») está muy diluido y los discípulos apenas dudan (28, 17). El que se manifiesta a los apóstoles es **el señor de la gloria**. Jesús es el que viene a ellos, como lo anunciaba el Antiguo Testamento. Viene como **hijo del hombre**, personaje misterioso, vislumbrado por Daniel y que recibe todos los poderes: a partir de ese momento, pues, Jesús es el señor de la historia, exaltado y establecido como juez del mundo entero con soberanos poderes. Nos encontramos aquí con lo que la escena del sepulcro abierto nos había hecho presentir.

Al haber recibido todos los poderes, puede enviar a sus discípulos al mundo entero para hacer efectivo este señorío. Los discípulos esperaban la vuelta gloriosa de un mesías que establecería de manera triunfal el reino de Dios. Cuando Mateo escribe su evangelio, han pasado ya varias décadas de la vida de la iglesia, que

¹⁸ Véase A. GEORGE, L'intelligence des Ecritures: *Bible et Vie Chrétienne n. 18 (1957) 65-71, o en un artículo quizá más técnico, Les récits d'apparitions aux onze à partir de Luc 24, 36-53, en La résurrection du Christ et l'exégèse moderne. Cerf, Paris 1969, 75-104.*

han permitido darse cuenta de que se trata de una gloria escondida bajo un aspecto humilde y humano: Jesús no se impone más que a la fe de algunos discípulos, y sólo por ellos, por su predicación, irá estableciendo su reino. Estamos ante la primera definición de una **«iglesia para el mundo»**. Lo más probable es que los discípulos descubrieran esto históricamente en el «concilio de Jerusalén» (hacia el año 50), y Mateo explica aquí las palabras de Jesús a la luz de la vida de la iglesia.

Por ella Jesús establecerá su reino. Mateo nos describe las **características generales de esta iglesia**, tal y como las contemplaba en las comunidades de su tiempo, en los años 80, con su actividad misionera («enseñad») y litúrgica («bautizad»), confesando su fe (la gloria «al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo»). De esta forma, la presentación de las instrucciones que los once reciben del señor llevan consigo una serie de precisiones de vocabulario que muestran su permanente actualidad.

¡Qué pobre instrumento es esta iglesia para tan delicada misión! Su única fuerza se encuentra en la presencia de Jesús: «estoy con vosotros para siempre...» Con esto se realiza la gran esperanza expresada por Mateo al comienzo de su evangelio, de un Dios que sea realmente «Emmanu-el»: «Dios con nosotros» (1, 23).

Estas manifestaciones de Jesús a los once son esenciales para fundar y afirmar la fe de la iglesia. Por su parte, Juan y Lucas nos narran otras dos experiencias totalmente distintas de las precedentes.

LA EXPERIENCIA DE OTROS DISCIPULOS

En sus respectivos relatos, Lucas y Juan quieren sencillamente comunicarnos, para comulgar con ellos, la alegría de los discípulos que, al amanecer de pascua, se encuentran de nuevo en relación de sencilla amistad humana con el señor tal y como la habían vivido anteriormente.

Relación semejante, pero sin embargo totalmente distinta: se trata de la que nosotros, igualmente, podemos mantener actualmente.

Los discípulos de Emaús (Lucas 24, 13-35)

Es muy probable que hayamos leído muchas veces este relato, quizá el más bello de toda la obra de Lucas. En este cuaderno también nos ocupamos de él al comenzar nuestro estudio. Todo el relato está centrado en el **reconocimiento de Jesús** o, mejor quizá, en la transformación del corazón que va pasando de la esperanza muerta a la fe viva cuando se reconoce la presencia de Jesús. Lucas, iluminado por su experiencia eclesial, va muy lejos en la presentación del misterio de la fe.

Para poder encontrarnos con el resucitado, es necesario en primer lugar que nuestro corazón se convierta en ascua de fuego **al contacto con las escrituras** interpretadas por Cristo, pero el reconocimiento no tiene lugar finalmente más que **en el gesto eucarístico de la «fracción del pan»**. «Sólo el encuentro personal con el resucitado puede provocar la fe» (XLD 210-215). Esto era tan cierto para los discípulos que habían conocido a Cristo antes de la muerte, como para todos nosotros que no nos encontramos en esas circunstancias. Lucas nos lo muestra en un texto de los Hechos muy semejante: un pagano reconoce a Jesús en el momento de su bautismo (Hech 8, 26-40).

La aparición a María Magdalena (Juan 20, 11-18)

En su relato de María Magdalena en el sepulcro, Juan nos ofrece un mensaje muy semejante. María quiere tanto a Jesús, está tan triste por haberlo perdido... que es incapaz de reconocerlo aunque éste se encuentre a su lado. Lo que sucede es que María piensa todavía en el pasa-

do de Jesús, en su vida terrestre; pero la actual existencia de Jesús es totalmente distinta y hay que pasar por su descubrimiento para poder conocerle. El amor que permite reconocer a Jesús no es un amor posesivo, orientado hacia sí mismo, sino un amor que se da, que se proyecta hacia los demás. «¡María!» Al oír pronunciar su nombre, sus ojos se abren. También nosotros, al sentirnos llamados misteriosamente por nuestro nombre, en lo más íntimo de nuestro ser, podemos igualmente reconocer a Jesús. María se arroja a sus pies queriendo besarlos como antes, pero Jesús, que sigue siendo el mismo, es sin embargo diferente: «deja de agarrarme... ve a decir a mis hermanos...» Jesús se revela a María como el que se va. Nadie puede guardar en exclusiva al resucitado. Sólo anunciándolo a los demás, María podrá, en adelante, conocer a su señor.

En estos diferentes relatos, los evangelistas nos dejan con las ganas de saber más cosas. Nuestra curiosidad queda insatisfecha: ¿qué es un cuerpo resucitado?, ¿cómo tuvo lugar exactamente la resurrección de Jesús?, ¿qué fue de su cadáver?... Si de lo que se trata es de reflexionar sobre estos problemas a la luz de la fe,

con seriedad y siendo conscientes de los límites del tema, la problemática es legítima. Lo que sucede es que los evangelistas se preocuparon únicamente de lo esencial. Como testigos de la fe apostólica en Cristo resucitado, vencedor de la muerte y viviendo para siempre por encima de ella, evocan el nacimiento de esta fe en la experiencia de los apóstoles. Pero de lo que se trata igualmente es de afirmar inmediatamente después que el resucitado está presente en nuestra vida de todos los días. «El cristiano conoce a Jesús en tanto en cuanto que es su testigo en el mundo» (J. Guillet). Como los apóstoles, como los discípulos de Emaús, como María Magdalena, también nosotros debemos vivir la experiencia de la presencia del resucitado, al encontrarlo personalmente en el bautismo y la eucaristía, sabiendo reconocerlo en el hermano que camina a nuestro lado, anunciándolo al mundo. Estos relatos de las apariciones no dirán probablemente nada a quien no ha experimentado en su vida la presencia del resucitado. Pero la experiencia de los primeros testigos, fundadora de la fe, dará también su sentido a nuestras propias experiencias, ya que vivimos de la misma fe: esta fe muestra que, como ellos, tuvimos razón al apostar nuestras vidas por Cristo resucitado.

V — *Esbozo de síntesis*

Acabamos de recorrer el difícil y largo camino de los textos del Antiguo y del Nuevo Testamento. Al estudiar el Antiguo Testamento, sentimos resurgir en nuestra conciencia nuestras más profundas aspiraciones, nuestras angustias, nuestras esperanzas de hombres, dándonos cuenta al mismo tiempo de la diferencia que existe entre el modo de expresarlas de aquellos textos y el del mundo actual. Más tarde nos pusimos a la escucha de los testigos de Jesús, que nos explicaban la profunda transformación que en ellos había supuesto el encuentro con el resucitado, expresándolo en un lenguaje que no era otro que el de las mismas escrituras. Si no olvidamos que éstas eran la expresión de nuestra propia esperanza, nos encontramos con que el Nuevo Testamento afirma que ésta ha sido realizada por la resurrección de Jesús.

Por ello, podríamos poner punto final a nuestra reflexión y dejar que cada uno viviera de la resurrección de Cristo en su acción y en su oración. Pero quizá sea necesario presentar conjuntamente, con otras palabras, lo que esta lectura de la escritura nos ha hecho vislumbrar. Este esbozo de síntesis es frágil; no es sino uno entre otros muchos. Si consigue que cada uno de nosotros logre expresar en su propio lenguaje lo que para él significa «Jesús ha resucitado», habrá cumplido con su misión.

Nuestro trabajo final constará de dos etapas. En primer lugar, intentaremos reunir todo lo que

el Nuevo Testamento nos dice de la «realidad» del misterio pascual, del sentido que tiene tanto para Jesús como para nosotros. Nos encontramos a nivel del misterio, perceptible únicamente en la fe.

Pero este misterio ha dejado huellas en nuestra historia. Por ello debemos plantearnos la siguiente pregunta: ¿cómo irrumpió en la historia humana y en qué sentido puede ser considerado como histórico?, ¿cómo llegaron a ser conscientes de él los apóstoles?, ¿cuál fue para ellos el aspecto visible del misterio invisible?...

A. LA PASCUA DE JESUS, MISTERIO REALIZADO EN EL SECRETO DE DIOS

Todos nosotros sentimos en nuestra más profunda intimidad un auténtico deseo de vivir, libres de toda alienación, tanto de las que se encuentran en nuestro propio interior como de las que nos vienen del exterior, al mismo tiempo que una aspiración real a ser nosotros mismos, plenamente transparentes, libres y gozosos, desprendidos de todas las limitaciones provenientes de la materia, del sufrimiento y del mal, deseamos profundamente construirnos a nosotros mismos en la relación con los demás, construyendo un mundo verdadero y fraterno en el que todos tengamos los mismos derechos...

Pero constatamos una y otra vez que todo

Histórico y real

No podemos menos de reconocer que los alemanes son gente con suerte. En efecto, para hablar de la historia tienen dos palabras: «historisch» y «geschichtlich». Algunos exegetas como Léon-Dufour proponen especializar dos términos de nuestras lenguas románicas: hablan de «histórico» (historisch) y de «real» (geschichtlich). Con tal de que no se fuerce mucho el asunto, esta distinción puede sernos útil.

Para nosotros, el adjetivo «histórico» significa habitualmente lo que se ve, lo que se toca, lo que pertenece al campo de la ciencia o de la historia del pasado. Lo «real» significaría todo lo que sucede a un ser transformándose en su vida personal o colectiva. Es cierto que estos dos términos son en parte equivalentes, pero no idénticos. Por ejemplo: el amor entre dos seres es algo ciertamente «real», que forma parte de su historia. ¿Quiere decir esto que sea «histórico», visible, comprobable? Existen, evidentemente, signos «históricos» de este amor, huellas visibles, como por ejemplo el hecho de que se abracen, que vivan juntos...

Pero estos signos son en sí mismos ambiguos. No podemos menos que interpretarlos refiriéndolos a la «realidad» invisible. Sucede a veces que nos vemos obligados a abrazar a alguien a quien no amamos mucho. El abrazo será signo de amor en cuanto yo sepa por otros conductos que de verdad se aman, ya que ellos u otros me lo han afirmado, es decir en cuanto yo «crea» a la realidad invisible. Por ello, el hecho de ver que se abrazan reforzará mi fe en su amor. Esto es más o menos lo que P. Ricoeur denomina «círculo hermenéutico»: para comprender hay que creer, y para creer hay que comprender. De hecho, sería mejor hablar de espiral, ya que al ir continuamente de uno a otro, progreso constantemente en el conocimiento de la realidad invisible. «Si reservamos el epíteto de 'histórico' para el conocimiento, para la certeza que podemos obtener de tal o de cual hecho, por los métodos históricos, diremos que lo que es histórico ha sucedido realmente, pero que todo lo que ha sucedido realmente no es necesariamente histórico. Todo lo que ha sucedido, digamos, lo 'real' es más amplio que lo histórico».

E. POUSSET.

esto termina en fracaso, debido a nuestras limitaciones humanas, las de nuestro ser material, las del pecado, y en última instancia las de la muerte.

Lo que transformó profundamente a los primeros cristianos fue la certidumbre de que un hombre, Jesús, que había vivido como ellos todas estas esperanzas y contradicciones, en adelante estaba vivo para siempre: Dios le había introducido en la vida definitiva. Su vida y su mensaje habían hecho que los jefes religiosos le condenasen a muerte: su resurrección aparece pues como la respuesta de Dios: su vida y su mensaje son el camino para entrar en la vida. Su paso de la muerte a la vida le atañía en primer lugar de manera personal, pero al mismo tiempo nos concierne igualmente a todos.

Detallemos brevemente cada uno de estos puntos.

1. Pasión y muerte de Jesús

La muerte de Jesús es la de un hombre que muere por sus ideas.

Jesús muere porque es hombre, porque como cada uno de nosotros formaba parte de la especie humana que tiene por destino culminar en el fracaso definitivo de la muerte.

«Hijo y todo como era, sufriendo, aprendió a obedecer», escribe el autor de la epístola a los hebreos (Heb 5, 7). Desde la revelación a Abraham y las primeras páginas del Génesis sabemos bien cómo debemos vivir nuestra condición humana: en la «obediencia», es decir, en una relación tal que nos haga capaces de responder desde lo más íntimo de nuestra existencia a la llamada que Dios nos hace. Pero, por otro lado, somos conscientes del cambio y de la conversión que esto nos exige: humanamente hablando esto es prácticamente imposible. A veces, por ello, tenemos ganas de responder a Dios: «Cuánto me gustaría verte en mi lugar...»

Ahora bien, en Jesús es Dios mismo quien toma nuestra condición humana y se pone en nuestro lugar. El Hijo de Dios se hace hombre para aprender lo que cuesta «obedecer».

Durante toda su vida, Jesús es «el hombre ante Dios» que vive plenamente su relación al Padre en la sumisión total a su voluntad y en la disponibilidad total a todos los hombres. Ante su muerte, experimenta todos nuestros sentimientos humanos; angustia, necesidad de no sentirse solo, sentimiento de ser «abandonado» incluso de Dios, al mismo tiempo que un esfuerzo de confianza en la fe pura...

A la vez, Jesús es **un hombre que muere por sus ideas**.¹ No muere, sino que lo condenan a muerte. Su muerte es la culminación lógica de su predicación, de sus opciones, de sus comportamientos, ya que todos ellos están en el polo opuesto de la ideología oficial.

Su proceso es un juego dramático. Israel espera un mesías que satisfaga todas sus aspiraciones, y Jesús será condenado porque se declara mesías. Israel tenía una idea bien precisa de la manera como Dios iba a realizar su esperanza; Jesús viene a realizar la promesa, pero de manera diferente a como se lo imaginaban. La opción, pues, que se presentaba a Israel era la siguiente: o encerrarse en sus ideas y matar a Jesús, o abandonar sus ideas, aceptando así entrar en el proyecto de Dios... Marcos, sobre todo, al presentarnos sistemáticamente su «secreto mesiánico», nos hace asistir y participar a esta dramática elección, ya que en definitiva se trata de nuestra propia opción.² En estas circunstancias, Jesús es condenado.

La diferencia es que esta muerte que Jesús prevé y ante la cual nada puede hacer, no es su-

frida pasivamente por él: **opta por ella**. La asume con toda lucidez y la convierte en ofrenda. Dios pedía al hombre (a «Adán») la «obediencia», y que viviese toda su vida en una actitud de ofrenda, de respuesta, en actitud de reconocimiento (o de eucaristía). Pero el pecado ha hecho imposible en nosotros esta actitud al encerrarnos en nuestra concepción propia del hombre; no podemos volver a encontrarla más que muriendo a esta humanidad. Al convertir su muerte en ofrenda, en eucaristía, Jesús da vuelta completamente a su muerte: da sentido al perfecto sin-sentido. La convierte en la suprema «obediencia».

Jesús vive todo esto personalmente, pero en completa solidaridad con todos los hombres. Se trata de la solidaridad que la escritura nos hace vislumbrar en los dos Testamentos a través de la imagen del «servidor que sufre», personaje que resume en su persona a todos los auténticos fieles del pueblo.³ Dios había anunciado a este personaje que lo iba a convertir en alianza para todos los pueblos. Al ofrecer su muerte, Jesús **se hace** realmente esta alianza renovada entre Dios y nosotros.

Todo esto fue lo que los apóstoles entendieron después de los acontecimientos de pascua. **La resurrección es para ellos la respuesta de Dios**. En su agonía, totalmente solidario de todos nuestros muertos, y a punto de creer que su pasión no había triunfado, que su vida había sido un fracaso, y que no había conseguido llevar a su pueblo a la «obediencia», Jesús, «con gritos y lágrimas clamó a quien podía librarle de la muerte»: «Padre, sácame de esta hora...» (Heb 5, 7 y Jn 12, 27). Y «Dios le escuchó teniendo en cuenta su obediencia» (Heb 5, 7).

Todo el Nuevo Testamento insiste en ello: la resurrección es la respuesta divina a la cruz; el que ha resucitado es el crucificado. «No es un muerto cualquiera el que ha resucitado. No es

¹ *O más bien por el «testimonio que ofrece» de Dios (1 Tím 6, 13), ya que no es testigo de sí mismo sino de Dios.*

² Véase la segunda lectura que nos propone J. DE-LORME, l. c.

³ P. E. BONNARD, *Le Second Isaïe. Gabalda, Paris 1972, 270.*

un muerto cualquiera el que ha amanecido en la resurrección. Se trata precisamente del **hombre que había sido crucificado; éste es el que ha entrado en la vida**, y es su muerte, la muerte de su amor obediente, la que se ha convertido en la muerte de la muerte»⁴

Así, pues, utilizando la expresión de la carta a los hebreos podemos decir que Jesús es el primero de los salvados, aquél en quien la salvación ha alcanzado su culmen de plenitud y de eficacia. Ha sido librado de la muerte y de todo aquello de la que ésta es símbolo (límites, fruto del pecado, odio, sufrimiento...). La muerte ya no es la muerte: se ha convertido en el paso —doloroso ciertamente— hacia la vida.

2. Resurrección - exaltación

Este acontecimiento encierra en sí mismo un profundo sentido tanto para Jesús como para nosotros.

a) Para Jesús

Empleando las categorías utilizadas por la escritura, y que hemos hecho nuestras a lo largo de nuestro estudio, podríamos decir que Jesús, por su resurrección, «existe», es decir que, transfigurado por el espíritu, puede por fin responder con todo su ser humano a la llamada decisiva por la que el Padre le interpela.

LA PALABRA DECISIVA DEL PADRE A JESUS POR EL ESPIRITU

Vimos anteriormente una de las maneras como la biblia expresa su concepción de las cosas: la creación del mundo y del hombre, la llamada de Israel a existir en el momento del éxodo, son otros tantos elementos del acto libre por el que Dios, interpelando a su creatura, le llama a existir en su respuesta de hombre libre.

La mañana de pascua, Dios se expresa de manera decisiva y definitiva por lo que respecta a Jesús, su Hijo-hecho-hombre, y Jesús alcanza totalmente su ser de Hijo al responderle desde lo más íntimo de su existencia de hombre transfigurado por el espíritu.

Es cierto que ya en su vida terrestre el Padre había llamado a Jesús: «tú eres mi Hijo...»: en el bautismo, cuando inaugura su función de mesías, y en la transfiguración, cuando este mesías se vuelve decididamente hacia Jerusalén para convertirse, por su muerte, en el servidor que sufre.

Pero ahora, en el silencio misterioso de la resurrección, Dios puede dirigirle la palabra decisiva: «tú eres mi hijo, yo te he engendrado hoy» (Hech 13, 33; Heb 1, 5). Este «nombramiento» puede tener dos sentidos.

- Dios constituye a Jesús «Hijo de Dios», entendiéndolo como mesías, hijo de David, señor sobre el mundo entero, como lo anunciaba el salmo 2. De esta forma se realizaban los planes que Dios había preparado cuidadosamente desde los albores de los tiempos en beneficio de la humanidad y del mundo: «el día de Dios» (es decir, al final de los tiempos), Dios, por su mesías, establecería su reino sobre el mundo entero, un mundo transfigurado en el que ya no habría ni lágrimas ni muerte, un mundo fraternal, en el que, según la expresión bíblica, «el león pastaría con el cordero» (Is 11).

Se declara pues a Jesús mesías en acto; este mundo nuevo comienza aquí y ahora su existencia.

- Pero quizá sea posible entender esta frase «tú eres mi Hijo...» en un sentido más fuerte todavía, aunque no sea fácil apreciar bien el contenido exacto y sus propios contornos.

Todas las imágenes que emplea el Nuevo Testamento («subir al cielo», «entrar en la gloria»...) hacen vislumbrar que en Jesús se ha operado un cambio realmente profundo. «Jesús resucitado

⁴ H. SCHLIER, La resurrección de Jesús-Christ. *Salvator*, Mulhouse 1969, 40.

ha entrado realmente en un nuevo modo de presencia en cuanto al conocimiento y al amor de su Padre». ⁵ «Primogénito de entre los muertos» (Col 1, 18), es el nuevo Adán, el primer hombre de una humanidad nueva.

Dios, que a lo largo y ancho de todo el Antiguo Testamento se había revelado como el Dios viviente, el que da la vida, manifiesta de esta manera el poder vivificante de su espíritu. Anteriormente había mostrado a Ezequiel, en visión, cómo los muertos volvían a la vida al ser invadidos por el espíritu (Ez 37). San Pablo es el que más insiste en que la resurrección es obra del espíritu de Dios (véase por ejemplo Rom 8, 11). Jesús resucitado no morirá ya más, porque este poder de vida, el espíritu de Dios, se ha convertido en su principio de vida (Rom 6, 9).

A partir de ese momento, Jesús puede responder a la llamada del Padre.

LA RESPUESTA DEFINITIVA DE JESÚS A SU PADRE, EN EL ESPÍRITU

Al principio de nuestro trabajo habíamos formulado un sueño: si un día recibiéramos en nuestro interior una llamada tan poderosa que nos alcanzase hasta lo más profundo de nosotros mismos y si pudiéramos responder en una transparencia total, a partir de ese momento empezaríamos a vivir realmente. Esto es lo que sucedió con Jesús. A partir de ese momento, el espíritu le invade y le transforma. Todo su ser humano, hecho pura transparencia gracias al espíritu, puede responder totalmente a su Padre, existir por él.

Es cierto que el Hijo, desde siempre, responde a su Padre en el seno de la Trinidad y, en cuanto hombre, este Hijo-encarnado, durante su vida terrestre, vivía su relación filial plenamente.

Sin embargo, «por su abajamiento» (Fil 2, 6-11), «aceptado libremente, su intimidad con el Padre experimentaba ciertos límites, un cierto malestar, una incapacidad de desarrollar todas sus posibilidades, de instalarse plenamente en el otro y vivir con él una transparencia total» (J. Aubry, 74). Hasta entonces, como dice el autor de la carta a los hebreos, el ser de Jesús estaba «hecho por mano de hombre» (Heb 9, 11; 10, 22), pertenecía a esta creación, como cada uno de nosotros, al haber nacido de María, «nacido de la raza de David según la carne» (Rom 1, 3). Su realidad corporal, condición de su relación a los demás hombres y al mundo, le ponían en una situación limitada, precaria.

En estas circunstancias, totalmente transparente a la acción del espíritu, puede volverse hacia su Padre como Hijo, con todo su ser humano y con un «cuerpo espiritual» (1 Cor 15, 44), responderle con todo su amor en una «obediencia» o en una «eucaristía» perfectas. «Un hombre de nuestra tierra y raza se convierte en la cumbre efectiva de la creación entera, incluso angélica, al ocupar su puesto en el seno del Padre. Una conciencia humana, alimentada progresivamente de nuestra experiencia histórica, debido a su inmersión en las cosas visibles y al diálogo con las gentes de la tierra, entra en la plenitud de la gloria eterna y este trozo de tierra transfigurada constituye los cimientos mismos del cielo. Fantástica exaltación de la humanidad entera, del cuerpo humano, de la misma materia unida al cuerpo» (J. Aubry, 78).

De esta manera empezamos a darnos cuenta de que la resurrección de Jesús nos concierne a todos.

b) La resurrección de Jesús nos concierne

La experiencia de Jesús constituye para nosotros, antes que nada, un signo. Dijimos anteriormente que para comprender verdaderamente lo

⁵ J. AUBRY, Valeur salvifique de la mort et de la résurrection de Jésus: *Assemblées du Seigneur*, n. 24 (1969) 66-81. No podemos menos de aconsejar la lectura de este excelente artículo.

El cuerpo

Corrientemente solemos decir «tengo un cuerpo, tengo un alma», como quien dice «tengo un coche...» Pero el problema es serio. El cuerpo, ¿es algo más que un simple vestido que recubre el alma, una especie de material «independiente» que se deja en el cementerio el día de la muerte? ¿Cuál es la razón por la que, partiendo de esta concepción, quisiéramos recuperar nuestro cuerpo el día de la resurrección?

La mentalidad semita y bíblica, así como la mentalidad moderna que en este punto está muy cerca de ellas, es muy distinta: «soy un cuerpo, soy un alma». Así se expresan. Mi cuerpo no es algo diferente de mí mismo: «el que se expresa soy yo», «soy yo quien ama, quien actúa».

Soy yo, y sin embargo no soy yo, ya que por otro lado no puedo menos de reconocer que este cuerpo mío supone para mí pesadez, limitaciones, opacidad; impide mi transparencia y me traiciona, ya que constituye la materia de la que estoy hecho y el pecado que realizo.

Mi cuerpo me enraiza en el universo material. Como las piedras y los animales, soy materia. Mi cuerpo es a la vez elemento limitador, haciéndome ser tal hombre y no otro, confinándome a existir en tal sitio, limitando al mismo tiempo mis posibilidades de comunicación con los demás; pero al mismo tiempo es mi lazo de unión con el universo y con los demás. Cuerpo = instrumento de comunicación y de ruptura...

Mi cuerpo es también el «yo que realiza el pecado» cerrándome al otro, destruyéndome...

Por ello, decir «soy un cuerpo» constituye una afirmación, pero también algo más: supone al mismo tiempo voluntad y victoria.

A veces oímos decir de alguien que es «una persona con presencia». Esto quiere decir sencillamente que su cuerpo está en armonía con su libertad interior, que su cuerpo representa su auténtica personalidad en el sentido más profundo de la palabra. Esto lo experimentamos muchas veces al recorrer un álbum de fotografías, por ejemplo. Cuando se ven ciertas fotografías de P. de Foucauld en los diferentes momentos de su vida, se vislumbra, se «ve» su figura, y a través de ella su ser entero, su auténtica persona. Esa es la diferencia fundamental que existe entre una representación «mímica», por muy perfecta que sea, pero en la cual el

cuerpo no es sino un instrumento que se utiliza, un «material» técnico, y la «expresión corporal» en la que se puede leer directamente el ser interior, sus sentimientos y su espíritu. Quizá sea ésta una de las mejores analogías para poder entender el misterio de la transfiguración (que es por su parte una especie de anticipación de la resurrección): Jesús se identifica hasta tal punto con su cuerpo que éste es capaz de revelar a los extasiados discípulos el diálogo interior de Jesús con Moisés y Elías.

Reflexionando en este sentido, podemos darnos cuenta del drama que supone la muerte: si no puedo expresarme corporalmente, no soy nada; pero al mismo tiempo nos permite darnos cuenta de la importancia de la resurrección que nos posibilita llegar a ser como dice Pablo «cuerpo espiritualizado», es decir cuerpo que coincide totalmente con el espíritu que constituye su realidad.

No podemos imaginarnos ciertamente a Cristo resucitado, pero podemos vislumbrar lo que tiene que ser un cuerpo en el que han sido superadas todas las limitaciones y opacidades: se convierte en expresión auténtica de su libertad interior.

Por ello, al mismo tiempo, el mundo material incluso resulta transfigurado. «Un cuerpo es un centro de relaciones con el universo entero, mundo físico y mundo humano; si el cuerpo de Jesús ha resucitado (es decir, si ha sido transformado y penetrado por la vida divina), quiere decir que todo el conjunto de relaciones con el universo es al mismo tiempo transformado en Dios. La resurrección de Cristo es una renovación del universo entero. En Jesucristo y por él; pero no todavía para los discípulos y para nosotros; por lo menos en la medida en que ni los discípulos ni nosotros no hemos sido todavía confirmados en la fe. Por ello, esta transformación se nos presenta como un acontecimiento localizado y limitado a la persona individual de Jesús; lo que sucede es que, faltos de fe y por ello imperfectamente muertos en Jesucristo, no conseguimos todavía alcanzarle en su misterio de señor universal».¹

Por tanto, querer imaginar nuestro cuerpo resucitado partiendo de lo que somos es un falso camino. Por el contrario, es el cuerpo resucitado de Jesucristo el que nos dice, de antemano, lo que somos, o más bien aquello hacia lo que tendemos.²

¹ E. POUSSSET, «Le Christ est ressuscité»: Cahiers d'Action religieuse et sociale (1972) 201.

² Véase el interesante ensayo de J. LE DU, «Notre corps, a-t-il un avenir?»: Aujourd'hui la Bible, n. 13, 23-28.

que somos y el sentido de la historia, sería necesario poder situarnos al final de dicha historia. Ahora bien, lo que Jesús vive es precisamente lo que Dios había prometido para el final de los tiempos. En su resurrección, tenemos **ante nuestros ojos hecho realidad el acontecimiento del fin**. En el resucitado podemos ya contemplar el término hacia el que caminamos. Lo que se nos descubre es ni más ni menos que todo el sentido de nuestra existencia de hombre, personal y colectiva. En él sabemos, mejor dicho, «vemos» que la muerte es algo más, tiene otra cara oculta: la muerte es un nuevo nacimiento, desemboca en un «ser más». En él contemplamos la vida de un hombre que ha triunfado, tal y como Dios nos lo había revelado en los albores del Génesis: un hombre que existe totalmente transparente para consigo mismo, totalmente orientado hacia Dios y hacia los demás, sin límites, en perfecta comunión con todos los seres y con el universo entero, con su cuerpo espiritualizado que no constituye ya un límite sino más bien un medio de comunión con todos los demás, ya que ha sido absorbido en la gloria de Dios.

Su resurrección constituye, en efecto, la anticipación de la nuestra. Una vez más, tenemos que echar mano de las imágenes bíblicas, al no tener a nuestra disposición ningún medio humano de comparación, ya que, por otro lado, recibimos el mensaje de la revelación en la fe. Es sobre todo Mateo el que nos presenta al resucitado como al hijo del hombre glorificado. Durante su vida terrestre, Jesús se había aplicado este título, proclamándolo solemnemente ante el sandedrín (Mt 26, 64). Pero de hecho no lo era todavía más que en esperanza. Por su resurrección, Jesús es introducido realmente en el seno de Dios. Como hijo del hombre, reúne en sí a todos aquéllos que al final de los tiempos serán igualmente introducidos en la gloria de Dios para vivir eternamente con él. De esta forma, lo que un

día seremos todos nosotros se realiza ya en él. En él son todos los hombres los que entran en la gloria de Dios. Cierto que el cristiano continuará sufriendo la muerte, pero ya no podrá ser sorprendido por ella, ya que de antemano la ha vivido en Jesús, «el servidor que sufre»; de acuerdo que el cristiano pueda maravillarse al ser introducido en la gloria de Dios; pero no le extrañará, ya que, desde ahora, en Jesús, «hijo del hombre», «Dios nos dio vida con el mesías, con él nos resucitó y con él nos hizo sentar en el cielo» (Ef 2, 5-6).

De esta forma, en Jesús resucitado **se ha realizado todo**. Dios ha cumplido su promesa para él y para nosotros.

Y sin embargo, **todo queda aún por hacer**. Entre los teólogos recientes que más nos han sensibilizado en este aspecto de la realidad, hay que señalar de manera especial a J. Moltmann. Lo que se ha realizado en Jesús, no hace sino exasperar nuestra espera e incitarnos a trabajar para que la promesa se realice. «La espera cristiana no tiene otro objetivo que Jesucristo que ya vino, pero al mismo tiempo espera de él algo nuevo que todavía no ha tenido lugar: espera la realización en todas las cosas de la justicia prometida por Dios, y el cumplimiento de la resurrección de los muertos prometida en su resurrección, así como el cumplimiento de la soberanía del crucificado sobre todas las cosas, prometida al ser elevado a la gloria».⁶

Así, pues, si tomamos en serio la resurrección de Cristo, nuestra esperanza es al mismo tiempo exigencia de «transformación histórica de la vida». «Contiene por tanto, necesariamente, una **vertiente política**. La esperanza es como la «vanguardia» de la historia, que combate el presente para hacer presente el futuro. Los cristianos son los testigos de una promesa, fuente de

⁶ J. MOLTSMANN, Teología de la esperanza. *Sigueme*, Salamanca 1969.

novedad en la historia, ofreciéndole un futuro posible. La teología de la esperanza desemboca en una teología de la misión de la iglesia. Esta debe anticipar ya desde ahora las posibilidades de futuro contenidas en el acontecimiento «Jesucristo». «La escatología del Nuevo Testamento (es decir, el fin de los tiempos realizado en Jesús) transforma, sin suprimirlas, las promesas del Antiguo Testamento que anunciaban la reconciliación de la humanidad incluso en el plazo de la historia». De ahí resulta que la noción de salvación adquiere más amplias dimensiones: «si tomamos en serio este telón de fondo profético y escatológico sobre el que se sitúa la predicación del evangelio por los cristianos, debe precisarse al mismo tiempo la finalidad de la misión cristiana. Su finalidad es la reconciliación con Dios (2 Cor 5, 18s), el perdón de los pecados y la supresión de la impiedad; pero la salvación debe ser entendida al mismo tiempo en el sentido que le daba el Antiguo Testamento y resumido en el término **shalom**: lo cual supone no solamente la salvación del alma, liberación individual gracias a la huida de un mundo perverso, consuelo exclusivo de almas angustiadas, sino además y sobre todo realización de una esperanza escatológica de justicia, de humanización del hombre, de socialización de la humanidad, de paz en toda la creación».⁷

Todo ha sido ya realizado en Jesús, ya hemos resucitado en él, y, sin embargo, somos enviados para realizar todo eso, ya que la promesa no ha sido realizada plenamente todavía. Pero ¿cómo nos comunica el resucitado efectivamente su gloria y nos envía en misión?

3. Resurrección y pentecostés

Por su resurrección, Jesús se convierte en

⁷ Cf. G. GEFRE, *Un nouvel âge de la théologie. Cert*, Paris 1972, 109-112.

un «ser espiritual», pero también en «espíritu que da la vida» (1 Cor 15, 45). «Exaltado así por la diestra de Dios, ha recibido del Padre el Espíritu Santo que estaba prometido y lo ha derramado: esto es lo que estáis viendo y oyendo», declara Pedro la mañana de pentecostés (Hech 2, 33).

Por su resurrección, **Jesús es constituido señor sobre el mundo entero**. Y lo es efectivamente por su espíritu. Este se apropia de la obra histórica de Jesús y la lleva a su plenitud, realizándola en el destino de la humanidad. «El espíritu interioriza en el corazón y el destino de los creyentes el acontecimiento histórico de pasqua». El espíritu es el medio por el que el Señor prolonga en el presente de la iglesia el hecho histórico del pasado, su muerte-resurrección, reviviendo constantemente su eficacia salvadora. Por ello, si el Señor puede estar con los suyos «hic et nunc», lo puede únicamente gracias a su espíritu.⁸

Esta acción del espíritu se concreta particularmente en dos aspectos de la vida eclesial: **dando vida a la palabra del que anuncia el evangelio**, y dotándola de la eficacia que Pablo constata a propósito de su predicación (1 Tes 1, 5; 2, 13), logrando de esta manera que la resurrección alcance a todos los hombres gracias a la palabra que la proclama.

Por otro lado, el espíritu hace suya la palabra del celebrante **en el corazón de la eucaristía**, para que, gracias al memorial del misterio pasqual, éste pueda estar presente efectivamente y saquen provecho de él todos los que participan.⁹

⁸ J. M. R. TILLARD, *L'Eucharistie et le Saint-Esprit: NRT (1968) 367-368.*

⁹ *Sobre la función del Espíritu Santo, tantas veces ignorado por los católicos, pueden leerse varios trabajos de P. TILLARD: el artículo citado en la nota precedente (excelente con abundantes citas de los padres); Proclamation de la parole et événement sacramental: Assemblées du Seigneur, n. 3 (1969) 83-115; Là où est l'Esprit de Dieu, là est l'Eglise: Parole et Pain n. 44 (1971) 156-172.*

B. LA PASCUA DE JESUS: ACONTECIMIENTO HISTORICO

El amor es algo ciertamente «real», al mismo tiempo que misterio indivisible vivido por dos seres. Pero esta realidad tiene también una cara visible, «histórica»: signos, ambiguos pero reales, que nos permiten reconocerlo.

Acabamos de reflexionar sobre una serie de aspectos de la resurrección de Jesús que no pueden ser reconocidos y vividos más que en la fe. Pero este acontecimiento «real» tuvo lugar, surgió en nuestra historia gracias a dos signos de importancia desigual: la existencia de una comunidad de creyentes y el sepulcro vacío.

1. La existencia de una comunidad de creyentes

Nos encontramos ante un hecho que necesita ser explicado. En los textos, en efecto, se nos muestra a los discípulos abandonando a su maestro, dispersándose cada uno por su lado, volviendo a sus casas, como los que se separan tristemente después de haber vivido una hermosa aventura y de haber caído en la cuenta de que no se trataba más que de un sueño: «nosotros esperábamos...».

Días después, nos los encontramos formando una comunidad, proclamando con toda osadía en Jerusalén, e incluso delante del sanedrín en pleno que había condenado a Jesús, que éste está vivo. El grupo de pescadores y labriegos, no muy cultivados por cierto, tímidos y sumisos a las autoridades religiosas, se convierte en un puñado de ardientes propagandistas, desafiando la ortodoxia religiosa, capaces de anunciar su mensaje hasta los confines del mundo y alcanzar el martirio...

Muchas explicaciones podemos buscar para este fenómeno. Pero, ¿no será más prudente y sensato examinar en primer lugar las explicaciones que los protagonistas mismos nos ofrecen?

Historia y fe

Tomenos cualquier manual de historia usado en cualquiera de los cursos de EGB; en todos ellos generalmente se habla del nacimiento del cristianismo. Todos los manuales, de una manera o de otra, presentan dos hechos como realmente históricos:

* *Por los años 30, un hombre llamado Jesús, vivió y predicó, siendo seguido y escuchado por un puñado de discípulos. Fue crucificado siendo gobernador Poncio Pilato.*

* *Años más tarde, sus discípulos comienzan a proclamar que está vivo, que es Hijo de Dios. Es el comienzo de las iglesias cristianas.*

De esta forma, el problema está bien planteado. La existencia de Jesús es un hecho histórico, e igualmente la existencia de la iglesia. El historiador, creyente o no, reconoce también como histórica la interpretación de la vida de Jesús dada por sus discípulos: es un hecho, que éstos proclaman que Jesús está vivo.

En este punto abandonamos el campo de la ciencia histórica para pasar al campo de la fe o de la incredulidad: en cuanto historiador, reconozco que los discípulos dan esa interpretación y, personalmente, me adhiero a ella por la fe, haciéndome cristiano, o por el contrario no me adhiero a ella y busco otra explicación para este fenómeno.

a) «Algo les sucede a los discípulos que les obliga a superar sus dudas

Al leer los diversos relatos de las apariciones, constatamos que difieren en muchos detalles: cada uno de los evangelistas ha resumido en una sola escena (o en dos, en Juan), escena que la sitúa en Galilea o en Jerusalén, según su propia teología, todo lo que los apóstoles afirmaban haber descubierto a lo largo de múltiples apariciones. Ahora bien, una cosa aparece en todos los relatos: la duda de los apóstoles. (Incluso en el relato de Mateo, que, construido partiendo del esquema de «exaltación», no era muy apto para ello, de donde viene la dificultad de los traductores [Mt 28, 17].) No es posible que

esta duda haya sido inventada por los primeros cristianos, ya que va en contra de la tendencia general de los relatos que intentan presentar a los discípulos de la mejor manera posible.

Hay «algo», pues, que les ha llevado a la certeza de que Jesús, al que habían visto muerto, ha resucitado. De lo contrario, su cambio de actitud sería un auténtico enigma de la historia.

b) Los apóstoles no esperaban la resurrección de Jesús

Las novelas históricas de hace años son francamente cómicas: se nos presenta a los apóstoles, después del viernes, esperando tan decididamente la resurrección que terminan creyendo que lo que esperan se ha realizado. Pero ya vemos que «al tercer día» no significa para ellos «el día siguiente de pasado mañana», sino «el día —el del fin de los tiempos— en el que Dios daría la vida a los muertos». Hasta tal punto estaba lejos de su imaginación que Jesús podía resucitar el domingo, que se vuelven a Galilea (según Mc, Mt y Juan 21). Incluso Lucas nos dice que Pedro se volvió a «su casa» (24, 12), es decir, a Cafarnaún (cf. Lc 4, 38). No solamente no se lo esperaban, sino que cuando Jesús se presenta ante ellos no lo creen. Según la tendencia de la tradición, Lucas intenta disculpar a los apóstoles; pero no lo hará sin señalar, a pesar de todo, sus dudas (más sencillamente hubiera sido callarlas); Lucas resuelve el problema atribuyendo la duda de los apóstoles a su alegría.

c) Ese «algo» les desconcierta

Esto quiere decir sencillamente que este «algo» no es lo que ellos hubieran podido después transformar en realidad.

Comparemos este acontecimiento con otros que ya conocemos.

En los relatos de nuestros textos, vemos que los apóstoles y discípulos ni se asustan ni des-

conciertan por las «apariciones» de los ángeles: en su mentalidad es algo totalmente normal.

Los tres discípulos ni se desconciertan ni dudan ante la «aparición» de Moisés y Elías el día de la transfiguración. Estos dos santos, después de su muerte, han entrado en el mundo de Dios, y en él viven de manera un tanto misteriosa. Que los ángeles o los santos se les manifiesten, les parece maravilloso, pero no desconcertante (Mt 17, 1-13).

Tampoco se desconciertan ni dudan ante la «resurrección» del joven de Naín (Lc 7, 11-17). Esta «vuelta a la vida anterior» les parece «milagrosa», con su propio sentido, pero puede admitirse sin dificultad.

Ahora bien, ante las apariciones de Jesús se sienten desconcertados. Se trata pues de algo totalmente distinto de sus experiencias precedentes.

No se trata de una simple supervivencia de Jesús, quien después de su muerte habría entrado en el mundo de Dios, como Moisés y Elías. No se trata de un milagro de «vuelta a la vida anterior» (debiendo morir otra vez, como en el caso del joven de Naín). Se trata de algo tan maravilloso y que les deja tan perplejos, algo nuevo que no encuentran las palabras necesarias para explicarlo; a tientas van buscando diversas expresiones que les ayudan a vislumbrar un poco lo que ellos mismos habían percibido: Jesús ha resucitado, Dios le ha glorificado, exaltado, está vivo, nos espera e interpela en nuestras propias vidas... Se trata pues de un acontecimiento nuevo y único.

d) Jesús, vivo, es un «cuerpo espiritual»

Para los discípulos, semitas como son, si Jesús está vivo, no puede estarlo más que con todo su ser, con toda su persona. Intentan hacérselo comprender hablándonos de visión, de tocar. No es ningún fantasma, pues se le podía tocar y comer con él. Pero, al mismo tiempo,

Pablo frente a su propia muerte (¡o a su resurrección!)

Los corintios preguntan a Pablo: «¿con qué cuerpo volverán los muertos en la resurrección?» Por ello, Pablo debe partir de ese término: «cuerpo» (más griego que semita), e intentar una explicación con las imágenes y el lenguaje de que dispone en su propio acervo cultural: *el cuerpo futuro no será semejante al cuerpo actual; es como el grano de trigo que se siembra y que, por el poder de Dios, nacerá como una planta. «El cuerpo sembrado corruptible resucitará incorruptible... sembrado como cuerpo animado resucitará como cuerpo espiritual». 'El sentido de la expresión «cuerpo espiritual», única vez que aparece en el Nuevo Testamento, es difícil de precisar: el alma era el principio de vida del cuerpo terrestre; el espíritu será el principio de vida del cuerpo futuro (sin olvidar que cuerpo y alma son inseparables para un semita). Pero, por encima de los datos concretos culturales, lo más importante para Pablo es la identificación con Cristo. Nosotros, imagen del Adán terrestre (sacado del polvo de la tierra), seremos constituidos a imagen del que viene del cielo: Jesucristo, el cual, por su espíritu, da la vida (1 Cor 15, 35-49).*

La muerte era el gran enemigo del hombre (ya que le privaba de toda conciencia, de toda capacidad de vida), pero ha sido vencida por Cristo, y Pablo termina con un himno de triunfo y de acción de gracias inspirado en los profetas Isaias y Oseas: «Se aniquiló la muerte para siempre. Muerte, ¿dónde está tu victoria? (1 Cor 15, 54-55).

Pablo pues está seguro de vivir con Cristo, de estar con él para siempre (cf 1 Tes 4, 17). Ya desde ahora experimenta esta vida con Cristo y su mayor deseo sería juntarse con Cristo para vivir definitivamente y totalmente con él. Pero es ahí donde se plantea un problema para el Pablo semita: si la resurrección futura se alarga y debe antes pasar por la muerte, ¿no significa esto perder la conciencia, en definitiva no existir? Por su parte Cristo, que es «la primicia de los que se durmieron» (1 Cor 15, 20), ha resucitado ya desde ahora y vive completamente de la vida del espíritu; ahora bien, Pablo no espera esta vida total más que para el día de la resurrección

futura. Entonces, si en lugar de pasar directamente de esta vida a la otra vida, hay que sufrir la muerte, ¿qué va a suceder entre los dos momentos.

Atormentado por el deseo ardiente de ponerse un vestido de eternidad por encima de su vestido actual (su vida terrestre), Pablo clama: «con tal de que se nos encuentre en el momento clave vestidos y no desnudos» (2 Cor 5, 3). ¿Habrà pues un momento en el que, después de haber perdido su existencia terrestre (su cuerpo actual) y no habiendo llegado todavía a la posesión de su cuerpo glorioso, deje de existir su conciencia? ¿Existirá un momento en el que no pueda amar a Cristo? Es interesante reconocer que Pablo es capaz de superar esta inquietud: «Dios nos ha dado las arras del espíritu. Por ello estamos siempre llenos de confianza... aunque preferiríamos el destierro lejos del cuerpo y vivir con el Señor. En todo caso, sea en este domicilio o en el destierro, nuestro mayor empeño es agradecerle» (2 Cor 5, 5-6).

En otras palabras, para Pablo es inconcebible que pueda verse privado de esta vida del espíritu que Cristo le ha otorgado y por la que puede decir: «¡Abba!, ¡Padre!» (Rom 8, 15). De esta manera, va más allá de la problemática en la que le encerraban sus viejas concepciones semíticas. Lo fundamental es agradar al Señor, adherirse a su persona. No puede verse separado de Cristo, de quien ha recibido las arras del espíritu, incluso si muere antes de la resurrección futura. Nos encontramos ante un grito de fe que se sitúa en la línea de los grandes clamores de esperanza del Antiguo Testamento (cf. Salmo 73, 24-26), y que está fundado en la certeza de que la vida de Cristo no puede serle arrebatada. Por eso repetirá a los filipenses: «Porque para mí, vivir es Cristo y morir ganancia» (Fil 1, 21).

Todos sabemos que el problema de cómo se puede sobrevivir entre el momento de la muerte actual y la resurrección es un problema clásico de la teología. Hoy en día, muchos piensan que se trata, de hecho, de un problema falso cuyo origen estaría en nuestra concepción del tiempo (al morir, salimos del tiempo). Por ello, es tanto más instructivo ver cómo Pablo resolvió existencialmente este problema que también le atañía personalmente.

Annie JAUBERT

tiene una vida nueva, totalmente nueva. Jesús se hace presente donde, cuando y como quiere.

Por su parte, Pablo utilizará una expresión contradictoria para nuestras mentalidades occidentales para expresar esta realidad: Jesús es un «cuerpo espiritual» (1 Cor 15, 35-49).

Pero este ser totalmente nuevo continúa siendo a la vez el mismo; ahora bien, los apóstoles no pueden reconocerlo más que en la fe. «Dios hizo que se dejara ver, declara Pedro, no de todo el pueblo, sino de los testigos que él había designado...» (Hech 10, 41). El conocimiento que anteriormente tenían de él pasa a un estadio nuevo al reconocerle. Si Pilato y Caifás se hubieran encontrado en el cenáculo en el momento de las «apariciones», ¿habrían «visto» a Jesús? Los compañeros que van con Pablo a Damasco no «ven» al resucitado, sino solamente constatan el trastorno que su visión provoca en Pablo.

La existencia de la comunidad cristiana es pues el primer signo «histórico» que aparece del misterio pascual; está basado en la experiencia fundamental que ha originado la iglesia, la de los testigos, y que ninguno de nosotros podemos tener.

Pero existe también otra huella «histórica» de menor importancia, que conviene asimismo señalar.

2. El sepulcro vacío

El hecho de que el sepulcro fuera hallado vacío no prueba sino que dicho sepulcro estaba... ¡vacío! Ahora bien, ¿cuál es la razón?, ¿son los judíos los que han robado el cuerpo?, ¿o sus discípulos? El sepulcro vacío, ¿quiere decir que ha resucitado? Se trata de una pregunta a la que se responde de manera diferente en función de nuestra propia fe o no-fe en la resurrección.

La significación del hecho se sitúa pues en el plano de la fe, pero el hecho en sí, ¿puede ser considerado históricamente?

En nuestros días, se oye decir a veces que el cadáver de Jesús se quedó en el sepulcro como el de todos los demás. Esta afirmación, con matices de perogrullada, subraya sin embargo un aspecto esencial de la resurrección de Jesús: ésta no es la pura y simple reanimación de un cadáver. De todas maneras, esta afirmación va contra todos los resultados de la exégesis.

El relato de la visita de las mujeres al sepulcro contiene ciertamente una serie de rasgos, fruto de una elaboración redaccional; su finalidad primera es proclamar la realidad del misterio. Es posible admitir la hipótesis de varios especialistas que piensan que el relato es un eco de una «celebración litúrgica» en el sepulcro con motivo de una peregrinación, pero el problema continúa, ya que entonces debemos explicar el porqué surgió esta costumbre de la peregrinación al sepulcro vacío. J. Delorme, al final de un estudio técnico sobre el asunto, concluye: lo más sencillo es «admitir el recuerdo de un hecho, la visita de las mujeres al sepulcro donde no encontraron el cuerpo de Jesús. Este recuerdo fue iluminado después por la fe, fruto de las apariciones, y más tarde tomó forma en un relato adaptado a la predicación y a la meditación del misterio de la resurrección, a propósito del sepulcro de Jesús».¹

En efecto, difícilmente podemos imaginar cómo habría podido nacer una leyenda de este estilo; si realmente se trataba de leyenda: ¿cómo es posible que los cristianos hubieran podido predicar una cosa así sin exponerse a que en Jerusalén mismo se lo desmintieran en sus propias barbas? Según la tradición evangélica, que nació en el fuego de la violenta discusión que oponía a cristianos y autoridades judías, éstos no desmintieron nunca el hecho, lo único que

¹ J. DELORME, *Résurrection et tombeau de Jésus, en La Résurrection du Christ et l'exégèse moderne. Cerf, Paris 1969, 105-151 (la cita se encuentra en la 143).*

hacían era buscarle otra explicación («los discípulos han robado el cuerpo»).

Para nosotros, occidentales, no es difícil imaginar que Jesús hubiera resucitado aun cuando su cuerpo siguiera permaneciendo en la tumba: todos nosotros creemos en nuestra propia resurrección y sin embargo vemos cómo los huesos se van quedando en sus respectivas fosas. Con todo, un judío del primer siglo era incapaz de pensar así. De todas maneras, hay un hecho que los textos afirman con toda claridad: el sepulcro estaba vacío; sería una especie de **testimonio «a contrario» de la resurrección**: la muerte es vencida en su propio campo, en el cuerpo del que se había apoderado el viernes santo.

Todas las tentativas y la explicaciones naturales que pretenden dar razón de la desaparición del cadáver no hacen sino regar fuera de tiesto. La única cosa que podemos hacer es buscar el porqué, la significación que este hecho puede tener para nosotros. No se trata de la pura y simple reanimación de este cadáver, ni de su disolución en el universo, como sucede con los nuestros. «En la muerte, el cadáver **pertenece al universo**, pero en la resurrección es más bien el universo el que **pertenece a Cristo**, partiendo del propio ser de éste».² **El universo material, por medio de este cuerpo de Cristo, transfigurado por el Espíritu Santo, pasa a la vida de Dios.** Es la célula de la que surge un mundo nuevo, inaugurando así la «nueva creación».

Esta era una de las fundamentales intuiciones de san Pablo. «Nosotros, en cambio, aguardamos como salvador al señor Jesús, el mesías; él transformará la bajeza de nuestro ser, reproduciendo en nosotros el esplendor del suyo, con esa energía que le permite incluso someter el universo (Fil 3, 21), ya que «todo fue creado por

él y para él... y todo tiene en él consistencia» (Col 1, 15-20), es decir: él es el principio mismo de la cohesión del universo. Esto es lo que quería decir Teilhard cuando escribía: «Señor, en un universo que se iba descubriendo a mí en estado de convergencia, vos tomasteis, por derecho de resurrección, el puesto clave del Centro total en quien todo se reúne».³

La resurrección de Cristo es por ello el «sacramento», el signo eficaz de nuestro paso, junto con todo el universo, a la vida de Dios.

Y la **eucaristía** constituye para nosotros, ya desde ahora, el sacramento, el signo eficaz de Cristo resucitado. A partir de pascua, Jesús puede decir con todo derecho: «yo soy mi cuerpo»; este cuerpo, irradiación total del Espíritu Santo, es la expresión perfecta de sí mismo y de su libertad interior. La noche de la cena, anticipando para nosotros su muerte y su resurrección, Jesús dice a propósito del pan: «esto es mi cuerpo». El cuerpo de Cristo en la eucaristía es su cuerpo resucitado después de haber pasado por la muerte. Por ello, nosotros, en la eucaristía, en la fe, reconocemos que un trozo del universo ha sido totalmente «cristificado», totalmente «sometido» al resucitado, como dice Pablo, signo eficaz de la presencia del Señor glorificado.

El es pues la **presencia dinámica de la que brota el espíritu**, como el día de pentecostés, para transformarnos en ese cuerpo de gloria, para enviarnos a trabajar con todos los medios a nuestro alcance para que el mundo entero, la humanidad y el universo realicen su paso, su «pascua» a la gloria de Dios.⁴

³ Le Coeur de la Matière, citado en P. TEILHARD de CHARDIN, Je m'explique. Seuil, Paris 1966, 224.

⁴ Sobre la relación existente entre resurrección y eucaristía puede consultarse el libro un tanto difícil pero excelente de G. MARTELET, Résurrection, Eucharistie et genèse de l'homme. Desclée, Paris 1972, así como los artículos de J. M. R. TILLARD citados anteriormente.

² E. POUSSET, Résurrection de Jésus et message paschal. A propos d'un livre récent: NRT (1972) 104.

El cristianismo es “en primer lugar un encuentro personal con el resucitado, un reconocimiento del Dios que se ha entregado a nosotros para librarnos de la muerte... No sólo es la humanidad de Cristo la que muere en la cruz. Es al mismo tiempo una persona divina. Así consume la muerte y todas las situaciones de muerte de nuestra existencia. Aquí es donde irrumpe el sentido de pascua...

Cristo deja que en su persona se instale toda la angustia y miseria del mundo, toda la tragedia de la historia. Deja que en él penetren la muerte y el infierno para quemarlos en la sima de fuego de su divinidad. El diablo, el infierno y la muerte piensan que se han tragado a un hombre, pero en realidad son ellos los que han sido devorados por Dios. La muerte de Dios en la cruz es sinónimo de vida. Esto es lo que nos dice el canto pascual: “a los que viven en las tumbas, ha dado la vida”. Todas las realidades humanas y cósmicas se transfiguran. El mundo entero se convierte en el cuerpo de Cristo. Hecho de nuestra carne y de nuestra más concreta existencia, de toda la carne de la tierra”.

O. CLEMENT

*“Panorama aujourd’hui”,
enero (1971) 29-30*

Borrón y cuenta nueva...

A lo largo de este estudio hemos seguido un camino bien determinado. ¿Era el mejor? Existen muchos otros. Me hubiera gustado seguir uno de ellos particularmente. No lo he tomado, pero ¿por qué no lo podría seguir cada uno personalmente, por su cuenta? Resumamos en primer lugar, brevemente, estas dos pistas (al ser esquemáticos, corremos el riesgo de falsificar el problema).

— En este cuaderno, hemos seguido el plan siguiente:

Nuestra vida humana actual está asumida por Dios, según lo que dice el Antiguo Testamento, realizada por Jesús resucitado, según el Nuevo Testamento y vivida como vida cristiana hoy.

El otro plan sería el que sigue:

— Nuestra vida cristiana actual nos remite a la de los apóstoles que viven del resucitado (Nuevo Testamento). Este inaugura la realización de la promesa del Antiguo Testamento que debe cumplirse y realizarse en nuestra vida cristiana de hoy.

1. Nuestra vida cristiana hoy

Se trata de tomar conciencia de que hoy, nosotros, estamos viviendo del resucitado, tanto en nuestras comunidades cristianas (cualesquiera que sean), como en nuestra vida cotidiana y en nuestros diferentes compromisos en el mundo. En esto estamos experimentando continuamente «el morir con Cristo para vivir», experiencia suscitada por el espíritu y que brota del corazón mismo de la eucaristía.

Dicho de otra manera: actualmente, estamos «escribiendo» con nuestra vida los «relatos de la resurrección de Cristo» que vive en nosotros su misterio pascual.

2. El testimonio del Nuevo Testamento

Nuestra experiencia del misterio pascual no puede verificarse ni tener sentido más que en referencia a la experiencia fundamental de los apóstoles. Por ello es necesario volver a los textos en los que la expresaron, para ver si nuestra experiencia cristiana está en consonancia con lo que ellos habían descubierto en la suya.

3. La promesa del Antiguo Testamento

El testimonio de los apóstoles nos remite constantemente al Antiguo Testamento. Recurrir a estos viejos textos es necesario por dos razones. La primera es de orden sobre todo intelectual: los apóstoles explicaron su experiencia utilizando el lenguaje del Antiguo Testamento; por ello necesitamos recurrir a ellos para entenderle. La otra razón es de tipo existencial: la promesa de Dios que anunciaba el Antiguo Testamento no se ha realizado en Jesús más que en «sacramento»; se contentó con inaugurar en él su cumplimiento.

4. Esta promesa nos remite pues a nuestra vida cristiana de hoy: el resucitado debe establecer el reino de Dios por su iglesia ¹

¹ *Este es el método que intentan seguir, por ejemplo, les Equipes Enseignantes (maestros y maestras de la enseñanza pública) en la reflexión que realizaron durante dos años sobre la resurrección. Véase Communautés et résurrection». Plans de travail des Equipes Enseignantes (18, rue Ernest-Lacoste, 75012 Paris).*

PISTAS PARA PROFUNDIZAR EN EL ESTUDIO DE LA RESURRECCION

- X. LÉON-DUFOUR, **Resurrección de Jesús y mensaje pas-cual**. Sígueme, Salamanca 1974. Libro valiente que intenta presentar el estado actual de la investigación sobre el problema.
- X. LÉON-DUFOUR hace un buen resumen, y con sencillez (que no es poco), de sus ideas sobre el problema, en dos artículos: «Présence de Jésus crucifié»: Etudes, abril (1970), 593-614, y «Par-delà la mort...»: Etudes, noviembre (1972) 605-618.
- J. DELORME, «La résurrection de Jésus dans le langage du Nouveau Testament», en **Le langage de la foi dans l'Écriture et dans le monde actuel**. Cerf, París 1972, 101-182.
- La Résurrection de Jésus et l'exégèse moderne**. Cerf, París 1969, 191 p. Esta obra contiene estudios de gran calidad de P. GRELOT (el trasfondo bíblico y judío), M. CARRÉZ (san Pablo), A. GEORGE (Lc 24, 36-53), J. DELORME (el sepulcro) y X. LÉON-DUFOUR (la resurrección y nosotros).
- H. SCHLIER, **La résurrection de Jésus Christ**. Salvator, Mulhouse 1969, 76 p. En pocas páginas se dice, y bien, lo más importante.
- E. POUSET, «La resurrection»: NRT (1969) 1009-1044. Es un buen estudio filosófico, sobre todo a propósito del cuerpo, y que está resumido en «Le Christ est ressuscité»: Cahiers d'action religieuse et sociale, abril (1972), 193-202.
- G. MARTELET, **Résurrection, Eucharistie et Genèse humaine de l'homme**. Desclée, París 1972, 227 p. Libro difícil en algunos momentos, pero importante.
- A. M. RAMSEY, **La résurrection du Christ**. Casterman, Tournai 1968, 147 p. Libro francamente simpático del obispo anglicano que todo el mudo conoce. Apareció en Inglaterra en 1945.
- P. BENOIT, **Passion et résurrection du Seigneur**. Cerf, París 1966, 391 p. Lectura seria y fácil a la vez de un especialista de los relatos evangélicos.
- P. GRELOT, «L'historien devant la Résurrection du Christ»: Revue d'histoire de la spiritualité 192 (1972), 221-250.

¿Cómo puede un historiador, que es al mismo tiempo teólogo, situarse ante el «acontecimiento» de la resurrección?

Pueden encontrarse buenos comentarios de ciertos textos en G. BECQUET, **Lectures d'Évangile**. Seuil, París 1972, 509 p., y en la colección «Assemblées du Seigneur». Cerf, París.

Obras con orientación espiritual más acusada:

- F. X. DURRWELL, **La resurrección de Jesús, misterio de salvación**. Herder, Barcelona 1962, 390 p.
- J.-M. PERRIN, **Il est ressuscité pour moi**. Beauchesne, París 1969, 208 p.

Varias revistas han dedicado números especiales al problema de la resurrección. Por ejemplo:

- Cahier Évangile, n.º 78 (1968): «Les évangiles de la résurrection (P. M. GUILLAUME).
- Cahiers bibliques, n.º 8, de FOI ET VIE (1970): (A. JAUBERT, P. BONNARD, J. DELORME).
- Concilium, n.º 60 (1970), centrado más particularmente en nuestra propia resurrección.
- Parole et pain, n.º 37 (1970): «Aujourd'hui la résurrection» (sobre todo entre los ortodoxos y en la obra de Teilhard).
- Parole et Pain, n.º 43 (1971): «Résurrection et sens de l'homme».
- Lumière et Vie, n.º 107 (1972) (reposo general partiendo del catecismo antiguo a la teología de hoy, pasando por el estudio de los textos).
- Aujourd'hui la Bible, n.º 124, 125, 126, dedicados a la pasión-resurrección en Marcos (J. DELORME), Lucas (A. JAUBERT) y Mateo (P. GEOLTRAIN).

INDICE ANALITICO

Citas del Antiguo Testamento

Dan 7 (hijo del hombre); véase páginas 20, 27, 38, 39, 48, 56, 65.
Dan 12, 1-3: 20, 36.
Exodo: 17.
Ez 37: 21.
Gén 1-3: 12-14.
Is 53 (el servidor que sufre): 16, 33, 35, 38, 39, 61.
Job: 15.
2 Mac 7, 14: 23.
Os 6, 1-6: 21, 26, 36.
Salmo 2 y 110: 24, 39, 48, 62.
Salmo 16: 16.
Salmo 22: 15, 17, 48.
Salmo 31: 16, 47.
Salmo 73: 16.
2 Sam 7 (hijo de David): 24, 48.

Nuestra experiencia humana

nuestros propios planes humanos: 8, 9, 60.
la muerte: 9, 12, 14, 61; «elegir su muerte»: 16.
la rebelión: 15.
la confianza: 15.
«ex-sistir» como respuesta a una llamada: 12, 46, 62-63.
dos clases de «palabra»: 12.
«obediencia-desobediencia» (cf. «ex-sistir»): 14, 61.
el cuerpo: 64.
el «alma»: 15.

La experiencia pascual de los apóstoles

su fe antes de pascua (saduceos: 16, 26; esenios: 26; fariseos: 26).
un acontecimiento que les trastorna: 8, 29, 41, 45, 59, 68, 70.
de la duda: 67; al reconocimiento de Jesús: 35, 55, 70.
«apariciones»: Jesús «se deja ver»: 33, 40, 54.
la vida misionera de los discípulos: 42-44, 56.
una comunidad de creyentes: 61, 73.

Los apóstoles intentan explicar su experiencia

muerte de Jesús: 33, 61.
sepulcro: 33, 49, 61.
utilizan las expresiones del Antiguo Testamento: 70.
resurrección: 21, 23, 26, 33, 35, 54.
vida: 26, 36.
exaltación, glorificación, ascensión, soberanía (señorío): 20, 23, 35, 37-40, 48, 57, 66.

«hijo del hombre»: cf. Dan 7.
«el servidor que sufre»: cf. Is 53.
«hijo de David-hijo de Dios»: cf. Salmo 2 y 110.
inventan expresiones nuevas (Pablo).
Cristo me ha alcanzado: 41.
«cuerpo espiritual»: 67.
conocerle: 42.
vertiente cósmica del misterio pascual: 71.

Diferentes clases de textos en los que se expresa la fe de los discípulos

credo: 30.
«Kerygma» (predicación): 30, 42-45, 66.
catequesis (relatos de los evangelios y de los Hechos): 32, 45.

La resurrección de Cristo: ¿realización o promesa?: 19.
realización o anticipación del «fin de los tiempos»: 52, 53, 56, 63.

el fin de los tiempos como sentido de la historia: 18-19.
el «tercer día»: 26, 35, 37, 68 (cf. Os 6).
el «terremoto» en Mateo: 52.
promesa no realizada todavía: 39.
la promesa de Dios: 19.
vertiente política de la resurrección: 65.

Predicación («kerygma») (Jesús presente y actuando en la...) 42-45, 66.

Eucaristía: 7, 46, 57, 66, 71.

Espíritu Santo: 17, 21, 39, 63, 66, 71.

Problemas de método y generalidades

Problemas de método y generalidades
histórico y real: 60.
historia y fe: 67.
método analítico: 30.
las imágenes: 41.
plan del libro de X. Léon-Dufour: 31.
literatura «intertestamentaria»: 25.
evangelio de Pedro: 53.
los «infiernos» (la muerte, el infierno): 23, 37.
dos teólogos: Moltmann: 19, 65; Pannenberg: 19.

CONTENIDO

PLAN DE NUESTRO ESTUDIO, POR... JESUS	6
A. EL RELATO DE LOS PEREGRINOS DE EMAUS	6
B. LOS CAMINOS DE NUESTRA REFLEXION	7
I. PUESTA EN MARCHA	9
II. EL PUEBLO DEL ANTIGUO TESTAMENTO EXPRESA EN SU PROPIA VIDA NUESTRA AVENTURA HUMANA	11
A. LA REFLEXION SOBRE LA CONDICION HUMANA (Gén 1-3)	12
1. El hombre según su propia idea y según la idea de Dios (Gén 1)	13
Cuadro: Dos tipos de palabra	12
2. Lo que el hombre ha llegado a ser al rechazar la llamada de Dios (Gén 2-3)	13
B. MORIR PARA VIVIR	14
1. Ante el sufrimiento y la muerte	14
Cuadro: Los hombres del Antiguo Testamento y la idea del alma	15
2. El éxodo o la pascua (el paso) de la muerte a la vida	17
C. SOLO A POSTERIORI EMPEZAMOS A ENTENDER	18
Cuadro: La resurrección de Cristo ¿realización o promesa?	19
1. La «exaltación» del hijo del hombre (Daniel 7)	20
2. La «resurrección» de los santos	21
Cuadro: Exaltación-resurrección	23
D. EL «HIJO DE DIOS» ENCARGADO DE ESTABLECER EL REINO DE DIOS ...	24
III. LA ESPERANZA DE JESUS Y LA FE EN LA RESURRECCION ANTES DE PASCUA.	25

A. LOS GRUPOS RELIGIOSOS Y SUS DIVERSAS CONCEPCIONES	26
B. JESUS Y SUS DISCIPULOS	27
1. Lo que Jesús piensa de la resurrección de los hombres	27
2. Lo que Jesús piensa de su propia resurrección	27
IV. CRISTO HA RESUCITADO	29
Cuadro: Observación metodológica	30
¿De qué textos disponemos?	30
1. Las confesiones de fe (credo) y los cánticos	30
2. La predicación misionera o «kerygma»	30
3. La catequesis. Los relatos de los evangelios y de los Hechos	32
A. LAS PRIMERAS AFIRMACIONES DE LA FE	32
Cuadro: El credo más antiguo	33
1. Creyente, ¿qué dices de Jesucristo?	34
Cuadro: Dos himnos a Cristo glorificado	38
2. Creyente, ¿qué dices de ti mismo?	40
Cuadro: Extraños descubrimientos de un arqueólogo del año 4000	41
B. EL TESTIMONIO DE LA IGLESIA A TRAVES DE LOS RELATOS EVANGELICOS	45
1. Jesús «elige» su muerte	46
2. Jesús vivo por encima de la muerte	48
V. ESBOZO DE SINTESIS	59
Cuadro: Histórico y real	60
A. LA PASCUA DE JESUS, MISTERIO REALIZADO EN EL SECRETO DE DIOS.	59
1. Pasión y muerte de Jesús	60
2. Resurrección-exaltación	62
Cuadro: El cuerpo	64
3. Resurrección y pentecostés	66
B. LA PASCUA DE JESUS ACONTECIMIENTO «HISTORICO»	67
Cuadro: Historia y fe	67
1. La existencia de una comunidad de creyentes	67
Cuadro: Pablo frente a su propia muerte	69
2. El sepulcro vacío	70
Borrón y cuenta nueva	73
Pistas para profundizar en el estudio de la resurrección	74
Índice analítico	75